

# La sombra azul

## Gracias

A Sergio Carreras, Agustín Di Toffino y Javier Montoya, por el entusiasmo que me contagiaron, las ideas y las correcciones.

## Dedicatoria

A todas las víctimas del Terrorismo de Estado.  
Y a todos los que lucharon y luchan por rescatar la memoria histórica y por la Justicia, en un mundo adormecido, vacío y apático. Entre ellos, sobre todo a Atilio Tazzioli, militante, periodista y político comprometido, parte fundamental en esta historia.

## Prólogo

Treinta años, ¿es poco o mucho tiempo?  
Para un chico de 20, seguramente es muchísimo. Si tiene suerte, quizás esté ingresando a la universidad o tenga un trabajo. Ese chico nació y creció en democracia, con todas las ventajas y las contras de esta democracia tranquila, amansada y fatua, tan lejana de las luchas de los años '70.

Sin embargo, si el tiempo se mide en generaciones, 30 años es muy poco tiempo. En realidad, estamos hablando de media generación, si se considera que una persona puede vivir por lo menos 60 años.

Por eso, si se mide el tiempo con una vara demográfica generacional, gran parte de los argentinos de hoy vivieron aquella época. Este libro es para ellos, los que la vivieron. Para los que la vivieron y la asumieron concientes de la tragedia de que eran testigos, y para los que la vivieron y prefirieron esconder la cabeza; y hasta para los que siguen limpiando sus conciencias con el famoso "algo habrán hecho".

Pero este libro también es para los de 20, para que se enteren de lo que sucedió en su país, en su ciudad, en plena plaza San Martín de Córdoba, hace apenas media generación.

Así como las víctimas de aquella época tienen nombres propios y son más que un simple número, también los victimarios tienen que tener nombre propio. Como dicen los Hijos, "para romper con la cultura de la impunidad que ampara a los genocidas hay que ponerle nombre y apellido al terrorismo de Estado". Hay que saber quién hizo qué cosas aquí, desde qué lugar y en qué forma. Y también qué siguen haciendo.

Porque la pesadilla no terminó a fines del '83 con la recuperación formal de la democracia. En Córdoba, los policías que habían cometido las peores violaciones a los derechos humanos fueron mantenidos y ascendidos por los gobiernos radicales de Eduardo César Angeloz y Ramón Mestre. Y el actual gobernador José Manuel

de la Sota, en la puerta del D2 y a 28 años del golpe militar, embistió contra las Madres de Plaza de Mayo porque "tienen que pensar si realmente cuidaron como correspondía" a los chicos desaparecidos.

Mientras con estas actitudes se sigue abonando la teoría de los dos demonios, muchos de los ex policías del D2 ahora están reciclados en sus roles de siempre: investigadores y matones al servicio del mejor postor. Están insertos en distintas agencias de seguridad privada que deberían ser controladas por el Estado provincial. No sólo siguen paseando por la plaza San Martín y cobrando sus jugosas jubilaciones en el Banco de Córdoba, sino que muchos de ellos están a cargo de la seguridad de shoppings, hipermercados y barrios cerrados.

El hilo conductor de lo que pasó y lo que sigue pasando en la provincia de Córdoba es la historia de Luis Urquiza, tan perversa y trágica como fascinante. Es la historia de un muchacho común, con alguna sensibilidad política pero alejado de la militancia dura. Llegó a la Policía como salida laboral y terminó preso y torturado por sus propios compañeros. Deambuló por varios centros clandestinos de detención, tortura y muerte hasta que pudo exiliarse en 1979. Vivió en Dinamarca y allí volvió a formar una familia, hasta que decidió volver a la Argentina en 1994. Pero en esos años descubrió que sus torturadores ocupaban la plana mayor de la Policía de Córdoba en plenos gobiernos "democráticos", denunció la situación y volvieron los fantasmas. Las amenazas telefónicas y las intimidaciones en su casa de Villa Allende, más la incapacidad -o complicidad- del gobierno radical, hicieron que en 1997 volviera a subir a un avión con su esposa y sus dos hijas, constituyendo el único caso admitido oficialmente como exilio político desde 1983 hasta 2005.

## **INTRODUCCIÓN**

Una cálida mañana de noviembre de 2004, se juntaron en un bar de la Plaza San Martín a ver cómo se organizaban para la búsqueda. Los 50 mil pesos de recompensa que había puesto el gobernador José Manuel de la Sota eran una suficiente tentación, para ellos que toda su vida habían ido atrás de los botines de guerra, grandes, medianos y chiquitos.

Eran las 11 y cuarto, una hora que se presta tanto para el café como para el aperitivo. Por eso el pedido fue variado: un Cinzano para Carlos Yanicelli (alias Tucán Grande); una cerveza para Fernando Rocha (el Tuerto); cafés para Ricardo Lencina, Herminio Jesús Antón (el Perro) y Ricardo Hierling (el Alemán); y cortados para Eduardo Zavaleta, Rodolfo Salgado (Cacho), Raúl Yanicelli (Tucán Chico), José Idelfonso Vélez y Antonio Reginaldo Castro. Todos ellos, ex compañeros en los años '70 del Departamento de Informaciones de la Policía de Córdoba (D2), que funcionó en el pasaje Cusco (hoy Santa Catalina), en un costado del Cabildo. Allí funcionó en esos años un centro clandestino de detención, torturas y muertes, con estos personajes como sus principales operadores.

Esa mañana de noviembre de 2004, bastante más avejentados, a pocos pasos del edificio que había sido escenario de sus más crueles violaciones a los derechos humanos, tomaban el café o el aperitivo y conversaban animadamente, preguntándose por los últimos tiempos sin verse. También estaban algunos de la segunda camada de la banda, como Juan Dómine y Luis Alejandro Nieto (alias el Colorado). La segunda parte en la historia del D2 fue en los años '90, ya en plena democracia y bajo los gobiernos radicales de Eduardo Angeloz y Ramón Mestre, cuando bajo el nombre de Inteligencia Criminal, algunos integrantes del equipo original, con refuerzos nuevos, se dedicaron a armar hechos delictivos, en los que hacían morder el anzuelo a delincuentes comunes para luego quedarse con el botín.

Apoyando en la mesa el vaso largo de Cinzano, tomó la palabra Carlos Yanicelli, el líder natural: "El trabajo es muy sencillo, muchachos, tenemos que encontrar al violador serial, un tipo con cara de boliviano que en dos años acumula más de 50 hechos. Hacemos lo que siempre hicimos, lo que nos gusta, y de paso embolsamos 50 luquitas, que nos repartimos por partes iguales".

Todos estuvieron de acuerdo, se organizaron y salieron a la caza del violador serial. Sin ningún éxito, por supuesto, luego de un mes de "trabajo".

Resignados por el fracaso, cada uno volvió a su rutina. La mayoría al submundo del lumpenaje o a sus trabajos relacionados con la seguridad privada. Y a cobrar sus suculentas jubilaciones como policías retirados, sin preocuparse por la más remota posibilidad de que la Justicia alguna vez los investigue como los máximos responsables del terrorismo de Estado desde la Policía de Córdoba en la dictadura.

Carlos Yanicelli, por ejemplo, todos los meses se llega a la sucursal Boulevard Los Granaderos del Banco de Córdoba, para cobrar sus 2.578 pesos de jubilación como comisario retirado. Luego se reúne con amigos en un bar de la calle Castro Barros para refrescar su fama de matón temible, o para hablar de autos y de carreras de rally, su otra pasión.

Su hermano Raúl, a pesar de haber estado imputado en un caso por su actuación en los '90 al frente de Drogas Peligrosas de la Policía y de su pasado en los '70, también cobra una más que interesante jubilación como comisario retirado de 1.746 pesos en la sucursal Bajada Pucará del banco provincial. Pero completa ese ingreso con su profesión de abogado especialista en derecho comercial. Transita los pasillos de Tribunales Uno y se codea con los encargados de luchar por la legalidad, que olvidan o no quieren enterarse que él fue uno de los abanderados de la ilegalidad.

Ricardo Mario Lencina cobra en la casa central del banco su jubilación de 1.458 pesos; un poco menos que los 1.493 pesos que retira Ricardo Hierling de la sucursal San Martín; Herminio Jesús Antón, el Perro, va todos los meses a buscar sus 862 pesos de jubilación a la sucursal Santa Ana del banco; el Tuerto Dardo Rocha cobra 700

pesos; y Antonio Reginaldo Castro 749 pesos. "No está nada mal", piensan ellos mientras cuentan la platita. Pero de vez en cuando una pesadilla les surca el cerebro y les interrumpe la tranquilidad: es que alguna vez deban enfrentar a un tribunal en un juicio por sus acciones pasadas y por sus múltiples víctimas, algo de lo que se salvaron gracias a las leyes de Punto Final y Obediencia Debida.

Una de esas víctimas fue Luis Urquiza, un hombre común que entró a la Policía de Córdoba como último intento por encontrar una salida laboral, como les ocurre en la actualidad a miles y miles de jóvenes. Él era estudiante de filosofía y simpatizaba con la izquierda peronista, aunque no militaba, por lo que fue apuntado por sus superiores como "un zurdo infiltrado" y empezó a recorrer distintos destinos. El último de ellos fue el D2, adonde llegó en septiembre de 1976, en la peor época de ese lugar como epicentro de la represión ilegal. Poco más de un mes después, él mismo tuvo que subir en un Falcon verde y sus propios ex compañeros lo embarcaron en un viaje al horror que duró dos años y que lo paseó por tres estaciones: el propio D2, campo de La Rivera y la Cárcel de barrio San Martín.

Luego pudo zafar del infierno y buscar una nueva vida en el exilio en Dinamarca. Hasta que entrados ya los años '90, con la democracia adolescente, decidió volver a su Villa Allende con esposa e hijas danesas.

Pero una vez acá se encontró con que los símbolos del horror antidemocrático se habían adaptado a los nuevos tiempos, como los mutantes de las películas de ciencia ficción. En efecto, sus torturadores del D2 ahora ocupaban altos cargos en la Policía de la "democracia". No lo soportó y se sintió en el deber de contar públicamente la verdad, pero ahí volvieron a aflorar los colmillos, chorreando sangre intimidantes. El resultado fue el segundo exilio.

Hoy, mientras él mira hacia el sur sin entender desde un muelle del neblinoso puerto de Copenhague, los ex miembros del D2 se vuelven a juntar en una mesa de café, a metros del Cabildo, para organizarse en busca de su próxima presa.

## **El último acto**

En aquellos años de la dictadura militar, el D2 actuaba a las órdenes directas del Comando del Tercer Cuerpo de Ejército. Y a su vez, desde el Cabildo de Córdoba, manejaba los campos de concentración de Campo de La Rivera y Casa de Hidráulica, a orillas del Dique San Roque. Hasta que en 1979 ocurrió un hecho que constituyó un verdadero quiebre en esta historia.

En la Dirección de Comunicaciones de la Policía de Córdoba, que funcionaba en la Casa de Gobierno, compartían los trabajos técnicos el jefe, Francisco Agresta, el comisario mayor Héctor Julio Galván, el comisario Julio Enrique Campos y el subcomisario Ricardo Fermín Albareda.

Albareda era ingeniero electrónico egresado de la Universidad Tecnológica Nacional y había entrado a la Policía a principios de los '70. Ya para fines de esa década, había escalado posiciones y era uno de los principales responsables del sistema de comunicaciones de la Policía.

Un día, Agresta anunció que pasaría a retiro y se planteó la sucesión. Por los años de carrera, el ascenso le correspondía a Campos, pero por capacidad demostrada en los trabajos técnicos, a Albareda, que con 37 años se había convertido en un experto en telecomunicaciones.

El 26 de setiembre de 1979, Albareda salió de la Casa de las Tejas a las 10 de la noche, cansado y con ganas de llegar a su casa de Barrio Jardín, para cenar en familia, junto a su esposa Susana Montoya, y a sus dos hijitos: Mónica y Fernando, de 9 y 8 años respectivamente. Salió por la puerta trasera, miró el cielo estrellado y sintió en la piel el aire tibio de una noche de primavera. Caminó hasta la calle Ituzaingó y subió a su Peugeot 404 blanco. Agarró por la Ciudad Universitaria y tomó luego por la calle Malagueño, bordeando las vías del ferrocarril. Pero a la altura del Hospital Militar, le cruzaron otro auto y lo abordaron tres desconocidos para él. Eran Calixto Luis "el Chato" Flores del D2, y los civiles colaboracionistas del Tercer Cuerpo Arnaldo José "el Chubi" López y Jorge "Palito" Romero.

Lo llevaron a La Perla y de allí a la Casa de Hidráulica, donde lo entregaron a Pedro Raúl Telleldín y Américo "el Gringo" Romano, dos de los jefes máximos del D2, quienes le recriminaron agriamente el haberlos engañado durante tantos años, el haber trabajado para el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) como infiltrado en la institución policial. Luego lo mataron.

Lo llamativo es que los jefes casi nunca se involucraban directamente en las torturas ni en las muertes de los secuestrados. En este caso, quizá los dos más altos responsables del terrorismo de la Policía tomaron el caso en propias manos y se metieron en el barro hasta las rodillas, con saña y placer, como parte de una vendetta personal.

El Peugeot 404 blanco apareció al día siguiente en una calle de tierra que unía la avenida Fuerza Aérea con la calle Colón, cerca de El Tropezón. Tenía la bocina rota y manchas de sangre por todos lados.

Luego de ese hallazgo, un compañero de Albareda se presentó en el D2 exigiendo saber el paradero de Ricardo, pero se topó con una respuesta tan inesperada como provocativa: "Mirá, Ricardo parece que es bastante mujeriego, así que puede estar enfiestado con alguien por ahí". Cuando volvió a la Dirección de Comunicaciones, Agresta lo llamó a su despacho.

-¿Qué fuiste a hacer al D2?

-A preguntar por Ricardo, porque no puede ser que aparezca el auto en ese estado y él no esté por ningún lado.

-Bueno, está bien, pero dejate de joder, tené cuidado que esto ya está muy pesado.

Ese fue el último caso importante de violación a los derechos humanos del D2, pero quizá el más espeluznante: Tuvo varios elementos paradójicos, como el haberse producido en el '79, cuando ya el terror de Estado comenzaba a amainar y que haya sido el único que tuvo como protagonistas directos y excluyentes a los principales responsables de esa banda delictiva: Pedro Raúl Telleldín y Américo el "Gringo" Romano.

Después de esa fecha, el D2 dejó de utilizar la Casa de Hidráulica y el comisario Campos ocupó el lugar de Agresta al frente de la Dirección de Comunicaciones.

En 2004, un testigo de identidad reservada declaró ante la jueza Cristina Garzón de Lascano en el marco del juicio por la verdad histórica. Este testigo es un ex policía que estuvo en la Casa de Hidráulica la noche en que mataron al comisario Albareda. Esto fue lo que contó: "Presencí su muerte, en el chalet de Hidráulica del Dique San Roque, cuando entre Telleldín y Romano le cortaron los testículos... Mientras estaba vivo se los metieron en la boca, le cosieron la boca, y me dijeron que lo dejara así, que se fuera en sangre. (De esta forma) a nosotros nos daban una lección para que tuviéramos cuidado".

Fue el epílogo del D2 original, aquel que sembró de terror Córdoba desde su guarida del pasaje Santa Catalina. Fue la última acción de esa primera versión de una banda que luego tendría continuidad y actualización en plena democracia, y que hoy sigue activa, conspirando en los bares o prestando servicios de seguridad en barrios cerrados y centros comerciales. Fue el último acto de aquellos actores sanguinarios, y quisieron protagonizarlo justamente sus jefes, que hasta ese momento habían actuado siempre tras bambalinas.

## CAPITULO 1

### **El primer exilio**

El 7 de enero de 1980, el avión de SAS aterrizaba en Copenhage cubierta de nieve. Luis miró por la ventanilla y se le mezcló el desamparo con la incertidumbre. Dejó que bajaran todos los pasajeros, metidos en sus asuntos y en sus apuros. Tardó unos minutos en reaccionar y por fin sacó fuerzas y se paró, agarró su bolsito, se puso la campera raída y juntó coraje para encarar el frío porvenir.

Pasar de Río de Janeiro a Dinamarca era un cambio abismal, pero menos cruento que el golpe emocional de reconocer que de ahí en adelante debería cambiar quizá para siempre las calles de Villa Allende, la cancha de Belgrano y los asados con los amigos por una impecable, respetuosa, pero indiferente Dinamarca.

Luis había elegido Dinamarca, junto con Suecia y Holanda como opciones de exilio cuando, todavía en Río, el Alto Comisionado para los Refugiados de las Naciones Unidas (Acnur) le tomó testimonio y concedido el estatus de refugiado político.

Mientras tanto, durante dos meses, había sido Cáritas brasileña la que lo había ayudado pagándole pensión y comida, junto a otros escapados de las dictaduras argentina, uruguaya y chilena. Río de Janeiro, sinónimo de diversión, alegría, mujeres bonitas y carnaval, había sido durante esos dos meses el marco de una de las experiencias más tristes de su vida.

Dinamarca, por otro lado, era el país que más cupos de refugiados daba, y mas rápido sobre todo, y así fue que se embarcó rumbo a ese exótico y lejano destino.

Con Luis llegaron 16 más, entre argentinos, uruguayos y chilenos, que fueron recibidos esa misma noche por personal del Dansk Flygtning Hjælpe, Ayuda Danesa al Refugiado, una entidad humanitaria que trabajaba en colaboración con varias organizaciones de derechos humanos, entre ellas Amnesty International, y creada en 1956 para dar asilo principalmente a los refugiados del este europeo y luego a vietmanitas.

Esa noche miró el cielo y se dio cuenta de que hasta las estrellas eran distintas a las que él estaba acostumbrado a ver en el Hemisferio Sur. Luego fue con sus compañeros al hotel para refugiados, tomaron una sopa de pescado y una cerveza, y la conversación se circunscribió a preguntar a los otros refugiados latinoamericanos que habían llegado un año antes sobre cómo iban a ser sus vidas de ahí en adelante.

Vivió casi tres semanas en el hotel, hasta que lo reubicaron en un departamento con una pareja de uruguayos que más tarde siguió viaje hacia Bélgica. Recibió un sueldo de desocupado y empezó a ir a una escuela de refugiados a aprender danés. Sin embargo, y aunque estudiaba con empeño, no entendía nada de aquella lengua tan dura y distante. Ni siquiera podía distinguir las palabras, para él eran como

sonidos guturales y lo único que le quedaba era imaginar lo que la gente decía.

Recién a los tres meses, un día se levantó y como si se le hubiera destapado algún conducto del cerebro empezó a entender lo que esos rubios decían. Sin embargo, los progresos fueron lentos en un idioma tan diferente, de raíz germánica, y por mucho tiempo más, tuvo que depender de compañeros que ya tenían el oído y la lengua ambientada. Para cosas más importantes, como por ejemplo ir al médico, había un traductor oficial.

Esos primeros meses fueron muy negros, había un clima de permanente desconfianza entre los distintos grupos, por un lado los montoneros y por el otro los del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Y la desconfianza se multiplicaba por el miedo a los infiltrados de los servicios, que ya se habían descubierto entre los exiliados de España.

La mayoría tenía la moral por el piso y arrastraban la derrota política como una sombra por todos lados, por no hablar del desgarramiento producido por la lejanía de la familia y de los amigos.

Muchos de los exiliados habían quedado con serios problemas, secuelas físicas y psíquicas por la tortura, la clandestinidad, la cárcel y, lo peor de todo, en algunos casos la terrible culpa de haber delatado a alguien en situaciones extremas.

También había gente que no tenía ni militancia, ni conciencia política, y que había aprovechado la ocasión para meterse en una embajada y hacerse pagar un pasaje a Europa en busca de posibilidades laborales o simples aventuras. Eran pocos, los denominados refugiados económicos, y a quienes los perseguidos políticos llamaban "lúmpenes".

Pero si esos choques entre los exiliados eran duros, mucho más lo eran las diferencias culturales con el pueblo de acogida. Todo era distinto, desde el idioma, el clima y las comidas hasta las relaciones humanas, y sobre todo con el sexo opuesto.

Aunque fueran militantes de izquierda y progresistas, ellos venían de una sociedad machista y chocaban allá con mujeres liberales y feministas. Hasta la gente de izquierda era muy distinta en Dinamarca. Era común que se juntaran en el distrito comercial de Copenhague, en la isla de Sjælland, o en el Frihavn (puerto franco) a fumar marihuana o hachis. El hippismo era muy marcado, y eso a veces chocaba a los disciplinados militantes latinoamericanos.

El Mayo Francés del '68 y la Revolución de los Claveles de Portugal en 1975 habían dejado una huella muy honda en los grupos de izquierda europeos, pero no lograban entender muy bien por qué en América Latina se daba la lucha armada. En su mundo de legalidad nórdica les era difícil comprender la real magnitud del genocidio argentino, y siempre fue una pequeña minoría la que se acercó a los latinoamericanos.

La poca atención y solidaridad política era capitalizada por los chilenos que eran mayoría y estaban más organizados. Además, Augusto Pinochet era el paradigma del dictador sanguinario, aunque para esa época, los militares argentinos tenían sobre sus hombros, en menos tiempo que sus pares chilenos, muchos más exiliados, muertos y desaparecidos.

La colonia de refugiados argentinos era chica, no pasaba de 50, los uruguayos eran más y los chilenos eran cerca de 700 que habían llegado después del golpe de 1973 contra Salvador Allende. Ellos también estaban muy divididos políticamente, por un lado los socialistas, por otro lado los comunistas y por otro los del MIR, tenían departamento cultural y hasta grupos musicales, que solían tocar en las fiestas y peñas solidarias, cuyas recaudaciones eran para otros exiliados y a veces se enviaban al Movimiento Farabundo Martí del Liberación Nacional de El Salvador o al Frente Sandinista de Liberación Nacional, de Nicaragua.

En esos tiempos, sin el correo electrónico ni la Internet, no existía otro medio de comunicación con Argentina que el teléfono "pinchado", o una carta, cuya repuesta tardaba más de un mes.

El diario español *El País* llegaba con un día de retraso, y a veces traía alguna noticia de Argentina, pero en general no tenían mucha comunicación con sus familias y compañeros de lucha, y las únicas novedades eran los análisis que hacían Montoneros o el PRT desde México o Nicaragua, casi siempre triunfalistas y alejados de la realidad.

Fue así que luego del primer cimbronazo anímico, formaron el Argentina Gruppe, entre montoneros, erpianos e independientes y establecieron contacto con otros grupos de refugiados en Europa.

El primer grupo de argentinos había llegado un año antes, también procedente de Brasil, donde un infiltrado de los servicios había manipulado a los demás para tomar el consulado de Suecia en Río de Janeiro en procura de un mayor cupo de refugiados, una acción que tuvo el efecto contrario, ya que Suecia optó por recibir menos refugiados políticos latinoamericanos.

Este infiltrado, conocido como "Babenco", llegó a Dinamarca como refugiado, pero después de algunos meses, se enamoró de una refugiada argentina y terminó por confesarle que era en realidad un oficial de la Marina, que su misión era otra, y que debía regresar a Buenos Aires.

Todos los jueves se manifestaban en frente a la embajada argentina para pedir la libertad de los presos políticos, y en primera fila siempre estaba él. También trataban de relacionarse con los poderosos sindicatos daneses para que intercedieran por algún compañero encarcelado, por su libertad o al menos para que pudiera salir del país con la opción de exiliarse en Dinamarca. Todo era muy difícil, hasta mandar una carta, ya que tenía que ser traducida y eso no lo cubrían los traductores oficiales, que se limitaban a las relaciones del refugiado con la sociedad, dejando de lado el trabajo político.

Entonces había que recurrir a alguien que hubiera trabado amistad con algún danés.

Hasta que llegó el momento de dar su testimonio en Amnesty International. Era mediados de 1980, y su declaración fue muy importante; empezaba diciendo: "Luis Alberto Urquiza, ex miembro de la Policía de Córdoba...". Fue importante justamente por tratarse de un ex integrante de las fuerzas de seguridad, que además había sido absuelto en un consejo de guerra, por lo que nadie podía acusarlo de terrorista o manipulador político.

Con el tiempo, se fueron definiendo dos grupos claramente identificados, los que no querían saber más de política e intentaron integrarse al medio, trabajando, estudiando o hasta formando una familia, y los que tomaron aquello como algo de paso y vivían con los pies en Dinamarca pero la cabeza en Argentina, esperando sólo el momento de volver y preparándose para ese momento.

A algunos se les daba por rechazar al país de acogida, se negaban a aprender el idioma y se aislaban cada vez más. Muchos de ellos terminaron envueltos en una maraña de alcohol y droga.

Otros, se sentían presos en una jaula de oro. Aunque reconocían las conquistas sociales de la socialdemocracia escandinava, veían con ojos críticos el bienestar económico y su tendencia consumista.

Además, Dinamarca fue un país bastante permisivo con los refugiados, dándoles un subsidio sin necesidad de que trabajaran o estudiaran, lo que dio como resultado que algunos vegetaran durante largos años, que a la postre fueron años perdidos. Aunque de oro, para muchos Dinamarca fue una jaula al fin.

Urquiza se ubicó rápidamente entre los que intentaron adaptarse, se consiguió un trabajo y empezó a estudiar el idioma. Escuchaba la radio estatal y miraba el único canal de televisión, también estatal, cuyas transmisiones terminaban a las 11 de la noche.

Luego de algún tiempo, se le ocurrió conocer Alemania Oriental, lo más accesible del ex bloque socialista en cuanto a precios y burocracia. Él quería ver cómo se veía el mundo del otro lado de la Cortina de Hierro y se fue en tren hasta Berlín. Lo que más le sorprendió en las estaciones de la Alemania Democrática fue la gran cantidad de militares armados hasta los dientes, con perros y controles excesivos que le hacían recordar esa Argentina que había dejado atrás. Su pasaporte de la Convención de Ginebra de las Naciones Unidas no era bien visto por los duros soldados de la Alemania comunista, y se lo hacían notar.

Cuando lo asaltaba la angustia que le ocasionaba la distancia de sus hijos, se iba a refugiar al museo de esculturas de Thorvaldsen y luego a la catedral de Vor Frue Kirke. Una de esas tardes de melancolía, mientras caminaba por la plaza Kongens Nytorv, lo asaltó la idea de si en Argentina podría repetirse un régimen como el de Francisco Franco, que gobernó España a sangre y fuego por 40 años. El aliento

helado de una tormenta comenzó a extender un velo gris sobre los palacetes del centro y unas oscuras nubes comenzaron a avanzar sobre el cielo como manchas de sangre. Los primeros relámpagos lo convencieron de que era mejor volver a su departamento y una vez allí, siguió con su pensamiento trágico: más allá de la flexibilización del régimen represivo, ¿la dictadura argentina se estaría acomodando para quedarse muchos años más? Mientras pensaba eso miró para arriba y las manchas de las nubes empezaron a sangrar a cántaros.

Pero la realidad era que la dictadura estaba en franca descomposición y retirada, y ese fue uno de los motivos de la Guerra de las Malvinas, que trajo sentimientos encontrados, tanto en el exilio cuanto en la misma Argentina: por un lado la oposición a los militares sanguinarios y ahora debilitados, y por el otro lado el nacionalismo inevitable que llevó a todos a sentirse parte de esa loca gesta contra "el pirata inglés". En el balcón de la Casa Rosada, un patético Galtieri con aliento a whisky se encontró con el regalo de una Plaza de Mayo que vivía la guerra como si fuera un partido de fútbol.

"A los británicos, a los británicos  
les vamos a quemar toda la flota  
y se van a volver, y se van a volver  
a Inglaterra en pelotas".

"El que no salta es un inglés, el que no salta es un inglés".

Los cantitos enardecieron un poco más a Galtieri, por si hacía falta:

"Si quieren venir, que vengan. Les presentaremos batalla".

Y la gente: "Argentina, Argentina".

Pero lo cierto es que en muchos países de Europa como Dinamarca, recién ahí se empezó a conocer un poco más a nivel de opinión pública sobre la situación política de la Argentina. En ese sentido, la guerra vino bien.

Dinamarca es un país que eternamente estará agradecido a Gran Bretaña por la liberación del yugo nazi en la Segunda Guerra Mundial, y por consiguiente, luego del 2 de abril del '82 tomó partido por los ingleses en el conflicto del Atlántico Sur. Esto hizo también que los medios de comunicación divulgaran los horrores cometidos por los militares argentinos, y que hasta ese momento habían sido ignorados por el gran público.

Ahí se produjo el último trabajo político de Urquiza en el exilio, ya que con el Argentina Gruppe aprovecharon el momento para reclamar con más fuerza y mucha más repercusión una presión política de Dinamarca -y de Europa en general- en pos de que los militares abandonaran el poder.

Como finalmente sucedió de esa forma, la mayoría de los argentinos exiliados en ese país volvieron a Argentina en 1983. Y los que no volvieron se fueron a Mozambique, a Nicaragua o a otros países socialistas, a ayudar en las campañas de alfabetización.

En Copenhage quedaron cuatro o cinco -entre ellos Luis- y que no tenían mucho contacto entre sí, solamente de vez en cuando se reunían en los cafés o restaurantes de los hermosos Jardines de Tívoli, un complejo de esparcimiento famoso por su exótico estilo arquitectónico. Allí comían smørrebrød y se tomaban una cerveza en verano o un akvavit o snaps (licor hecho del destilado de la papa) en invierno, y lloraban las penas del exiliado.

Apenas despuntaba 1984, con la democracia bebé, Luis se tomó un avión y volvió a Córdoba, como para sondear cómo estaba la situación, pero con el pasaje de vuelta a Dinamarca por las dudas. Y para evitar cualquier inconveniente, fue sólo hasta Brasil en avión y luego entró por tierra a la Argentina. Estuvo un mes en Villa Allende y de regreso en Copenhage, dio su testimonio en la embajada argentina para la Comisión Nacional de Desaparición de Personas (Conadep), que luego fue publicado en el libro Nunca Más.

Desde entonces, todos los años Luis volvía a Córdoba, pero él no se animaba a dar el paso trascendental de reinstalarse en la Argentina. En 1988, viajó su hijo Guillermo, con 12 años, y se radicó con él en Copenhage.

Ese mismo año de 1988 conoció a quien sería su segunda esposa y con quien tendría dos hijas danesas en 1989 y 1990. Una noche de juerga y borrachera la vio, reía en medio de un grupo de amigas entre el humo y la música de un pub con barra de madera. Hizo un pase de magia al mejor estilo latinoamericano y logró cruzar unas palabras con ella, Marjun Dragma, una típica rubia danesa, hermosa y sensual, la fantasía de cualquier latino. Más tarde entabló una conversación un poquito más larga, lo suficiente como para sacarle el número de teléfono y con esa maestría para manejar los tiempos y los cortejos, estableció la piedra angular de su nuevo matrimonio.

Decidió hacer artesanías y le empezó a ir bien. Luego ya compraba bijouterie hecha y la revendía, hasta que se puso una boutique en el centro de la ciudad, en una callecita empedrada de la isla. Trataba de dejar atrás todas las pesadillas, ahora tenía una nueva familia, mujer y dos hijas a las que llevaba al parque en verano, y en invierno a ver cómo se congelaba el agua del mar. En esos fríos meses de diciembre y enero, la policía tenía que cuidar para que la gente no se aventurara a caminar sobre el mar, porque en algunos lugares la capa de hielo era muy delgada y una mala pisada podía terminar en una gélida trampa mortal. En esa época todavía no existía el puente que hoy une los 20 kilómetros de distancia con Malmö, en el sur de Suecia y algunos intentaban cruzar patinando hasta la otra orilla.

Pero a pesar del negocio de bijouterie y los paseos con sus hijas, nunca desechó la posibilidad de establecerse de nuevo en Córdoba y en sucesivas visitas con su nueva esposa fueron planteándole más seriamente, al punto tal que compraron un terrenito en Villa Allende y

fueron enviando dinero para levantar una casita a escasos 100 metros de su casa materna.

Dos cosas fueron decisivas en 1993 para comenzar a definir la vuelta: el retorno definitivo a Córdoba de Guillermo, que acababa de cumplir 17 años, y el cambio político en Dinamarca. La ola neoconservadora de Margaret Thatcher y Ronald Reagan se propagó por toda Europa, la socialdemocracia se retiró a cuarteles de invierno y el espacio fue ganado más y más por la derecha. En Copenhage, por muchos años había existido un pub que se llamaba Rosa de Luxemburgo, punto de encuentro de los intelectuales de izquierda daneses y latinos, estudiantes y exiliados. Allí se armaban interminables tertulias y, como música de cierre ponían, todas las noches, la Internacional.

Todo eso se terminó con la caída del Muro de Berlín y hasta el Rosa de Luxemburgo bajó sus persianas. Ahora era más moderno ser conservador que de izquierda, y la invasión derechista trajo consigo también el racismo y la xenofobia. El flujo de refugiados latinoamericanos ya se había cortado a finales de los '80 y había dejado lugar a la llegada de otros exiliados de Afganistan, Irán, Irak, Eritrea y Somilía, además de tamiles de Sri Lanka y palestinos de Medio Oriente. Un exilio muy diferente, ya que sus componentes religiosos y sus valores no occidentales alimentaron más el rechazo de la sociedad danesa a todo lo extranjero.

Aunque Luis tenía la ciudadanía danesa en los papeles, no era suficiente. El hablar el idioma con acento extranjero, el ser morocho, el tener un apellido extraño e impronunciable para los daneses, lo convertían ahora en un ciudadano de segunda. De gæstearbejder (trabajador invitado) pasó sin escalas a ser despectivamente un fremmedarbejder (trabajador extranjero), y siempre sospechoso de algo. Los nacionalizados pasaron a ser nydansker (nuevos daneses), y así se los siguió llamando para diferenciarlos de los "verdaderos" daneses.

Por todo esto Luis y Marjun tomaron la decisión de volver a Córdoba, para escapar de esa situación de paria, pero también un poco omnubilados por el deslumbrante "milagro económico argentino", y la estabilidad del uno por uno del gobierno de Carlos Menem que en sociedad con Domingo Cavallo había lanzado su plan de Convertibilidad.

Aprovechando la franquicia aduanera del retorno, mandaron por barco una furgoneta Volkswagen, y se vinieron los cuatro con pasajes abiertos por seis meses, como para probar suerte. A fines 1994 ya estaba la nueva familia Urquiza radicada en Villa Allende.

## CAPITULO 2

### Las ganas de cambiar el mundo

¿Cuándo empezó todo? Esa pregunta se la hizo muchas veces mirando por entre medio de los barrotes de la cárcel. ¿Cuándo?

Se había casado a los 20 años, contra las dos familias, la suya y la de su novia Graciela. Pero como siempre fue rebelde, esa oposición generalizada hizo que se empeñara todavía más en casarse, y como los padres de la novia no le daban el consentimiento y era menor de edad, tuvieron que ir a un juez de paz, mentir que estaba embarazada y presentar certificado de trabajo.

Durante los primeros días hacía cobranzas en una gestoría por la mañana y por la tarde vendía artesanías en la calle 27 de Abril. Eso le alcanzaba para sus gastos mientras vivía con su familia, pero no era suficiente para mantener una casa y una esposa. Al principio se fueron dos meses a vivir a la casa de su madre, pero después hicieron las paces con sus suegros y se mudaron a la casa de ellos.

En la feria de artesanías todo era ebullición política por aquellos días de 1972, ante la inminencia de una apertura democrática y la expectativa de que Perón volviera del exilio. Lanusse estaba en franca retirada y los jóvenes de la Tendencia vivían la euforia de creer que su viejo líder volvería para instaurar "la patria socialista". Él participaba de las reuniones de la JP, y su condición de peronista era en parte por convicción y en parte también por esa costumbre de llevar siempre la contra, ya que su familia era de una arraigada prosapia radical. Hasta en la tumba de su padre había una placa de bronce del Comité Capital de la UCR.

Pero él salía de ducharse y cantaba la marcha peronista, escandalizando a su hermana y sobre todo a su madre, que le repetía que era muy cruel y muy injusto, porque su padre y ella habían sufrido mucho entre el '45 y el '55. Le contaba cómo Perón se comía un niño crudo en el almuerzo y otro en la cena, y le reprochaba que era la deshonra de la familia. Entonces él, chocho de la vida, seguía cada vez más peronista, hasta que impulsó la formación en la feria de un grupo de Artesanos Justicialistas, que encabezó junto con "el enano" Guillermo Fantanel. Los caminos de la vida los llevarían por destinos totalmente distintos: "el enano" fue luego secretario de Cultura de la Municipalidad de Córdoba durante la intendencia de "Cacho" Coronel, pasó de la izquierda a la derecha peronista y terminó también él exiliado en Francia.

En las elecciones de 1973, la fórmula peronista Cámpora-Solano Lima arrasó con más del 60 por ciento de los votos. Todo fue fiesta en las calles de Córdoba durante la asunción del 25 de mayo y en el medio de la marea de gente que expresaba su alegría, había una bandera que decía "Artesanos Justicialistas Presentes". Se hacía realidad el eslogan "Cámpora al gobierno, Perón al poder", el viejo caudillo volvería después de 18 años para reinstalar la justicia social. Y en

relación a los militares, ellos gritaban desaforados: "Y ya se van, y ya se van, y ya nunca volverán". Cuán equivocado estaba el coro del pueblo...

En el éxtasis del júbilo popular, fueron hasta la cárcel a saludar a los presos políticos que ese día salieron en libertad por la primera acción de gobierno del "Tío": una amnistía generalizada.

En setiembre, Luis tuvo que incorporarse a la Marina para hacer el servicio militar, pero como se había casado, sólo estuvo seis meses.

Partieron a Buenos Aires con Graciela y consiguió trabajo en un club nocturno. Prestaba servicios en el Hospital Naval de 16 a 22 y de ahí se iba al cabaret, donde trabajaba de 23 a 7 de la mañana. Así durante seis meses, en los que dormir ocho horas seguidas se transformó en una quimera.

De vuelta en Córdoba, consiguió trabajo en una fábrica donde ganaba una miseria, hasta que un día de pleno julio, cuando sonó el despertador a las 5 de la mañana, todavía noche cerrada y con un frío que no lo dejaba salir de la cama, le dijo a su mujer: "A la mierda, no voy a trabajar, a mí no me explotan más". Y no fue, pese a las protestas de su mujer y las de su propia conciencia.

En cambio, se puso un taller de artesanía en su casa, de espejos repujados en cobre y aluminio que vendía al por mayor y menor.

Paralelamente comenzó a estudiar psicología en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

Pero el negocio sólo funcionaba en su fantasía, pagar el alquiler y llegar a fin de mes era toda una odisea. Para colmo, ella estaba embarazada (esta vez de verdad) y las relaciones con las dos familias se habían vuelto a resquebrajar, así que era imposible esperar una mano por ese lado.

Un día, caminando con pies de plomo por una tarde de otoño, se encontró en la Cañada con un viejo compañero de la JP que inmediatamente notó su estado de ánimo y lo invitó a tomar un café.

-Mirá, en el gobierno de la provincia se puede conseguir laburo, yo ya conseguí y estoy haciendo un curso de capacitación- le dijo.

-Ah sí, ¿y haciendo qué?

-Policía.

-Vos estás en pedo si pensás que yo voy a ser botón.

-No seas gil, si es solamente una instrucción y después te pasan a trabajar en la administración, es como cualquier otro trabajo y ganás más o menos bien. No es peligroso y ya no es como antes que los canas nos cagaban a palos, ahora es el pueblo el que tiene la batuta y siempre es mejor tener gente nuestra adentro, ¿no?

-No sé, no sé.

-En este estado en que estás, no tenés muchas opciones. Mirá, a mí me hicieron entrar por el partido, y si yo te recomiendo, en menos de un mes entrás.

Su amigo tenía razón, Luis no tenía muchas opciones, y esa noche, después de meditarlo largamente, se decidió a entrar a la Policía, pensando que sería algo temporal para poder seguir estudiando

psicología. Aunque sus simpatías políticas con la izquierda peronista no combinaban con ese trabajo, pensó: "Bueno, se puede ser cana y honesto al mismo tiempo... y también se puede hacer la revolución desde cualquier lugar donde uno esté".

Y así fue que entró nomás a la Policía, pero al tercer día de la instrucción se dijo: "No, yo largo, esto es una mierda".

Esa noche, su mujer le tocó el amor propio: "¿Otro trabajo que vas a largar? Al final tiene razón mi viejo que dice que sos un vago de mierda, que no te gusta trabajar y que nuestro hijo se va a cagar de hambre". Así que terminó por seguir yendo a la Escuela de Policía, había que aguantar durante un mes el curso de instrucción con la esperanza de pasar luego a escribir a máquina en alguna oficina.

Por la mañana se impartía la instrucción teórica y lo peor venía a la tarde, de 13 a 19 instrucción militar, con salto 'e rana, cuerpo a tierra, revolcadas varias, y todo tipo de "bailes" al estilo de la colimba.

Un día, el cuarto de la instrucción, Luis estaba descansando de uno de los "bailes" que les había dado un instructor medio loco al que llamaban "Espina". Estaba sentado en un cordoncito, sudado y con algunos magullones, cuando se le sentó al lado otro postulante que dijo llamarse Horacio y que tendría unos 19 o 20 años.

Después de unos momentos de charla intrascendente, Luis le confió que estaba cansado de todo aquello.

- La verdad, estoy harto de esta mierda, no es lo que yo esperaba.

- Yo también, pero hay que aguantar que es solamente un mes y después ya cambia todo.

Horacio Samamé era estudiante de abogacía y estaba en la misma que él. Al poco tiempo congeniaron y se hicieron amigos. Más tarde se incorporaron al grupo Carlos Zúñiga, a quien le decían la "Pantera" y estudiaba medicina, y Carlos Agüero, a quien llamaban el "Mono" y que no era estudiante, pero hablaba el mismo idioma que los otros tres.

Dentro de todo, pensaba Luis, era una suerte encontrar gente así, porque la mayoría ahí no tenía ninguna preparación, muchos eran muchachos venidos del interior de la provincia y fácilmente manipulables por los instructores policiales, que incentivaban una suerte de "ley de la selva". Los robos mutuos y otro tipo de bajezas eran moneda corriente, para evitar castigos o para quedar bien con los superiores.

Después de 10 días, aproximadamente, y luego de estudiarse mutuamente, los cuatro compinches pasaron a ser verdaderos amigos, descubrieron que tenían no sólo temas en común para charlar sino también una visión parecida del mundo, de la política y ganas de hacer algo desde adentro de la institución policial.

Cuando no les tocaba hacer guardia, el día terminaba a las 7 de la tarde y se iban a la casa de alguno de ellos a tomar unos vinos y a debatir sobre la evidente derechización del gobierno de Perón y de

cómo se podrían cambiar las cosas, o por lo menos cambiar el pequeño mundo que tenían a su alrededor.

Aunque estaban comprometidos con la realidad, no militaban en ningún lado porque no les convencían las opciones a mano: Montoneros, el PRT o Vanguardia Comunista. Preferían ser líberos y trabajar más como una suerte de evangelizadores dentro de la Policía que siguiendo las directivas de alguna de estas organizaciones mesiánicas.

Se podía ser policía y honesto al mismo tiempo, sin comprometerse con un sistema político y económico que repudiaban.

“Tenemos que trabajar desde adentro para crear fuerzas de seguridad que estén al servicio del pueblo, no de los intereses políticos y económicos del poder de turno, después de todo, el pobre cana termina siendo lo que es, porque no tuvo oportunidad de conocer otra cosa, porque le lavan la cabeza apenas entra, y por eso nosotros debemos influir en nuestros compañeros”, decía Horacio, mientras los otros tres lo miraban de reojo y lo veían como un poco quijotesco.

Sin embargo, los cuatro hicieron un pacto para trabajar por algunos principios básicos que ellos mismos se autoimpusieron y deberían transmitir a los demás, para contrarrestar el veneno de la instrucción. Los puntos fundamentales eran dos: ser honesto no aceptando jamás una coima, y contrarrestar el rol represivo de la Policía empezando por no pegarles a los detenidos.

Ya había comenzado el auge de la lucha contra la subversión y así las clases de la instrucción policial se convirtieron para ellos en una abierta oposición a los puntos de vista de los instructores.

Un día, el instructor Fernando Rocha, puso un ejemplo teórico a sus casi 60 alumnos: “Imagínense a un agente persiguiendo y tiroteándose con un delincuente. De pronto, atravesando un puente en el Suquía, el delincuente tira el arma al río y más adelante cae muerto. Al no encontrarse el arma, el policía luego es investigado y sancionado por disparar contra una persona desarmada. ¿Les parece bien, les parece justo eso? Ese agente debería haber tenido un arma no registrada para, en un caso así, ponérsela al delincuente en la mano y con eso se solucionaba todo”.

Por supuesto que saltaron las cuatro ovejas negras a cuestionar el ejemplo. Sobre todo Luis, quien arguyó que el policía es el guardián de la ley y ese método era ilegal. Ese fue su primer gran error, olvidarse de que estaban en la Escuela de Policía y no en una clase de la facultad en el Pabellón España de la Ciudad Universitaria.

Al día siguiente, el instructor Rocha, alias el Tuerto, lo llamó aparte a Luis y con tono paternal le preguntó por qué le había retrucado el ejemplo del arma.

- ¿Qué te pasa querido, por qué tenés esas ideas absurdas?
- Lo que pasa es que como policías me parece que tenemos que encarar más la prevención que la represión.
- ¿No te parece que hay que matar a todos los negros de mierda que delinquen o que son subversivos?
- No, creo que sería mejor construir un mundo mejor, sin ricos ni pobres, porque si nadie pasara hambre no habría ni delincuentes ni subversivos.
- Decime una cosa, ¿vos de qué partido sos?
- No, no soy de ningún partido, pero me gustaría un socialismo como sistema político para Argentina.

Ese fue su segundo gran error, y el lapidario. La sentencia de Rocha fue que no se podía ser policía y estudiante al mismo tiempo, y que por aceptar ese tipo de postulantes, estaban entrando a la fuerza infiltrados "zurdos". Y el dictamen fue repartido a todos los instructores, suboficiales y oficiales de la escuela.

Cuando terminó el período de instrucción, les dieron los destinos y él, junto a Horacio, fueron a parar a la Dirección Tránsito y Caminera.

Con el primer sueldo, tuvo una doble sensación, por un lado era mucho más de lo que juntaba en el taller de artesanías, pero por otro lado, sintió que se estaba metiendo en la boca del lobo.

El primer día en su nuevo destino, un comisario al que llamaban el Sapo habló al grupo: "Sabemos por informaciones que nos han llegado que tenemos en el grupo algunos infiltrados. Les recuerdo, señores, que los traidores mueren por la espalda". Más que una bienvenida, era una advertencia, y más que una advertencia era una amenaza que se parecía mucho a una sentencia de muerte. Estaba claro también a quiénes estaba dirigida. De hecho, ya ninguno de sus compañeros los quería escuchar, por miedo a que sus superiores los vieran hablando, por lo que fue imposible seguir con la campaña de concientización y adoctrinamiento que habían planeado.

Un día llegó la noticia de que el ERP había preparado un atentado contra el gobernador de Catamarca, para la procesión de la Virgen del Valle. Entonces. Entonces entró un cabo con la cara colorada de rabia y gritó: "Estos zurdos hijos de puta ya ni a las vírgenes respetan", y mirándolo a Luis a centímetros de distancia continuó desafiante: "Yo a estos zurdos los mataría de a poco". Pero siguiendo con los errores infantiles, Luis no se quedó callado: "A mí qué me dice, mi cabo, si yo no soy zurdo ni tampoco hice ningún atentado", cosa que le costó un "baile" peor que los de la instrucción.

Días después en el turno de la guardia de Horacio, explotó una bomba debajo de una torreta que daba a la calle, aunque no mató a nadie. Pero coincidió con que ese día Horacio faltó al trabajo porque estaba enfermo y ahí, para los policías quedó "probado" que había sido él quien, junto con los otros del grupo de "infiltrados", había entregado datos y horarios de relevos y de los cambios de guardia.

Los trasladaron entonces al interior de la provincia, cada uno a diferentes destinos, separados por un mínimo de 200 kilómetros.

Luis pidió explicaciones a su jefe y éste le respondió que eran órdenes "de arriba", así es que fue directamente al jefe de la Unidad Regional Uno, el comisario Antonio Roselli, quien lo hizo esperar casi dos horas hasta que por fin lo atendió. Era un flaco rubio, muy prolijo pero que no paraba de hacer ruido con los dientes, como queriendo sacarse restos de comida de una dentadura ocre y diezmada.

- Mirá pibe, se dice que ustedes cuatro son zurdos.
- Pero eso no es cierto, ¿hay alguna prueba de que tengamos vínculos con alguna organización?
- No, pruebas en realidad no hay, pero la simple sospecha es suficiente-, y sobrevino una larga perorata a propósito del "veneno marxista" y de la "guerrilla antipatria".
- Yo soy argentino, me gusta tomar vino y comer asado y no quiero bailar la troika. En cuanto a vos, es fácil, o aceptás el traslado o renunciás a la Policía de Córdoba.
- Viendo que la decisión no podría torcerse, Luis pidió un lugar más cerca de Córdoba y puso como argumento el embarazo de su esposa.
- Está bien, ¿adónde se te ocurre?
- En Laguna Larga, a 45 kilómetros de aquí, viven mis suegros.
- Está bien, muchacho, pero recapacitá y no sigas haciendo cagadas, acordate que tenés mujer y que ahora vas a tener un hijo.

Con esa última amenaza retumbando en su cabeza se instaló en Laguna Larga, cerca de la casa adonde se habían mudado sus suegros. Esa era una ventaja, aunque el traslado significó el abandono temporal de la facultad.

## CAPITULO 3

### El terror antes del terror

El país entraba en la última fase antes del golpe militar. Tiros por todos lados, bombas, inflación sin límite, un cóctel explosivo que servía de excusa perfecta para que ya en 1975, los militares "salvadores" se aprestaran a tomar el poder. Y la izquierda dividida, con copamientos, secuestros, huelgas al gobierno de Isabelita y López Rega. Manifestaciones, guerrilleros abatidos en enfrentamientos armados (en los dos sentidos, porque eran con armas o porque eran ficticios), sindicalistas y dirigentes sociales asesinados eran comunes todos los días.

Los contactos entre Luis y sus tres amigos fueron disminuyendo por motivos obvios. Estaban muy marcados y convenía separarse un tiempo. Horacio no aguantó más y finalmente renunció a la Policía, pero Luis, a pesar de todo, en Laguna Larga no tenía tantos problemas, ya que el clima social y político no era como en Córdoba. Tal vez justo por eso él se sentía aburrido, y decidió hacer lo posible para volver a Córdoba.

Su esposa le decía que se quedaran en Laguna Larga, que no hicieran una locura, y el suegro le recordaba constantemente que ahora tenía mujer e hija, porque a todo esto ya había nacido Yanina.

Las guardias eran demasiado tranquilas, a lo sumo alguien se robaba una gallina o se peleaba con el vecino. Los policías eran muy distintos a los de la ciudad, honestos, gente sencilla del pueblo; además todos se conocían, se habían visto nacer y probablemente se verían morir. Pero él ya estaba cansado y como un impulso suicida, quería volver a Córdoba. A los seis meses de estar en Laguna Larga, aprovechando algunos contactos, consiguió de nuevo ser trasladado a la Seccional 16° de Córdoba, y así retomó también la facultad.

Se levantaba a las 5 de la mañana para tomar el colectivo y entrar a trabajar a las 7. Le dieron el cargo de oficial de libros, por lo que pasaba toda la mañana recibiendo denuncias y exposiciones que él mecanografiaba a una velocidad que asombraba a sus compañeros.

A las 14 se iba a la facultad y volvía a su casa recién a las 10 de la noche. Sin embargo, la efervescencia política de antes de irse a Laguna Larga había dejado paso a un clima enrarecido donde se respiraba más miedo que rebeldía. La mayoría de los profesores habían renunciado o se habían ido del país amenazados. La inmensa foto del Che Guevara con letras grandes "Que la universidad se vista de pueblo", ya no estaba, y todos sabían que en las aulas pululaban los policías infiltrados o los civiles colaboracionistas, camuflados con pelo largo y vaqueros gastados.

En ese ambiente, Luis cursaba materias de segundo y tercer año, y vivía prácticamente una doble vida, sin poder comentar en la facultad que trabajaba de policía y lo mismo en el trabajo, siempre ocultando

cosas. Ya había aprendido de sus errores que no tenía que ser tan frontal y sincero en cuanto a sus pensamientos y actividades.

Un día, en la puerta de la facultad mataron un estudiante que también era policía, y un grupo de izquierda se adjudicó el atentado. Así, Luis pensaba: "Un día de esos la ligo yo, de uno u otro lado".

La Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) empezó a funcionar directamente a las órdenes del Ministerio de Bienestar Social y los cadáveres de sacerdotes o sindicalistas aparecían a diario acribillados.

En diciembre de ese 1975, el PRT, en una de sus últimas acciones armadas, intentó tomar un regimiento militar de Monte Chingolo, en Buenos Aires. La reacción del Ejército fue encarnizada y hubo 200 muertos. Ya en ese entonces estaba declarado el estado de sitio, y las detenciones se sucedían por doquier. En la seccional de Luis implementaron el sistema de retenes, en el que estaba incluido el cuerpo administrativo, así que tenía que participar de los acuartelamientos por 12 o 48 horas. Era una psicosis general, cualquier auto que pasaba era sospechoso de querer copar la comisaría y era normal escuchar ráfagas de FAL solamente porque un policía de guardia había escuchado un ruido extraño y se había asustado. Ya no se sentía seguro ni adentro ni afuera de la comisaría, así que esa Navidad habló seriamente con su mujer.

- Mirá, esto está cada vez peor, por qué no nos vamos del país y vivimos tranquilos, más por Yanina que por nosotros mismos.

- Justamente por ella, ¿querés que viva en una cultura totalmente diferente?

- Bueno, México o Brasil no son tan diferentes.

- ¿Y con mi familia, qué hacemos, vamos a estar lejos de todos y desarraigados?

Finalmente no hubo caso y la decisión fue no irse a ningún lado.

Y llegó el golpe. La mañana del 24 de marzo de 1976, su mujer lo despertó: "Luis, la radio está pasando comunicados y marchas militares, hay Golpe de Estado". Se levantó de un salto y comprobó que todas las emisoras transmitían en cadena, con comunicados lacónicos y voz grave entre marcha y marcha. "A partir de este momento... queda prohibido... Ha sido el comunicado número cuatro del Comando del Tercer Cuerpo de Ejército, firmado: Luciano Benjamín Menéndez, general de brigada".

Desde que había nacido en 1952, en sus 24 años, Luis había vivido solamente 13 años bajo gobiernos civiles. Ya se sabía de memoria la retórica de los comunicados militares, los había escuchado desde la cuna en el '55 con la Libertadora, en el '56 con el contragolpe del general peronista Juan José Valle, en el '62 con el golpe cívico-militar a Arturo Frondizi, luego con la lucha entre azules y colorados, y en el '66 con el derrocamiento de Arturo Humberto Illia.

Pero este golpe era diferente a los anteriores, elaborado y pulido, donde los conceptos de la lucha contrainsurgente francesa en Argelia y

norteamericana en Vietnam , serían potenciados y perfeccionados por los militares argentinos.

Esa misma noche se deben haber confeccionado centenares de listas negras –otras ya estarían confeccionadas desde antes- con personas que luego marcharían en los pisos de los camiones militares a cárceles y centros clandestinos de detención, paso previo a las fosas comunes o los vuelos de la muerte.

Por otra parte, la represión se extendería más tarde hasta los mismos cuadros militares y policiales, porque también ellos necesitaban purificarse por dentro del “veneno marxista”.

Con este panorama por delante, si Luis no había renunciado antes a la Policía, ahora ya era tarde , porque hacerlo en esas circunstancias era muy sospechoso. Se podía decir que estaba más seguro adentro que afuera y por las dudas, la primera medida fue quemar todo lo que pudiera comprometerlo, incluso sus apuntes de psicología sobre las obras de Marx.

El nuevo jefe de Policía fue un militar de apellido Rivero y se hizo cargo de la seccional un oficial retirado de helada mirada. Lo primero que le dijo a Luis fue que no le gustaba que fuera estudiante, mientras le producía escalofríos por todo el cuerpo.

Al poco tiempo, lo llamó y le dijo con voz hueca: “Urquiza, se va trasladado al Departamento de Informaciones” (más conocida como D2).

Esa noche no pudo dormir, no sabía si presentarse o no a la mañana siguiente. Pensaba que si se presentaba, seguramente iba a haber alguien que lo reconociera como uno de los trasladados al interior de la provincia por la bomba en Tránsito y Caminera. Pero si no se presentaba iba a ser peor, lo citarían y luego arrestarían. En su paranoia persecutoria, llegó a pensar que se trataba de una trampa para pegarle un tiro y luego decir que “murió en un acto de servicio”.

Esa mañana se levantó despacio, se cambió y desayunó con la cabeza trabajándole sin pausa. Llegó al trabajo y se presentó a la guardia. Así empezó a conocer a quienes serían sus verdugos tiempo después.

Habló brevemente con el Dos, el comisario Fernando Esteban, quien lo estudió con algunas preguntas. Luis le dijo que no quería estar en esa repartición porque como iba a la facultad, el régimen de 24 horas por 48 libras era muy pesado y no le dejaba tiempo para estudiar. Esteban le respondió que no se preocupara, que tendría permiso para ir a la facultad en los días de trabajo y luego podría volver a la guardia de nuevo.

Su puesto de trabajo fue la oficina de guardia, con trabajos administrativos, respondiendo partes, atendiendo el teléfono o la radio.

La Jefatura de la Policía de Córdoba funcionaba en el Cabildo, frente a la Plaza San Martín y al lado de la Catedral. Allí, además de la Jefatura propiamente dicha, funcionaban el D1 o Departamento de Personal, el

D2 o Departamento de Informaciones, el D3 o Departamento de Operaciones, el D4 o Departamento de Investigaciones y el D5 o Departamento Judicial.

En Córdoba, la democracia se había perdido antes que en el resto del país, ya que el 28 de febrero de 1974 el entonces jefe de Policía, teniente coronel Antonio Domingo Navarro derrocó con un singular golpe policial al gobernador peronista Ricardo Obregón Cano, de buena relación con los grupos de la izquierda peronista. Aunque este hecho fue inédito en la historia política de la Argentina, no estaba desconectado de lo que estaba sucediendo a nivel nacional, sobre todo desde el definitivo giro a la derecha de Juan Perón. De hecho, fue el propio José "el Brujo" López Rega quien mandó a Córdoba, como jefes de la organización parapolicial Comando Libertadores de América al capitán del Ejército Héctor Vergez (alias Vargas, más tarde jefe de la Brigada 141 del Ejército o Brigada de Informaciones ) y a un hasta entonces oscuro y mediocre suboficial de la Aeronáutica: Pedro Raúl Telleldín, quien en agosto de 1975 llegó a estar al frente del D2 y pasó a ser el Uno, con el cargo de comisario principal.

Aunque muchos hacen la equivalencia del Comando Libertadores de América con la Triple A, en realidad la trascendía porque en él se mezclaban militares con policías y comandos civiles. Era un grupo mucho más pesado y su vocación represora era mucho más encarnizada, quizá por la misma historia de Córdoba, distinta a la de Buenos Aires y el resto del país.

Por empezar, en Córdoba se gestó la Revolución Libertadora, el golpe "gorila" que derrocó en 1955 a Perón. Los comandos civiles fueron una exclusividad de esta provincia, conformados por jóvenes radicales y conservadores del "viejo y perfumado" Partido Demócrata. A partir del 16 de setiembre que se produjo la sublevación militar, estos comandos civiles salieron a la calle con mauser y pistolas Colt a garantizar el éxito de los golpistas. Tomaron la terminal de ómnibus, la de tranvías y las radios LV 2, LV 3 y Splendid (que más adelante fue Radio Universidad). No llegó a haber enfrentamientos con peronistas y recién el 21 de setiembre, cuando el general Eduardo Lonardi asumió la Presidencia de la Nación, se fueron a sus casas.

Más tarde, durante los '60 y conjuntamente con el desarrollo de las terminales automotrices y la fábrica de aviones, se fue consolidando junto a la Córdoba industrial una clase obrera muy fuerte y preparada, y sobre todo una vanguardia sindical sumamente concientizada y combativa. El pico máximo de su actuación social y política fue el Cordobazo, donde comenzaron a despuntar su vocación represora algunos policías y militares como el teniente primero del Ejército Jorge Rulo Acosta, quien en los '70 llegaría a ser jefe del campo de concentración La Perla.

En el Comando Libertadores de América, además se juntó el ala más recalitrante de la derecha nacionalista de los militares. Eran de ideología nazi y formaron la llamada Logia Integralista. Entre ellos estaban el coronel Nono Bolacini, el sargento primero Luis Manzanelli,

el mayor Gustavo Von Diedrich y el mayor retirado Ernesto Guillermo Barreiro, que luego en los '80 fundó el Modín y más adelante se alió con el menemismo, trabajando incluso en el ámbito privado con Alberto Kohan y Amalita Lacroze de Fortabat.

En este verdadero grupo de choque que fue el Comando Libertadores de América también revestían algunos civiles, como Ricardo Lardone, Arnaldo José "Chubi" López, Ricardo Luján y Jorge "Palito" Romero, aunque éstos eran más liberales que fascistas, al igual que el propio Menéndez, quien supervisaba todo y concentraba el poder.

En febrero de 1975, el Comando Libertadores de América puso una bomba de mediana intensidad que hizo volar la rotativa de *La Voz del Interior*, en la calle Avellaneda del barrio de Alta Córdoba, lo que nunca fue investigado ni aclarado por las autoridades, ni del Ejecutivo ni del Poder Judicial. También perpetró atentados en la galería Cinerama y en la sede de Tribunales Federales.

A partir del Navarrazo, en Córdoba se empezó a vivir más descarnadamente lo que pasaría a nivel nacional a partir de 1976, sobre todo se produjo el asesinato de numerosos estudiantes y sindicalistas, entre ellos el ex vicegobernador y dirigente sindical de la UTA Atilio López. Y el D2 pasó a ser ya por ese entonces el principal centro de detenciones ilegales y torturas. El informe de la Comisión Nacional de Desaparición de Personas (Conadep), delegación Córdoba, da cuenta de 52 denuncias de detenidos desaparecidos en Córdoba antes del golpe de Estado de 1976.

El jefe máximo del D2 era el Uno en la jerga, el comisario Pedro Telleldín, padre del reductor de autos e implicado en el atentado de la Amia, Carlos Telleldín. El Uno le dio forma definitiva al aparato represivo policial, incorporando al D2 a efectivos de otras comisarías afines a su ideología y a civiles provenientes de grupos de inteligencia. Armó una verdadera selección de torturadores.

El sub-jefe era el Dos, Fernando Esteban, un comisario gordo famoso por su afición a golpear a las prostitutas.

El Tres era el comisario "Patilla" o "el Tío" Tissera, del cual no hay registros sobre su nombre de pila. Como tantos otros, usaba solamente sus nombres de guerra, como en una verdadera organización clandestina.

El D2 funcionaba sobre el Pasaje Cusco (luego Santa Catalina), donde hoy funciona el Cuerpo Especial de Vigilancia y una placa de la Legislatura recuerda su pasado como centro ilegal de detenciones, torturas y muerte. Sus principales funciones eran hacer inteligencia policial, infiltrarse y obtener informaciones de las organizaciones políticas, sindicales y estudiantiles; en fábricas, partidos políticos y otro tipo de organizaciones sociales; coordinar operativos con el Tercer Cuerpo de Ejército; cometer atentados y simular que fueron actos de "la subversión terroristas"; y el secuestro, violaciones, torturas y asesinatos de personas, acompañados del saqueo de las casas de las víctimas.

Esta era una dependencia policial prácticamente al margen del resto de la Policía, con una amplia autonomía y un estrecho vínculo con el Ejército. De hecho, Telleldín tenía más relación con Luciano Benjamín Menéndez (comandante del Tercer Cuerpo del Ejército), que con el propio jefe de la Policía de Córdoba. Militares y policías crearon y coordinaron juntos campos de concentración como el Campo de la Rivera –al lado del Cementerio de San Vicente- y la Casa de Hidráulica -a orillas del dique San Roque cerca del embudo-.

El D2 estaba integrado por el Centro de Operaciones Tácticas (COT), donde se planeaban las operaciones, se evaluaba el desarrollo de la lucha antisubversiva y se contabilizaban las pérdidas sufridas en ella.

La Brigada de Investigaciones reunía a quienes se encargaban del trabajo sucio en la calle, de los procedimientos, la detención de personas y los interrogatorios. Como aves de rapiña, ellos también se repartían el botín de guerra encontrado en las casas saqueadas de los detenidos. Y también decidían sobre la libertad y la vida del detenido, si era mandado a la cárcel, puesto en libertad o trasladado a las dependencias del Ejército o asesinado.

El jefe de la Brigada de Investigaciones era el comisario Américo "Gringo" Romano, aunque la supervisión final estaba a cargo del propio Telleldín. Estos dos jefes fueron los verdugos del comisario de Comunicaciones Ricardo Albaredas.

Esa brigada, verdadera pieza clave del D2, se dividía a su vez en Grupo Calle, Grupo Fábrica y Grupo Facultad y cada uno de ellos se encargaba de los operativos en esos ámbitos. Además de ser la más mimada por Telleldín, la Brigada de Investigaciones era la más numerosa, con unos 50 efectivos, y actuaba principalmente de noche, en las sombras y al margen de las leyes.

El periodista Adrián Bassola –uno de los que más y mejor investigó el tema- escribió en *La Voz del Interior* el 8 de junio de 1997: "En la oscuridad se confundían grados y jurisdicciones, e incluso muchos uniformados revistaban durante el día en determinada dependencia, mientras que por la noche se dirigían a realizar los trabajos sucios en otra. ¿Por qué se sumaban estos policías a la represión ilegal? ¿Afinidad ideológica, temor, sumisión a las órdenes? Todo puede ser. Un dato supera al resto: la tentación de ascender rápidamente en la carrera policial como premio".

Es lo que ocurrió con Carlos Yanicelli, uno de los integrantes del D2, quien en siete años de represión ilegal ascendió cinco grados, cuando lo lógico es ascender un grado cada tres años. Pero el secuestro, la tortura y el asesinato estaban bien recompensados por los popes (el Uno, el Dos y el Tres).

Las otras brigadas dentro del D2 eran Sumario (se encargaba de la parte judicial de los que pasaban a la cárcel), Libros (encargada de la burocracia administrativa interna), Archivos (que fichaba a todos los detenidos o a las personas con antecedentes políticos) y Armas (se encargaba del armamento, del legal y del ilegal).

Todas las brigadas competían entre ellas, se escamoteaban algunas informaciones y era notorio ver cómo se disputaban el favoritismo del Uno en los procedimientos.

En la sala de entrada del D2, casi sobre el pasaje Santa Catalina, en un costado de la Catedral de Córdoba, existía un gran cuadro con los nombres de todas las organizaciones armadas y partidos políticos representados cada uno con su sigla.

Al fondo de la guardia, en un costado estaban las celdas especiales y en un pasillo al medio se encontraban los detenidos sospechosos o en averiguación de antecedentes. Estos lugares estaban reservados sólo para el personal de la Brigada de Investigaciones.

Luis llegó al D2 el 21 de setiembre y, en total, hizo 18 guardias de 24 horas, todas y cada una de ellas llenas de tensión y nerviosismo, por las cosas que veía y sobre todo que oía. Él sospechaba que ahí pasaban cosas muy raras, pero no tenía la certeza de cuáles.

Cuando llegaban las 48 horas de franco trataba de olvidar todo, pero no podía, sentía vergüenza e impotencia, tenía que salir de aquel lugar fuera como fuera o terminaría volviéndose loco.

Un día se enteró que en diciembre empezaban unos cursos para ser oficial y pidió hablar con "el Dos" para hacerlos. Ante su sorpresa obtuvo rápidamente el permiso, así que sería cuestión de esperar dos meses nada más.

Pero mientras tanto, la cosa se fue agravando, las incursiones nocturnas de los de la Brigada de Investigaciones eran cada vez más frecuentes, y siempre volvían con dos o tres "chupados".

En esos casos, ponían música en un tocadiscos en las piezas del fondo para que no se escucharan los gritos de los detenidos cuando eran interrogados.

Además, había dos detenidos que empezaron a colaborar con los policías, los que comunmente se conocían como "quebrados". Uno de ellos era Carlos Raimundo (alias Charlie) Moore, quien paradójicamente había sido compañero de Luis en la escuela San Martín de Villa Allende, y con quien había hecho un viaje por el norte argentino a los 14 años. ¿Quién diría que las vueltas de la vida los iban a reunir en esa situación? El otro "quebrado" era un tal López, que a veces también participaban en los procedimientos con la brigada. Los dos eran tratados como mascotas por los jefes policiales.

Uno de los peores torturadores era el sargento Gómez, al que llamaban "el Gato", era de Río Cuarto y estaba conviviendo con una ex militante montonera "quebrada".

El Gato Gómez se vanagloriaba de manejar a la perfección los métodos y detalles de la tortura. Cuando comía con sus compañeros alguna pizza seguramente no pagada, se jactaba de que con él todos

cantaban y que nunca se le había ido ninguno, o sea que nunca se había pasado en las torturas, porque sabía a la perfección hasta dónde podía apretar.

Pero no todos eran así. El Uno, el Dos y el Tres no se ensuciaban las manos, eran hombres normales y tranquilos, aunque en realidad los verdaderos cerebros maquiavélicos de esa cueva de los avernos, en pleno corazón del microcentro de Córdoba.

Además estaba el hermano de Carlos Yanicelli, Raúl. Eran oriundos de Cruz del Eje y conocidos como "Tucán Grande" (Carlos) y "Tucán Chico" (Raúl). En realidad, Raúl era el mayor y Carlos el menor, pero por la estatura y el mayor protagonismo en la represión ilegal, Carlos era Tucán Grande. Éste participaba activamente en las incursiones nocturnas de la Brigada de Investigaciones, mientras su hermano Raúl era sumariante.

Los otros integrantes del D2 en esos años eran: Raúl "Sérpico" Bucetta, Rodolfo Gustavo "Cacho" Salgado, Herminio Jesús Antón y su hermana Graciela "la Cuca", Fernando "el Tuerto" Rocha (el instructor del ejemplo del arma), Ramón Eduardo Zavaleta, Ricardo Vázquez, Julio Jorge Juan, Francisco Gontero, "el Pantera" Torres, "el Chato" Flores, Ricardo Lencina, Luis "el Moro" Merlo, Ricardo "el Alemán" Hierling, Yamil "el Turco" Yabohur, Hugo Sintora, Hugo Parents, Roberto Hugo Aspitía, Antonio José Roselli, Laureano Bengolea, Omar Izcardi, Daniel López, Juan Carlos Nieto, Gustavo Peralta, Manuel Reartes, Alberto Rosas Senen, "Coco" Damonte, "Cara con riendas" Lucero y Antonio Reginaldo Castro, entre otros.

En 1997, el ex presidente de la Conadep Córdoba, Luis Rébora, y en referencia a los integrantes de la D2, le dijo al diario *Punta* de Río Cuarto: "No había nadie inocente entre los policías mencionados por las víctimas, porque participaban en todo: no había funciones específicas ni determinadas, sino que actuaban según las circunstancias, en secuestros, torturas y, si era necesario, asesinatos". Recordando que la Policía de la Provincia estuvo a las órdenes del Tercer Cuerpo del Ejército en lo que ellos llamaban "acción contra la subversión", Rébora agregó: "Todos los militares y policías se habían comprometido a matar... Había un juramento de sangre, así que de los militares y policías que participaron de esa época, inocente debe haber alguno que haya escapado a esta regla general".

El cocinero de la guardia era un caso aparte. Despreocupado, tranquilo, era un cuarentón al que le decían "el Tío" y que a veces se acercaba a los prisioneros y les tiraba un cigarrillo o les dejaba un sandwich. Él decía que honestamente no le interesaba la lucha ideológica de sus jefes, y tampoco estaba de acuerdo con los métodos empleados. Era amante del vino y lo tomaba en grandes cantidades, incluso fuera de las comidas. A Luis le gustaba porque con él podía hablar de temas que con el resto de los policías no, o tal vez fuera una cuestión de empatía. Se llevaban bien y Luis aprovechaba aquellos momentos en que el cocinero tomaba vino para que le contara cosas que de otra manera nunca habría podido conocer.

- No se puede creer la cantidad de tipos que traen acá, ya no doy abasto, y aunque la comida sea mala, tengo que hacer cada vez más cantidad.

- ¿Cada vez traen más?

- Sí, pero de todas maneras, el año pasado era peor, traían 20 o 30 todas las noches?

- ¿Y dónde los llevaban después?

- Algunos a la cárcel, otros a La Perla, y allí los mataban y enterraban”.

- ¿Estas seguro? ¿Qué es La Perla?

- La Perla es un campo de concentración, como los de los nazis. Y estoy seguro porque una vez faltaba un chofer y me mandaron a mí a llevarlos. Vi cómo los tiraban al lago con cemento en los pies. Ese lago (San Roque) debe estar lleno de fiambres.

A veces, cuando tenían algo de plata porque habían cobrado, caminaban los 50 metros que separan esa dependencia policial de la confitería El Ruedo y se tomaban un cafecito, aunque la mayoría de las veces charlaban en el patio interno o en la puerta del D2, tomando mate y viendo a la gente pasar en la zona comercial y financiera de Córdoba.

Un día de esos, a Luis se le heló sangre. Estaban en la cocina y el cocinero tomaba vino cuando empezó a contarle la historia de su antecesor, un tal Filichu, de quien se sospechaba que era un infiltrado de la guerrilla.

“Un día realizaron un procedimiento en la casa de una militante del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo, el ala armada del PRT) y se enteraron que era amiga de Filichu, y encima encontraron una lista con los nombres de los detenidos del día, que presumiblemente le había pasado el cocinero. Al día siguiente, Filichu trabajó en la cocina y al caer la noche, el Gato Gómez se ofreció a llevarlo a su casa, pero nunca más volvió ni a su casa, ni a la Policía y pasó a engrosar las listas de desaparecidos. Cuando la esposa de Filichu fue a preguntar le dijeron con displicencia que tal vez lo tenían secuestrado los zurdos”, contó el Tío como quien cuenta un cuento.

El cocinero se limpió una mancha de vino tinto del delantal ya no tan blanco y dijo: “Fue el Gato el que le tendió la trampa y seguro que lo llevó a La Perla y lo mató. Cuidate con el Gato, si te llevás mal con él, seguro que tenés problemas”.

En eso, una conversación de voces alteradas en la radio los interrumpió. Era un operativo rastrillo del Ejército que le avisaba a la Policía para que no interfiriera. “Ope Uno (Ope eran los grupos especiales militares) se dirige por calle 27 de Abril con armas ligeras, se avisa a los móviles policiales para despejar la zona”.

Tanto lo militares cuanto los policías que participaban directamente de la represión ilegal actuaban de civil, con pelo largo, armas no registradas y autos robados. Por eso, se avisaban en frecuencia interna para que no se los confundiera con guerrilleros.

Algunas noches se escuchaban repiqueteos de armas de fuego en pleno centro y al día siguiente el típico comunicado militar era reproducido acríticamente en las radios, los canales de televisión y los diarios: "Mientras una patrulla militar se dirigía por la avenida tal, fue atacada con armas de fuego desde un edificio por un grupo de delincuentes subversivos, siendo dos de sus integrantes muertos por los militares que se vieron obligados a responder el ataque".

El 19 de mayo de 1976 fue publicado un artículo en *La Voz del Interior* que puede servir muy bien como muestra de la actuación de la mayor parte del periodismo de la época. El título del artículo era "Abatieron a seis extremistas al escapar de la comisión policial que los conducía". Y el texto decía textualmente: "El Comando del Tercer Cuerpo de Ejército comunica que el día 17 de mayo, siendo aproximadamente las 22,30, en circunstancias en que una comisión policial trasladaba a seis delincuentes subversivos y mientras transitaba por la calle Neuquén al 700, fue atacada por otros delincuentes que ocupaban dos o tres automóviles con evidente propósito de rescatarlos, abriendo el fuego contra la comisión policial, la que reaccionó de inmediato... En la apertura inicial del fuego y antes de que los efectivos policiales respondieran al mismo, dos delincuentes que se encontraban dentro del vehículo policial fueron alcanzados por varios disparos pereciendo en el acto. Un agente resultó con una herida leve en un brazo... Los otros detenidos tratando de aprovechar esta situación intentaron huir en distintas direcciones. Dos de ellos se cruzaron en la línea de fuego cayendo heridos mortalmente y los dos restantes, al no acatar la intimación policial, fueron abatidos por las fuerzas del orden al intentar alcanzar un vehículo de apoyo... Ante este hecho, los atacantes ascendieron a sus automóviles y huyeron precipitadamente, favorecidos por la imposibilidad de una inmediata persecución en razón de los desperfectos sufridos por los vehículos policiales a causa del fuego... Los delincuentes muertos son Miguel Ángel Mossé, José Alberto Svagusa, Diana Beatriz Fidelman, Luis Ricardo Verón, Ricardo Alberto Young y Eduardo Alberto Hernández".

Las noticias siempre eran así, los únicos que morían en los tiroteos eran los "delincuentes subversivos", y los únicos autos que sufrían desperfectos como para no continuar la persecución eran los móviles policiales.

Sin embargo, la realidad era totalmente distinta, y la mayoría de la sociedad no quería verla, prefería seguir creyendo las versiones oficiales. En esa actitud descomprometida de la mayoría, se mezclaba el miedo con la ignorancia y el cinismo. Y en democracia persistieron estas actitudes, las Madres de Plaza de Mayo siguieron siendo para muchos "las locas" y el "por algo habrá sido" no ha podido ser erradicado de la conciencia colectiva de la sociedad argentina.

Quizás ya en esa época los militares y policías que salían por las noches en sus cacerías humanas eran conscientes de esa vía libre que les daba la sociedad civil, y por eso actuaban con tanta impunidad. Aunque decían y siguen diciendo que se trataba de una guerra,

tampoco respetaron la Convención de Ginebra sobre los prisioneros de guerra.

Una noche, durante una de las 18 guardias que le tocó hacer, Luis empezó a ver movimientos inusitados. La Brigada de Investigaciones preparaba algo grande, seguramente un gran allanamiento, había seis coches de civil esperando en la calle y hasta Telleldín se preparaba para salir, algo que no ocurría casi nunca.

Cuando partieron en medio de la madrugada, Luis escuchó por la radio: "Móvil Pájaro Uno y el movil.. se dirigen al QTH (domicilio) entre las calles ... y ....despejar la zona QRP ( entendido)". Al rato, otra vez la radio. El móvil Pájaro Uno pedía refuerzos porque había resistencia en el lugar del operativo.

Como a las dos horas, volvieron los seis autos al D2 con un detenido. La patota estaba excitada y todos hablaban fuerte y recordaban los momentos vividos, como los chicos después de un partido de fútbol. Era la casa de una pareja de montoneros en Barrio Ituzaingó. Se habían metido por los techos vecinos y la mujer les había tirado una granada que no explotó. La mujer estaba embarazada y los policías la habían acribillado. Uno de ellos, fuera de sí, gritaba mostrando sus manos y sus ropas manchadas: "Miren, es la sangre de los zurdos, es la sangre de los zurdos", mientras Telleldín los felicitaba a todos por el "brillante procedimiento".

Uno de los testimonios más importantes fue el de Charlie Moore del 15 de noviembre de 1980 en San Pablo ante el Acnur, y luego incorporado por la Justicia Federal de Córdoba en la causa Menéndez. Es importante por la condición del declarante, que era doble agente, ya que había sido montonero primero y colaborador del D2 después. Moore luego se quedó a vivir en Brasil, aunque algunos dicen haberlo visto en las sierras de Córdoba.

En ese testimonio, da cuenta de algunos de los operativos más sanguinarios de este grupo, sobre todo en los meses previos al golpe militar del 24 de marzo de 1976.

Caso Osatinsky: según Moore, "el abogado Mario Osatinsky fue secuestrado durante una reunión política que se realizaba en la calle Maestro Vidal al 1010, en agosto de 1975, por el D2 de la Policía provincial. Participaron Américo Romano, el principal Grandi, Yanicelli, Yabohur, el Turco Molina, el Tuerto Rocha, el cabo Chato Flores, Raúl Bucetta, el Pantera Torres, Ríos y Martínez. Con tres autos robados, los miembros del D2 simularon un intento de rescate por parte de Montoneros y acribillaron al abogado y a otros más".

Caso Chabrol: Moore recordó: "el joven militante de la Juventud Guevarista de apellido Chabrol tenía 18 años cuando fue secuestrado por el Comando Libertadores de América. Permaneció detenido en el D2 y después desapareció. Una joven de apellido Arqueola, que estuvo en el mismo calabozo, denunció a la prensa que leyó el nombre y apellido del joven en la pared de la celda. Inmediatamente desalojaron a otros dos detenidos que se encontraban en ese calabozo y me

hicieron raspar la pared y limpiar la inscripción. Unos días después asesinaron a Arqueola”.

Caso Cristóbal Romero: en este caso, Moore declaró: “el obrero de Transax y militante del ERP, Cristóbal Romero, fue secuestrado cuando abandonaba su domicilio y ultimado a balazos camino a Montecristo. Sus asesinos –entre quienes estaban Tissera, Torres, Bucetta, Antón, Romano, Chatro, Lucero y Yanicelli- se trasladaban en tres autos y dejaron el cadáver de Romero en un descampado con una bandera del ERP-PRT, para hacerlo aparecer como un ajusticiamiento del grupo guerrillero”.

Caso Smata: en este caso, Moore se autoincriminó de haber participado en el armado de la bomba: “La armaron en el despacho de Tissera, por orden de Telleldín, y en presencia de Yanicelli, Torres y yo (sic). Constaba de 12 o 15 latas de TNT al 80 por ciento, de 250 gramos cada una de Fabricaciones Militares y sistema de retardo mecha rápida. Fue colocada por Torres mientras Yanicelli conducía el automóvil marca Fiat 125 modelo '74 color blanco, sin chapas patentes”.

Además, en aquella declaración Charlie Moore contó detalles sobre la bomba al Arzobispado de Córdoba y al despacho del juez Zamboni Ledesma (en ambos casos dejando pintada la leyenda “Montoneros”), al Partido Radical, a la Mutual de Policía (por internas institucionales), al Sindicato del Caucho, al Club Hebraica y al Círculo Sefaradí, al Sindicato de Panaderos, al Partido Socialista, Al Frente de Izquierda Popular y a Cinerama, entre otros atentados.

Cuando se le encontraron cuentas secretas en Suiza y debió dejar la gobernación de Tucumán en 1998, Antonio Domingo Bussi lloró de vergüenza e impotencia, incluso frente a las cámaras de televisión. Le dolió mucho más que lo hubieran dejado al descubierto como ladrón que como torturador y asesino. Pero la verdad es que los militares -y policías en este caso-, además de genocidas llegaron a altos niveles de corrupción.

En esos años, en esos días, en esas noches sobre todo, cuando los grupos de tareas salían de cacería, además de chupar, torturar y matar gente, luego daban cuenta de los bienes de las víctimas y el botín se repartía según las jerarquías. Los superiores generalmente se quedaban con lo más apetecible que eran las casas o los autos. En Mendoza, por ejemplo, la banda del almirante Eduardo Emilio Massera se apoderó de un loteo en la coqueta zona de Chacras de Coria, que era propiedad de Victorio Cerutti y Horacio Palma, dos empresarios que habían estado vinculados al gobernador de la izquierda peronista Alberto Martínez Baca. Estos dos empresarios fueron secuestrados en 1977 y nunca más se los volvió a ver. Sin embargo, sorpresivamente luego de un tiempo, apareció la sesión de las tierras por parte de Cerutti y Palma a un tal Williams y a otro tal Ríos. Antes de matarlos y hacerlos desaparecer se les habría obligado a firmar esas sesiones. Actualmente, en el lugar existe un exclusivo barrio semicerrado que se

llama Wil-Ri (de Williams y Ríos). En el juicio a las juntas militares, Massera fue condenado por la desaparición de los dos empresarios, y recién en 2004 la Justicia ordenó la restitución de unas 20 hectáreas a los legítimos herederos.

En Córdoba sucedió algo parecido con Mackentor, por entonces una de las mayores empresas constructoras del país. Sólo luego de la caída de Mackentor, el Grupo Roggio comenzó a crecer hasta tomar la dimensión actual, siempre al amparo de los contratos con el Estado.

En 1977 Mackentor fue intervenida por un bando militar dictado por el propio general Luciano Benjamín Menéndez, comandante del Tercer Cuerpo de Ejército, quien la acusó de actuar como sostén financiero de la subversión. Pero en el procedimiento también tomaron parte el primer y segundo cuerpo, ya que hubo allanamientos de las oficinas de la empresa en Capital Federal, Santa Fe, Santiago del Estero y Córdoba. Las 29 personas vinculadas a Mackentor que fueron secuestradas estuvieron en reclusión entre cuatro y cinco años, condenadas por un consejo de guerra, pero el verdadero blanco era su principal accionista, Natalio Kejner, quien reunía las características de ser judío y de izquierda. En 1983, Mackentor fue devuelta a sus verdaderos dueños, pero vaciada y sin la capacidad de obra que había tenido unos años antes.

En el ámbito financiero, el principal gestor de ilícitos fue el capitán del Ejército Héctor Vergez, el mismo que había encabezado el Comando Libertadores de América y uno de los más conspicuos represores de La Perla.

Como gerente de la empresa Centro Financiero, agrupó entre otros a los policías Miguel Ángel Egea y Luis Alberto Choux, además de Julio César Aráoz, Ronald Troncoso, Edmundo Soria y Felipe Murolo, estos dos últimos estrechos colaboradores de Domingo Cavallo y ex miembros de la Fundación Mediterránea.

Pero no sólo peronistas y cavallistas eran socios de Vergez, también algunos radicales como Víctor Martínez –más tarde vicepresidente de Raúl Alfonsín- y José Ignacio Cafferata Nores –luego ministro de Gobierno de Eduardo Angeloz- fueron asesores de esta empresa que fue el emblema de la corrupción ligada a la represión ilegal.

La mecánica habría consistido en dar préstamos inexistentes a empresas fantasmas, y de esta forma ir vaciando la financiera hasta su quiebra, amparados por la ley de entidades financieras 21.526, que se dictó en 1977 a instancias del entonces ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz. El caso aún hoy sigue siendo investigado por la Justicia Federal de Córdoba, aunque está en peligro de prescripción.

Esos eran los grandes negociados de los militares y policías en Córdoba, pero a menor escala, el D2 también se transformó en una verdadera banda delictiva. Además de la espiral de locura ideológica y sanguinaria de la represión, esa banda se dedicó a saquear las casas de sus víctimas.

Uno de los más entusiastas en esta tarea era un tal Tomatis, a quien le decían “Gallo de lata”, un policía al que lo que más le interesaba era

salir de operativo para robar en las casas de los detenidos. Solía justificarse diciendo: "Esta es una guerra y por lo tanto el ganador tiene derecho a quedarse con el botín del enemigo". Otra justificación era que el Estado no le pagaba las horas extras de sus trabajos sucios, por lo tanto, era lícito quedarse con las joyas, la ropa o hasta la comida que encontraba en las casas que arrasaba. Años más tarde, Gallo de Lata se suicidó con un tiro en la cabeza.

El 4 de diciembre de 1975, el Comando Libertadores de América (antecesor de la patota del D2) secuestró y luego acribilló a un grupo de estudiantes argentinos, bolivianos y peruanos para robarles. Al parecer, los jóvenes tenían un grupo de música y ensayaban en su pensionado del Boulevard San Juan (entonces Boulevard Junín), lo que motivó la queja de algún vecino por ruidos molestos. Cuando fueron los policías, se encontraron con los instrumentos y los equipos y les brillaron los ojitos: se les mezcló el espíritu de rateros de poca monta con el instinto de grandes asesinos y entonces prepararon una de sus incursiones. Según el testimonio de Charlie Moore, esa incursión "estuvo a cargo del capitán del Ejército Héctor Vergez, acompañado por Tissera, Antón, Bucetta, Torres, Lucero, Yanicelli, Youbohur, Molina, Britos, Flores, Piruchín, Gómez, El Chueco y Serrucho, entre otros, totalizando unos 15 o tal vez más". Según Charlie Moore, "se conducían en un Chevy Malibú color celeste clarito, un Peugeot 404 color blanco, un Peugeot 504 color celeste, un Renault 12 color gris metalizado, un Renault 12 color blanco y una pick-up Ford F100 color blanca con cúpula".

En total, fueron masacrados cinco bolivianos (David Rodríguez Nina, Luis Rodney Salinas Burgos, Jaime Sánchez Moreira, Luis Villalba Álvarez y Alfredo Saavedra Altaro), tres argentinos (Jorge Ángel Lejustev, Ricardo Américo Pertile y Ricardo Haro) y un peruano (Jorge Raúl Rodríguez Sotomayor). Los llevaron y asesinaron en el camino viejo de tierra a Despeñaderos a la altura del camino a Los Molinos, a cinco kilómetros de la salida de Córdoba a la ruta cinco. El hecho se hizo pasar como un enfrentamiento con subversivos, pero la verdad es que el móvil fue robarles los equipos que luego habrán vendido en alguna compraventa.

Y una de las compraventas sindicada como lugar de recepción y venta de estos "botines de guerra", era una mueblería ubicada en Humberto Primero y Rivera Indarte, que según distintos testimonios habría pertenecido a Julio César Aráoz y a su socio Ronald Troncoso. Incluso, antes de la interna del Partido Justicialista de 1993, aparecieron carteles que cubrieron la ciudad de Córdoba y en los que se recordaba la mueblería donde supuestamente Aráoz vendía las pertenencias robadas por los policías a las víctimas de la represión ilegal. En los ámbitos partidarios se señaló que los carteles venían de parte del sector interno que apoyaba a José Manuel de la Sota y hasta hubo una denuncia en la Justicia de Eduardo Mondino en representación de Aráoz contra Herman Olivero, a quien acusaban de haber sido el responsable material de los famosos afiches.

Paradójicamente, el 17 de noviembre de 2004, Aráoz escribió una columna de opinión en *La Voz del Interior*, cuyo título era "El miedo, el desarraigo y la libertad". Esa columna comienza en su primer párrafo: "La mayoría de los argentinos de hoy estamos obligados a afrontar el miedo que nos suscita la falta de seguridad y restringe nuestra libertad más allá de lo aceptable". Allí, el ex ministro y principal operador menemista en la actualidad se olvida que la mayor inseguridad se vivió en esos años de la dictadura, con el agravante de que gran parte de esa inseguridad provenía del propio Estado.

Luego continúa Aráoz: "De una parte, muchos de los que viven en las llamadas villas miseria conocen el miedo cotidiano que les suscita ser las primeras y potenciales víctimas de los delincuentes que conviven con ellos, sin que la Policía llegue a protegerlos y a brindarles seguridad...En el otro extremo del espectro social, aún los más selectos y costosos barrios cerrados, también está instalado el miedo que provoca la inseguridad y limita la libertad, sin que ese cuadro llegue a ser aliviado por la posibilidad de contar con policías o guardias privados". Aquí, más allá de presuponer que los ladrones viven en villas miserias y no en "costosos barrios cerrados", el ex interventor en Tucumán insiste en la idea de que la seguridad podría provenir de la Policía o de guardias privados, muchos de los cuales son los que ayer, como policías, robaban bajo el amparo del D2 y luego habrían llevado el botín a la mueblería de Humberto Primero y Rivera Indarte.

"La experiencia y las crónicas –continúa Aráoz- dan cuenta de que todos los argentinos de este tiempo vemos severamente amenazado el ejercicio pleno de los tres derechos humanos esenciales: el derecho a la vida, el derecho a la libertad y el derecho a la propiedad. No deja de ser una notable paradoja que se extienda el miedo, se debilite la seguridad y se limite la libertad en una sociedad en la que, hace ya más de 20 años, se estableció un sistema político democrático en el que deberían tener plena vigencia las normas constitucionales que, en última instancia, tienden a asegurar a todos la posibilidad del pleno ejercicio de los tres derechos humanos esenciales". Quizás, Julio César Aráoz extrañe el modo en que se respetaban la vida, la libertad y la propiedad durante la dictadura militar.

Y llega al punto cúlmine en su artículo: "No es difícil entender que en la Argentina de hoy tienda a haber más miedo que seguridad y libertad y que las personas se sientan cada vez más amenazadas por una ola de delitos que se expande en un marco de aparente impunidad". En realidad, la mayor de las impunidades es haber colaborado en épocas de dictadura con los mayores delincuentes que pisaron estos suelos y luego como si nada, ocupar cargos legislativos y ejecutivos en épocas de democracia... y para completar, criticar a esa misma democracia.

Pero así como las atrocidades cometidas por los militares y los policías de la dictadura no hubieran tenido cabida con una sociedad que resistiera, y así como encontraron aliados en los mismos cuadros políticos, de la misma manera fue necesaria y fundamental la

colaboración de ciertos integrantes del Poder Judicial, que según lo enseña la escuela, constituye el último refugio del orden jurídico y los derechos de las personas.

En su informe número 74 de 1990, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos (OEA) emite una recomendación (una condena sin precedentes a nivel internacional) responsabilizando al Estado argentino “por la detención arbitraria de Héctor Enrique López Aurelli, privado ilegalmente de su libertad en noviembre de 1975 y condenado bajo pruebas de cargo obtenidas en base a torturas”. En ese expediente, la Comisión Interamericana declaró que tanto el gobierno constitucional de ese entonces, cuanto la dictadura militar luego, habían violado los derechos a la integridad personal y al debido proceso de López Aurelli, acusado de ser miembro del PRT y quien hasta 1990 seguía en libertad condicional.

En esa misma causa, la Comisión Interamericana detalla “no sólo el accionar ilegal del sumariante, sino además la complicidad manifiesta del Poder Judicial, en el caso del Juzgado Federal número Uno de Córdoba, a cargo del doctor Adolfo Zamboni Ledesma, secretaria de Carlos Otero Álvarez”. Otero Álvarez es actualmente vocal del Tribunal Oral Federal Número Uno.

Y continúa el organismo internacional: “El hoy fallecido juez que intervino en esta causa, Zamboni Ledesma, quien ocupara su cargo desde antes de la asunción del gobierno militar, no sólo juró las actas institucionales de la dictadura, sino que todo su accionar se encuentra en complicidad con los genocidas. En efecto, en la provincia de Córdoba los jueces federales tenían pleno conocimiento de la existencia de estos campos de concentración que operaban en su jurisdicción. Ello surge de distintos elementos de prueba que obran en instrumentos oficiales ya que, cuando una persona era privada de su libertad, generalmente sus familiares presentaban recursos de hábeas corpus. En la mayoría de los casos, la respuesta que daban las autoridades militares a los pedidos de informes que formulaban los juzgados federales –y en la ciudad de Córdoba sólo eran dos- era negativa; la persona no se encontraba detenida, por tal motivo el recurso era rechazado. Posteriormente en los pocos casos en que el desaparecido era legalizado y puesto a disposición de dichos jueces, nunca investigaban dónde había estado la persona privada de su libertad, no obstante que los legajos indicaban como lugar de procedencia los puntos L.R.D., lugar de reunión de detenidos”.

“En el caso del juez Zamboni Ledesma –agrega la Comisión Interamericana- su complicidad con los asesinatos de presos políticos que estaban a su disposición, también parece probada...”.

Por último, la Iglesia constituyó la última pata de la mesa, con el arzobispo de Córdoba Raúl Francisco Primatesta a la cabeza, quien junto a su par de Bogotá, López Trujillo, encarnaron el anticomunismo católico en América Latina y combatieron dentro de la institución a los curas tercermundistas, seguidores de la Teología de la Liberación, o

simplemente a los que optaron por estar más cerca de la gente y más lejos del poder.

Dicen que ya cuando daba clases de Biblia en el seminario de La Plata, allá por los años '50, Primatesta defendía al nazismo frente a sus alumnos y les decía que gracias a Adolfo Hitler, Europa occidental se había salvado del comunismo bolchevique.

En una conversación de café, el ex jefe de Policía Alberto Choux recordó de los años '70: "el viejo Primatesta era muy pesado, y no podíamos entenderlo porque podía salir con cualquier cosa". Según algunos presentes, Choux habría contado cómo una vez, después de haber explotado una bomba al cura Humberto Mariani de Villa Allende, Primatesta habló por teléfono al D2 y se quejó por el hecho: "Ustedes están equivocados, éste no es como el hermano (refiriéndose a Quito). Por qué no les ponen una bomba a los que están en Villa El Libertador". Según esta versión, la bomba fue puesta en la parroquia de Villa El Libertador, y Primatesta volvió a llamar para protestar. "No lo entendíamos, si él mismo nos había sugerido eso", habría contado Choux. La cosa es que Víctor Acha y Cacho Meca, los dos curas de Villa El Libertador, terminaron secuestrados por los policías.

Incluso apareció por esos años un "Comando Raúl Francisco Primatesta" que repartía volantes intimidando a los curas más combativos y advirtiéndoles que les pasaría lo mismo que a los de Villa El Libertador.

Luego, en 1976 Primatesta firmó la autorización para que el D2 pudiera retirar de cada colegio católico de Córdoba el listado de alumnos y profesores, y que luego sirvió a la patota para sus persecuciones nocturnas.

## CAPITULO 4

### En manos de sus compañeros

Marcelo, un amigo de Luis, le había pedido que averiguara algo sobre la hermana de otro militante de la JP, que estaba detenida desde 1975. Entonces, él pidió permiso en la Brigada Archivo para mirar las fichas, y para disimular, dijo que quería saber algo sobre un vecino de su casa que era sospechoso, que quería ver si tenía antecedentes políticos. Una estrategia demasiado ingenua y pueril con la que se metió solo en un callejón sin salida. Buscó y encontró la ficha de la militante en cuestión, estaba todo, quienes la acusaban, los cargos y la evaluación hecha por la Brigada de Informaciones sobre el caso.

Esa noche del jueves 11 de noviembre de 1976, después de salir de la facultad, pasó por la casa de Marcelo para contarle lo que había conseguido. Se quedó allí un rato largo tomando unas cervezas y volvió a su casa a las 2 de la madrugada, sin preocuparse porque al día siguiente tenía franco y podía dormir hasta más tarde. Pero sus actos no habían pasado tan desapercibidos como él pensaba.

A las 10 de la mañana del día siguiente, estacionó un Ford Falcon verde frente a la casa de Luis en Villa Allende, en las afueras de Córdoba, ya donde comienzan las Sierras Chicas.

-Unos compañeros tuyos te buscan y dicen que tu jefe quiere hablar con vos- le gritó su mujer mientras él estaba en el baño afeitándose.

A él le pareció raro porque era su día de franco y pensó: "¡Cómo no les dijo que no estaba!".

Se vistió rápido y al salir besó a su mujer en la boca y a su hija Yanina en la frente, sin saber que pasaría mucho tiempo sin volver a verlas.

Afuera lo esperaba el oficial sub-ayudante Cacho Salgado: "El Uno" quiere hablar con vos y nos mandó a buscarte". Eran cuatro, y subió en el asiento de atrás del Falcon.

Durante la media hora que hay de trayecto entre Villa Allende y el centro de Córdoba, fue pensando en lo raro de la situación. Si su jefe quería hablar con él por algo, por qué no podía esperar hasta el día que volvía de servicio. Además, mandarlo a buscar con 4 efectivos... Pensaba y pensaba mientras iban por la calle Castro Barros, pero no decía nada.

Hasta que después de alguna conversación frívola, preguntó a sus compañeros: "¿Para qué quiere hablar el jefe conmigo?".

-No sé, será para felicitarte por algo o para cagarte a pedos por algo- le dijo Salgado. Y luego, de nuevo el silencio pesado.

El Falcon estacionó sobre la calle San Jerónimo y bajaron todos, pero dejaron que Luis caminara adelante. El ambiente se cortaba con un suspiro.

Al entrar a la guardia, se dio cuenta de que estaban "el Uno" y "el Tres", o sea Telleldín y Tissera. Entonces sus compañeros lo rodearon y "el Tres" le pidió que entregara su pistola calibre 45 reglamentaria.

- ¿Por qué?- preguntó Luis previendo que algo estaba muy, pero muy mal.

- Estás arrestado- contestó secamente el Tío Tissera.

Entonces se le acercaron por atrás sus compañeros y le sacaron la pistola, "el Tres" le dijo que pusiera las manos adelante y lo esposaron.

Todo fue tan rápido que no tuvo ni tiempo de reaccionar, incrédulamente preguntaba por qué, por qué, y Tissera le contestaba: "Ya te vas enterar".

Entonces, lo llevaron a los empujones a una de las piezas del fondo, donde se hacían los interrogatorios y donde él nunca había podido entrar porque era exclusividad de la Brigada de Investigaciones, más conocida como "la patota".

Cuando entró al cuartito vio a un hombre en el suelo con los ojos vendados y la cara morada por los golpes. Le costó unos cuantos segundos, pero finalmente lo reconoció, era el Mono. Entonces le pusieron de nuevo agua por la boca mientras le tapaban la nariz para que se ahogara y le preguntaron: "¿Quién te dio la bandera?".

- Urquiza, fue Urquiza, yo quería abrirme pero él no me dejaba.-

Al oír y ver eso, Luis gritó que era mentira, que el Mono estaba diciendo eso porque lo estaban torturando. Quiso zafarse pero entre cuatro de sus compañeros lo inmovilizaron mientras otro le cubría los ojos con la venda que llevaría durante los siguientes seis días. Pero antes, mojaron la venda con orina en una letrina, de manera que luego se encogió y se endureció, ajustándole más en su cabeza. Esa venda le impidió ver cómo el mundo se le venía abajo, cómo toda su vida comenzaba a desgarrarse, cómo miles de sueños se le hacían trizas, cómo él mismo no volvería a ser jamás igual a lo que era.

Lo acostaron sobre un banco de cemento y comenzaron los interrogatorios.

Te conviene decir la verdad. Vos sabés lo que hacemos con los traidores.

¿Cuál es tu nombre de guerra?-, y cayó la primera andanada de golpes, en todo el cuerpo, en los testículos, en el estómago y en la cabeza.

- No tengo nombre de guerra.

- ¿Cuál es tu nombre de guerra? Hablá hijo de puta. ¿Quiénes son los otros? ¿Quiénes les pasaron la bandera?

Él no entendía nada, pero los policías se referían a una bandera del ERP que había aparecido una mañana colgada en el Arco de Córdoba, acción por la que lo acusaban.

Como Luis no respondía con los golpes, probaron con agua, una, dos, tres, cuatro veces, ya había perdido la cuenta. Y otra vez las mismas preguntas.

- ¿Quiénes les pasaron los materiales que tiene el Mono? ¿Cuántos son ustedes?

A medida que pasaban los minutos la excitación de los interrogadores subía, se les notaba en la voz, cada vez se agitaban más y aturdían a Luis, gritándole en el oído. Y seguían probando con agua, uno le tenía los pies el otro el brazo, mientras que, tapándole la nariz otro le echaba agua por la boca. Al no poder respirar por la nariz, él abría la boca y le entraban chorros y chorros de agua. En esos momentos recordaba que cuando era chico, una vez casi se había ahogado en el Río Suquia y había tragado mucha agua, lo mismo que le estaba pasando ahora. Y sentía la misma desesperación.

Después de unos cinco minutos que se hicieron eternos lo dejaron, recuperó fuerzas con grandes bocanadas de aire, pero como a la hora volvieron y otra vez lo mismo. Después de dos sesiones de "mojarrita", lo esposaron y lo abandonaron en una sala tirado en el piso.

Le lastimaba la venda en los ojos, y tardó varios días en acostumbrarse porque le producía mucha irritación. Comenzó luego a guiarse por los sonidos, por las voces, interpretaba los colores, las luces más o menos intensas que se filtraban por la venda. A veces, cuando no estaba muy ajustada podía ver algo del suelo y de sus pies. Al olor ya se había acostumbrado y no le molestaba.

En los ratos que lo dejaban en paz, sentía cómo torturaban a otros detenidos en las piezas contiguas, así como muchas veces había escuchado lo mismo mientras hacía guardia, medio tapado por la música del tocadiscos. Pero ahora le tocaba vivir en carne propia esas atrocidades y conocer las piezas del fondo a las que no había tenido acceso como policía.

Más tarde lo buscaron nuevamente y lo llevaron a una de esas piezas donde estaban interrogando y torturando a un hombre. Inmediatamente lo reconoció por la voz, era Horacio. Los enfrentaron y sin hacerle nada a él, siguieron picaneando y golpeando a Horacio mientras le preguntaban cosas sobre Luis. Pero Horacio era duro y no decía nada, cosa que enardecía aún más la sed de sangre de los torturadores.

En un momento, se llevaron a Horacio y siguieron con Luis. Ahora reconocía la voz de sus verdugos: eran el Tío Tissera, el Gringo Américo Romano y Cacho Salgado. Sentía que el cuerpo se le aflojaba con los golpes, cada vez tenía menos fuerza y entre pausa y pausa trataba sin éxito de ordenar las ideas y entender qué estaba pasando.

Después de una media hora, los tres se fueron y llegó otro viejo conocido: el Gato Gómez, aquel del que le había advertido el cocinero.

- ¿Me conocés quien soy? Yo te voy a quebrar hijo de puta.

Y otra vez agua. El Gato se sentó en el pecho de Luis para dificultarle más la respiración y la capacidad de los pulmones para acumular aire. Sintió otro que se sentó sobre las piernas inmovilizándolo completamente. Él, con las manos esposadas en la espalda, tragaba agua y más agua.

- ¿Vas a hablar ? ¿Dónde está el canuto (armas y otros materiales)?  
El Gato, además de cruel y sanguinario, estaba preparado y sabía hasta dónde podía ir con la tortura. Cuando veía que el corazón le iba a explotar, aflojaba, y entonces Luis tomaba una bocanada de aire y volvía a chillar que no sabía nada.

- Hijo de puta ¿nos estás canchereando?

Entonces, probó metiéndole directamente la cabeza dentro de un balde de agua, lo que le provocaba más desesperación todavía, mientras escuchaba la voz del Gato como a la distancia que le repetía a los gritos: "Si no hablás ahora, en la próxima te vas".

Desde un momento de excitación en el que sentía que la cabeza y el corazón le estaban por estallar, de golpe empezó a sentir un sueño profundo, un estado irreal, el cuerpo liviano como si flotara en el agua y como que se iba, se iba, hasta que... otra vez la pausa salvadora que lo volvía a la realidad y al sufrimiento. Pensaba en su hija y en la posibilidad concreta de irse en la próxima.

Y de nuevo los golpes, que le hacían volver a sentir que tenía un cuerpo. Después de todo eso, el Gato intentó una vez más con la llamada "mojarrita seca" que consistía en asfixiarlo con una bolsa de polietileno, pero al no conseguir nada, lo dejó en paz.

Habían pasado casi nueve horas desde las 11,30 de la mañana en que comenzó todo ese tormento hasta las 8 de la tarde. En total, siete sesiones de interrogatorios, alternando una de golpes con otra de ahogamiento. Dentro del espanto y el sufrimiento, él prefería los golpes, porque eran dolores intensos pero luego pasaban, y no le producían la desesperación del agua.

En un momento lo abandonaron en un rincón de la pieza, estaba con mucho sueño, casi inconsciente, se dio cuenta de que ya no había sol y calculó que serían las 9 de la noche.

A eso de las 3 de la mañana, cuando se había adormecido un poco, lo levantaron de los pelos, lo arrastraron, chocándose contra las paredes, y se dio cuenta de que pasaban una puerta y estaban en la calle porque sentía el aire fresco de la madrugada. Medio atontado empezó a embargarlo el pánico por lo que podría sobrevenir. Abrieron la puerta de un auto sin hablar y lo empujaron al piso del asiento de atrás, boca abajo.

Él temblaba de miedo, transpiraba helado porque sabía que esas incursiones eran fatales. Había visto muchas veces, cuando hacía guardia, salir a la patota y volver con algún detenido, o salir con algún detenido y volver sin él.

El auto anduvo unos 20 minutos y pararon para que él bajara. Aparentemente eran tres o cuatro y no les reconocía las voces. El lugar parecía algún descampado, porque se sentía un silencio absoluto y una brisa pura. En Córdoba, en 20 minutos uno puede estar en algún lugar de las sierras, sobre todo si es de noche y no hay tránsito.

- Caminá. Parate ahí. Ahora rezá porque te vamos a matar.

- No, por favor, ustedes se equivocan, yo no tengo nada que ver con nada, es una confusión- suplicó casi llorando.

En ese momento lo dejaron solo, parado en medio de la nada y sus secuestradores se retiraron unos pasos para atrás. Empezó a temblar y se acordó del rezo del pésame de cuando iba a la parroquia de Villa Allende, frente a la plaza, muchos años atrás. Y mientras rezaba desfilaban momentos de su vida, de sus 24 años de vida, y su hija entre medio de las imágenes, su hijita Yanina.

Uno siempre piensa que algún día va a tener que morir, pero nunca se imagina que de esa forma. Ahora tiritaba y transpiraba más fuerte, y sentía náuseas, mientras esperaba aterrorizado el disparo del final. Los libros que había leído sobre yoga y espiritualidad oriental no le sirvieron de mucho en esos interminables segundos. Y para colmo, el disparo no llegaba. Los hombres hablaban entre ellos a la distancia y parecía que discutían sobre qué hacer con su presa, hasta que después de un rato que para él fue como una eternidad, lo agarraron de los pelos de nuevo y lo volvieron a subir al auto, boca abajo y en el piso del asiento de atrás, tal como lo habían llevado.

No te vamos a matar, pero te vamos a llevar a la escuelita. Ahí vas a hablar todo lo que sabés. La escuelita era el campo de concentración de La Rivera, una ex cárcel militar que había sido dejada libre para hacerla funcionar como centro clandestino de detención.

Al menos estaba vivo, eso era lo más importante. Esta batalla había que librarla de a poco, paso a paso y poniendo toda la energía en lo importante, sólo lo importante. Y ahora, lo importante era sobrevivir.

El auto volvió a andar y se dio cuenta de que entraba de nuevo a la ciudad, porque escuchaba ruidos de otros autos. Pararon, lo bajaron y lo hicieron entrar otra vez por una puerta. La venda estaba un poco floja y podía ver para abajo, reconocía las baldosas, estaban de nuevo en el D2. Volvió a sentirse seguro, por lo menos seguiría viviendo por un tiempo.

Entonces atravesó una sala y lo hicieron entrar a una pieza donde una mujer lloraba. Inmediatamente reconoció el llanto de Graciela, su mujer, y sintió cómo le pegaban cachetadas en la cara. Sabía que estaba otra vez embarazada y temió que perdiera el bebé.

- Ella no tiene nada que ver. Déjela.

- Callate hijo de puta.

Entonces empezaron a pegarle delante de ella por un rato, hasta que lo sacaron de ahí y lo llevaron a otra pieza, donde estaban el Mono, Horacio y la Pantera.

Apenas escuchó los sollozos se dio cuenta de que eran ellos.

- ¿Sos vos Horacio?

- Sí, y también están el Mono y la Pantera- y cayó una patada tapizada de borseguí.

El reencuentro con los otros tres le produjo una sensación rara, sollozaba igual que sus amigos, y no podían decir nada porque había

un guardia que les pegaba patadas en las costillas apenas abrían la boca.

En esa sensación rara se mezclaba la bronca y la impotencia, con el miedo y hasta con un remoto sentimiento de culpa, pensando que en compañía de los mismos que estaban allí, en otros momentos conversaban apasionadamente sobre política y sobre cómo cambiar el mundo, empezando por cambiar su pequeño mundo que era la Policía de Córdoba. Y ahora estaban ahí, otra vez los cuatro juntos, pero en una situación inimaginada, degradante y perversa. El pequeño mundo policíaco había sido más fuerte que sus ganas de cambiarlo.

Después de un rato lo volvieron a sacar y lo aislaron en otra habitación de las del fondo. Ahí sí terminó ese larguísimo primer día de cautiverio, extenuante por todas las emociones y los tormentos, físicos y psicológicos que tuvo que soportar.

Esa noche durmió en el piso, sin nada para taparse y muerto de frío, y varias veces pidió ir al baño, pero en cada incursión se ligaba una paliza del guardia que tenía que acompañarlo y, fastidiado, lo molía a palos en el camino, de ida y de vuelta.

Durmió como pudo, despertándose sobresaltado a cada rato, con pesadillas y aterrorizado.

Al día siguiente, en realidad unas pocas horas después, se despertó con los primeros rayos de sol y voces de gente que entraba y salía. Demoró un rato en reaccionar y tomar conciencia de dónde estaba, típico de cuando se duerme en cama ajena, sólo que allí no había ninguna cama. Creía o quería creer que todo había sido un mal sueño, pero lamentablemente todo había sido muy real.

Durante esa mañana no lo tocaron. Solamente lo llevaron a otra dependencia dentro del mismo Cabildo para sacarle unas fotos y tomarle las huellas digitales, lo cual era una buena señal porque quería decir que estaba legalizado como detenido, y que era más difícil que lo mataran haciendo desaparecer el cadáver. No le dieron nada para comer y por la tarde, de vez en cuando, entraba alguien y le pegaba una patada en las costillas, pero no hubo interrogatorios durante todo el día. Era sábado, el día que tendría que haber entrado de guardia. Y se acordó de otros sábados, cuando estando de guardia, él pensaba en quiénes serían los detenidos de las piezas del fondo, adonde él tenía prohibido entrar. Ahora, los caminos de la vida lo habían hecho entrar en esas piezas, pero a los tumbos.

A la tardecita entró alguien, era el cocinero.

- No te hagas problema que todo se va solucionar-, le dijo ofreciéndole un pucho, y como no había muchos policías dando vueltas, lo dejó ir al baño.

Su preocupación mayor era saber cómo estaban su mujer y su hija y el cocinero le dijo que Graciela estaba bien, y que Yanina había quedado al cuidado de unos vecinos de Villa Allende. Entonces le dio un sandwich que, aunque estaba muerto de hambre, tuvo que comer

muy despacio porque casi no se podía mover por los dolores en todo el cuerpo. Con el primer mordiscón se dio cuenta de que le faltaba un diente, que tenía la cara hinchada y la camisa toda manchada de sangre.

Como a las 8 menos cinco escuchó las campanas de la catedral llamando a misa, y más tarde ya se escuchaban las voces alborotadas y las risas de los jóvenes que salían para los bailes o a tomar una cerveza.

Esa noche durmió un poco mejor, estaba más relajado, y el estado de aletargamiento le duró todo el domingo.

Pero cuando cayeron las sombras del domingo, sintió que entraban varios borseguíes a la pieza y otra vez las patadas y los tirones de pelo. Lo sentaron en una silla enclenque que se tambaleó como si estuviera a punto de despedazarse y se escuchó una voz que le dijo clara: "¿Me conoce Urquiza? Soy el oficial Rocha. ¿Se acuerda de mí Urquiza? Yo una vez le dije que no se podía ser dos cosas a la vez, pero usted no me hizo caso, Urquiza ¿Por qué no me hizo caso, Urquiza? Mírese ahora cómo está, me da pena Urquiza". Y en ese momento lo volvieron a levantar de los pelos y lo doblaron de una trompada en el estómago. Al tener los ojos vendados, no podía prever adónde iban a ir los golpes como para endurecer la zona, podían venir a las costillas, a los riñones, a la cara, al estómago o a los testículos. Se caía y lo volvían a levantar de los pelos para seguir pegándole, hasta que quedó desvanecido y pararon. Se fueron y él quedó medio inconsciente en el piso, había sido una paliza mucho peor que las anteriores, fogoneada por el Tuerto, su antiguo instructor.

Como se quejaba mucho, al rato vino un médico a revisarlo. Tenía algunas costillas rotas, pero el médico se limitó a darle unas pastillas. Esa noche del domingo 14 de noviembre no pudo dormir por los dolores.

El lunes volvieron a entrar ya tempranito insultándolo y pegándole, y eso se repitió periódicamente durante todo el día. Ya no sentía ni hambre ni sed, y la angustia de esos días dejó lugar a un estado de sopor permanente.

Esa noche del lunes, otra vez entraron varios, les reconoció la voz, eran todos los de la brigada. Estaban el Negro Ricardo Vázquez, el Gringo Romano, el Tucán Yanicelli, Garay, el Gato Gómez, Gontero y Sèrpico Bucetta, entre otros.

- Bueno, ya creo que es suficiente, son varios días y vos y nosotros estamos cansados, nadie quiere esto. Así que empezá a hablar Urquiza, no seas pesado, contanos todo y no te sigás haciendo pegar al pedo.

- Pero qué quieren que cuente si no sé nada.

- No sigás con esa pelotudez, si los otros ya cantaron, ya sabemos que vos sos el jefe, solamente queremos saber a quién respondés, quién está por encima de vos en la orga.

En un momento, Luis pensó mentir, pero no podía ni siquiera mentir porque no conocía a nadie de ninguna organización, ni de Montoneros

ni del ERP, y si mentía y se daban cuenta iba a ser peor. Como no pudieron sacarle nada, empezaron a arrancarle los pelos del pecho. "Te los vamos a sacar uno por uno", le dijo el Gringo, y el Gato le apagó un cigarrillo en el brazo izquierdo. ¿Hasta dónde sería capaz de sufrir, cuál era el límite del aguante humano? Varias veces sintió que estaba en ese límite y que estaba llegando el final. Después siguieron golpes de todos lados, al mismo tiempo y gritos que lo aturdían. Hicieron un círculo como los jugadores de fútbol, sólo que la pelota era él, y le pegaban y lo arrojaban para el medio, entonces lo agarraba otro y le seguía pegando y lo devolvía al medio.

Los golpes en el estómago y en los testículos le cortaban la respiración y perdió el conocimiento.

Él había boxeado de chico y varias veces había estado knock out, pero esta era la primera vez que se desmayaba. Le echaron agua para despabilarlo, lo levantaron de los pelos para seguir pegándole y empezaron a darle en la cabeza con un aparato que en la punta tenía algo pesado, pero no duro, más bien parecía como una pequeña pelota de cuero rellena de arena o algo así. Las luces y las voces comenzaron a ser cada vez más lejanas hasta que se desmayó por segunda vez.

Pasaron algunas horas, y se despertó con ganas de ir al baño. No tenía idea de qué hora era, y no podía hablar por los dolores en todo el cuerpo. Como pudo, llamó a alguien y vino el oficial Gontero, enojado e insultándolo porque estaba viendo la televisión y lo había interrumpido. Lo llevó al baño insultándolo y a los empujones. Gontero iba detrás suyo y de pronto, sintió el chasquido inconfundible de cuando se carga una pistola. Se le heló el alma.

- Te voy a matar aquí y ahora, hijo de puta.

Y sintió de repente tres tiros y un ardor, algo que le quemaba la pierna, a la altura de la rodilla derecha. Se quedó inmóvil, paralizado por el miedo y pensando por dónde habían pasado los otros dos tiros y si vendrían más.

Entonces, Gontero empezó a los gritos: "Se quiso escapar, intentó arrebatarme el arma", y entraron muchos policías por el pasillo que comunicaba el D2 con el Cabildo.

Entonces Gontero se puso adelante suyo y Luis pensó que ahí sí lo remataría. Pisaba en una sola pierna, la izquierda, porque la otra le temblaba mucho.

Te vas a quedar parado ahí, y si te caés te matamos.

Pasaron unos minutos y él respiraba hondo, tratando de aguantar un dolor muy fuerte, como si lo quemaran con un hierro caliente, y haciendo un esfuerzo para no caerse. Mientras, los otros daban vueltas alrededor suyo como buitres acechando la presa.

Por debajo de la venda, comenzó a ver que de la pierna derecha salía mucha sangre, que se metía en su zapato y se derramaba por el piso de mosaicos. Ver eso le produjo una sensación desesperante, ver su sangre que se le iba y se derramaba en el piso de ese lugar siniestro.

De pronto Gontero se acercó de nuevo y le dio una patada en la pierna herida y con una cortapluma le cortó el pantalón.

- Pero si no tenés nada, no seas maricón-, y revolvía la herida con su dedo haciéndole ver las estrellas mientras los demás se reían.

- No te quejés, dale, caminá al baño, ¿no querías ir al baño?

Fue hasta el baño saltando en su pierna izquierda, y le sacaron las esposas. Como entró solo, se sacó un poco la venda (era la primera vez en cuatro días) y miró la herida

Después salió del baño y lo llevaron a una pieza donde estaba el mismo médico que le había dado las pastillas para calmarle el dolor de las costillas rotas. El médico lo acostó sobre una mesa y se quedaron los dos solos.

- Bueno, la bala salió. Entró por detrás de la rodilla y tiene un orificio de salida por entre medio de las articulaciones. Tuviste suerte.

- Quisieron matarme, me estaban llevando al baño y me tiraron desde atrás.

- El oficial dice que quisiste escaparte.

- Es mentira, me tiró de la nada.

- También dice que quisiste arrebatarle el arma.

- No, es mentira, no.

Le desinfectó la herida, se la vendó, y le puso una inyección calmante más unas pastillas. Lo llevaron a un pasillo y lo tiraron en el piso, pero no pudo dormir por los dolores. Además, lo atormentaba pensar cómo quedaría de la pierna, si podría volver a caminar y esos pensamientos lo acosaron durante toda la noche.

El martes a la mañana, empezaron a pasar los policías desde temprano por el pasillo y todos se burlaban y se reían : "El pelotudo se quiso escapar, ja. Traidor hijo de puta".

Y de paso, cada uno que pasaba por ahí le metía una patada, sobre todo en la pierna vendada, que lo hacía saltar de dolor.

Hacia el mediodía ya no reconocía las voces de sus compañeros devenidos en sus verdugos, aunque a decir verdad, él nunca los había considerado sus compañeros. Es más, nunca había llegado siquiera a sentirse policía, al principio lo había tomado como un trabajo cualquiera que le permitiera salir del paso, y luego como una forma de cambiar cosas desde adentro de las estructuras estatales.

Empezó a sentir de nuevo ese sopor, sueño, mucho sueño. Y no soportaba las patadas, cada uno lo hacían retorcerse en el suelo, hasta que pidió que por favor lo mataran para terminar con aquel suplicio. Allí sí se convenció de que había llegado a ese punto límite del aguante de un ser humano. Ya estaba sin fuerzas para seguir luchando por lo importante, que era sobrevivir.

- ¿Querés que te matemos? –, le dijo el Gato en un momento.

- Sí-, respondió con resignación pero también con convicción.

Entonces el Gato cargó el arma, afirmó el caño en su sien y martilló. Luis esperó con más impaciencia que desesperación, no como en el primer simulacro de fusilamiento, cuando temblaba de miedo. Ahora esperaba el disparo, nada podía ser peor que lo que le había tocado

pasar en aquellos días. Pero después de unos minutos el Gato apartó la pistola con una carcajada de placer.

- No, no te voy a matar así tan fácil. Vas a tener que sufrir un poquito más, Urquiza.

Quedó tirado en el pequeño patio interior cuando empezó a llover. Puso la pierna sana sobre la herida para tapanla de la lluvia pero vio que la sangre traspasaba el vendaje. De golpe, vino alguien que no conocía por la voz, le dio una pastilla calmante y le dijo: "No te preocupes, no te van a tocar más". Entre ese y otro, lo llevaron con cuidado a una pieza oscura y muy fría y ahí quedó todo el martes. Por lo menos no se mojaba.

Esa noche, empezó a hablar solo, tenía fiebre y deliraba. Se imaginaba que viajaba a México y que dejaba atrás todo ese infierno. No iba al Distrito Federal sino más bien a la Península de Yucatán, que recorría las ruinas mayas, sus observatorios, sus cenotes. Y cantaba despacito una canción que decía: " Mexico, Mexiiiiico lindo, tierra de paz y de amooooor". En esos años, México era uno de los países que más exiliados argentinos recibía, e inconscientemente él anhelaba salir con ese destino.

El miércoles se pasó el día entero sin comer, no tenía hambre y tampoco podía por los dolores, solamente tomaba algo de agua cuando algún policía le llevaba, muy de vez en cuando. Ya no le pegaron, pero tenía el cuerpo todo roto, por fuera y sobre todo por dentro.

No tenía fuerzas ni para llamar al guardia para ir al baño, así que se arrastraba un poco y orinaba en un costado de la pequeña habitación. A pesar de que tenía las manos esposadas adelante, a veces no lograba bajarse el cierre del pantalón y se hacía encima.

Así fue todo el miércoles, la desesperación y el llanto recrudescían de a ratos, en momentos conseguía cierta entereza y en otros momentos se quebraba de nuevo. El hecho de que no fueron en todo el día a pegarle ni a interrogarlo le hizo temer que lo hubieran abandonado y que lo dejaran morir ahí, pero a la tarde trajeron a otro detenido que por la voz tendría unos 30 o 35 años. Como nadie lo controlaba se quitó la venda y vio que el otro detenido estaba peor que él, ensangrentado y deshausiado. Se le acercó para hablarle y el otro le dijo con un hilo de voz: "Me culiaron, hermano, me culiaron". Le impactó la confesión de su eventual compañero de reclusión. Luis sabía que entre las tantas torturas que se cometían detrás de los muros del Cabildo, una de las más comunes era la violación, pero pensaba que sólo sucedía con las mujeres detenidas, no se imaginaba que también era una forma de humillación y degradación de los prisioneros varones.

Como llevaba más de 24 horas sin golpes, se sintió un poco más reconfortado y recién ahí se dio cuenta del olor penetrante que tenía su cuerpo y su ropa, sucia de sangre, orina y transpiración, después de una semana de cautiverio. Fue al baño solo y se encontró en el camino con un cuerpo agonizante, tal vez dejado allí a propósito para amedrentar a los demás prisioneros y como forma de advertencia por

lo que les podría sobrevenir. Miró por la ventana del baño y no pudo contener el llanto.  
A pesar de todo, estaba más acostumbrado al piso y esa noche dormitó de a ratos.

## CAPITULO 5

### Campo de La Rivera

El jueves 18 de noviembre, a las 8 de la mañana entró alguien a la piecita.

- Preparate, que tenés tren de vuelta.
- ¿Qué tengo qué?
- Tren de vuelta, que te vas
- ¿Adónde?
- A otro lado, no preguntés tanto.

Tener tren de ida equivalía a un viaje hacia la muerte, y tren de vuelta la liberación o el traslado a otro centro de reclusión.

Entonces lo llevaron a una oficina, casi no podía caminar, pero tenía que hacerlo y cada paso que daba eran mil agujas que se le clavaban en la pierna herida. En la oficina de sumarios le sacaron las esposas y las vendas de los ojos. Lo encandiló la claridad del sol y pasaron unos minutos hasta que pudo ver algo con nitidez.

- Tenés que firmar aquí-, le dijo un oficial que no conocía.

Comenzó a leer, era una acusación por asociación ilícita calificada, infracción a la Ley de Seguridad Nacional, falta a los deberes de funcionario público e intento de fuga. "Oportunamente se presentará a los tribunales competentes", terminaba la acusación.

Firmó, no tenía otra posibilidad, y le pusieron nuevamente las vendas al tiempo que le dieron un palo de escoba para usar como bastón y poder caminar sin apoyar la pierna derecha.

Entonces lo llevaron a otro patio interno del Cabildo y lo hicieron formar en una fila con otros 10 detenidos, todos con los ojos vendados y sin hablar. Los sacaron a la calle y los subieron a un camión militar. Se escuchaban algunas conversaciones y reclamos entre policías y militares, hasta que lo levantaron entre dos y, cual bolsa de papas, lo tiraron adentro del camión entre otros cuerpos y entre otros gritos de dolor.

El camión partió y anduvo aproximadamente 15 minutos. Nadie hablaba. Luego, se notó que el camión entró en un camino de tierra y se empezaron a escuchar ladridos de perros. Pasando una cuesta, cuando el camión se detuvo, los dos soldados que iban atrás con los prisioneros se pararon y pisando algunos cuerpos empezaron a bajar a los otros.

A Luis lo llevaron a una oficina donde le tomaron el nombre, dirección y otros datos. Él aprovechó y pidió que algún médico lo revisara, y el que le tomaba los datos le prometió que lo haría. Después los guiaron por un pasillo, luego un patio y llegaron finalmente a lo que parecía una cuadra militar, donde los dejaron.

Él quedó sobre un colchón y otros presos se acercaron a hablarles. Eran los celadores de la cuadra, presos más antiguos (algunos estaban desde el mismo día del golpe e incluso desde antes).

Como no había militares ni policías podían hablar y hasta le dieron un cigarrillo. Aunque tenía fiebre y le dolían mucho la pierna y las costillas, empezó a preguntar cosas, quería saber todo. Cuando preguntó dónde estaba le dijeron que en Campo de la Rivera.

Al rato llegó un médico militar con cuatro soldados, en uniformes de combate y un botiquín de primeros auxilios. Le quitaron la venda de los ojos y el médico le cambió la de la pierna, mientras él le explicaba cómo había sido el incidente del balazo. Le desinfectó la herida y le puso una inyección. Cuando se fue le dejó calmantes y antibióticos e instrucciones a los celadores para los días subsiguientes.

Uno de los celadores era médico, así que se encargó de ponerle las inyecciones. Antes de irse, el médico militar le volvió a vendar los ojos y le prometió que haría lo posible por llevarlo al hospital militar para sacarle una radiografía. Los dos, el médico militar y su colega detenido, le dijeron lo mismo: había tenido mucha suerte de que la bala no hubiera tocado el hueso ocasionando una osteitis, que es una enfermedad a los huesos de graves consecuencias, incluso la amputación.

Por lo que contaban los otros detenidos, para esa época allí ya no se torturaba como en el D2. Eso lo pudo comprobar esa primera noche cuando la guardia llevó a los nuevos a una oficina para interrogarlos, pero no los tocaron.

A él lo sentaron en una silla y empezaron con lo de siempre: ¿cómo es tu nombre de guerra?, ¿quién es tu responsable?, y todo lo demás. Él se sentía más tranquilo y siguió dando su versión, que no pertenecía a ninguna organización, que sólo había tenido simpatías por la izquierda y que todas las acusaciones en su contra que les habían sacado a sus compañeros eran producto de las torturas.

- Mirá, si no hablás te pasamos por la máquina y te aseguro que ahí sí vas a hablar-, lo amenazó un interrogador civil.

- Ya van varios días que me vienen torturando, date cuenta que si no dije nada es porque no sé nada. Hagan lo que quieran, estoy cansado y sin fuerzas. Lo único que quisiera saber es cómo está mi familia.

- Tu mujer está en libertad, ella y tu hija están bien, pero si no querés que les pase nada a ellas hablá.

- Es que no tengo nada que decir, y si te miento te vas a dar cuenta-, dijo casi sollozando.

- Bueno, nosotros vamos a investigar de nuevo el caso y tarde o temprano vamos a saber quién te pasó la bandera que colgaron en el Arco de Córdoba, también vamos a descubrir lo de la bomba en Tránsito en el año '75, dónde mandaste las municiones que faltan y en qué orga militabas. Todo lo vamos a saber.

Sin embargo, esa noche no le tocaron un pelo, lo llevaron de nuevo a la cuadra y por primera vez en una semana durmió, y durmió sobre un colchón.

En la cuadra eran unos 60, y principalmente provenían del D2 y de La Perla. Sin embargo, en los días subsiguientes esa cantidad fue

menguando, ya que a algunos los trasladaban a la cárcel, a otros los ponían en libertad y a otros se los llevaban con destino desconocido. Los que estaban allí por la misma causa eran el Mono (Carlos Argüello), Horacio (Samamé), la Pantera (Carlos Zúñiga), el hermano de Horacio (Oscar) y otro ex policía que conocieron recién ahí, Raúl Urzagasti, y a quien le decían el Vasco.

Los días en la cuadra empezaban a las 7 de la mañana, los guardias los alineaban a todos los detenidos en fila y así, cada uno con las manos adelante, iban a los baños que quedaba afuera de la cuadra. Después de eso salían al patio y luego de un mate cocido con un pedazo de pan se quedaban sentados en el piso durante toda la mañana. Al mediodía, alrededor de las 12, venía de nuevo el rancho (la comida). Después podían ducharse con agua fría los que querían, y a las 7 de la tarde tenían que estar otra vez en la cuadra, en los colchones de cada uno. Se cerraba la cuadra con una gran puerta de hierro y a dormir. Las ventanas tenían gruesos barrotes y varios centinelas armados se paseaban por afuera, vigilando por los barrotes qué pasaba adentro. Pero en realidad no pasaba mucho, o no pasaba nada, estaban casi todo el día sin hacer nada, lo que en esas condiciones pasó a ser otro tipo de tortura. Luis salía a veces al patio con los demás, pero casi siempre se quedaba en la cama por los dolores en la pierna.

Algunos días, dependiendo de las guardias, les permitían levantarse las vendas de los ojos, pero no podían mirar a los guardiacárceles. Otros no sólo que no dejaban que se quitasen las vendas, sino que además les ponían algodones debajo de las vendas para asegurarse que no vieran nada, ni siquiera las sombras.

Normalmente no podían hacer nada durante todo el día. Ni leían, ni trabajaban, ni hacían deportes. Eso sí, los que al ser detenidos tenían algo de dinero, podían comprar cigarrillos para ellos y el resto de los compañeros.

Él era uno de los que estaba en peores condiciones, y dependía de sus compañeros de reclusión para todo, principalmente para ir al baño. Así estuvo exactamente 20 días, desde el 18 de noviembre hasta el 8 de diciembre.

Generalmente, a la siesta, llegaban los interrogadores, y entonces pedían a la guardia: "Tráigame a ése".

Por eso, cerca de las 3 de la tarde, todo su cuerpo comenzaba a temblar, el pulso se le aceleraba, las ideas se le desordenaban y los dolores de rodilla aumentaban por el miedo a volver a ser torturado. A la Pantera, siempre a esa hora le agarraba el ataque de asma y en general todos sentían terror por lo que podía pasar, principalmente por lo que habían vivido antes, ya sea en el Cabildo o en La Perla. Cuando al caer de la noche se iban los interrogadores, recién ahí se relajaban. El principal miedo era el de volver a ser torturado, pero allí también confluían el miedo a lo que podrían llegar a decir los otros detenidos en los interrogatorios y en su caso, el miedo a empeorar de

su herida en la pierna. Pero fundamentalmente el miedo tenía su origen en las cosas que contaban los que llegaban de La Perla, uno de los lugares más famosos por la crueldad de los tormentos.

Un día llegaron dos detenidos de La Perla, con quemaduras en todo el cuerpo producidas por la picana. Querían hablar y contar todo, quizá para desahogarse, pero eso era una espiral de psicosis que alteraba los nervios de los que escuchaban.

Otro día llevaron a la cuadra a un hombre de unos 30 años que estaba muy mal, también lo habían picaneado en La Perla. Como Luis también estaba con fiebre, ese día se quedaron los dos en la cuadra solos. Aunque el otro casi no podía articular, pudo contarle que vivía en Barrio Alberdi, y que los militares habían irrumpido en su casa de noche y se lo habían llevado a La Perla, donde lo habían picaneado varias veces, sobre todo en los testículos. A la noche se agravó, a cada rato iba al baño y orinaba sangre. Nadie durmió esa noche por los gritos que daba, hasta que los celadores llamaron a la guardia pidiendo un médico, pero les respondieron que tenían orden de no atenderlo.

Al día siguiente, cuando los demás salieron al patio, ya estaba en coma, se moría al lado de Luis y él no podía hacer nada. Por fin, al mediodía se lo llevaron los guardias en una camilla, pero sus zapatos quedaron al lado del colchón, y nadie los fue a buscar nunca.

Ese episodio le hizo muy mal, a esa altura Luis estaba al borde de quebrarse psicológicamente, sentía que casi no aguantaba más esa situación, los dolores de la pierna, los miedos a todo y a todos, los relatos de los nuevos, los sufrimientos y las muertes, los pensamientos en la suerte de su familia, sentir que no era dueño ni de su libertad ni de su vida.

Esa semana siguieron llegando detenidos de La Perla. Uno de ellos contó detalles de las torturas en ese campo de concentración: "Allí los interrogadores son verdaderos profesionales, en las pausas toman Coca Cola y fuman, y hasta te ofrecen a vos, y cuando les das las informaciones que ellos buscan, no te joden más. Hay un médico que te revisa para ver si podés seguir aguantando o no, por eso casi no podés cancherear".

Luis no aguantaba más, mientras escuchaba esas cosas le temblaba todo el cuerpo de terror. ¿Cómo sería recibir electricidad?, pensó que no lo podría resistir si le tocaba, y se acordó de "la mojarrita" en el D2, cuando lo ahogaban echándole agua por la boca con la nariz tapada o hundiéndole la cabeza en un tacho.

Esa noche no podía dormir y no aguantó más, mientras todos dormían se levantó la venda de los ojos, quería estudiar como era aquello, estaba un poco trastornado y lo asaltó la idea de escapar. Miraba los barrotes y pensaba cómo podría hacer, sobre todo con la pierna como la tenía.

Después se puso a mirar a sus compañeros cómo dormían, cuando escuchó un grito que lo sobresaltó.

- Póngase la venda carajo, ¿quién le ordenó levantarse la venda?  
Era un guardia que desde afuera controlaba todo por la ventana abierta. Desde ese momento, no intentó nunca más espiar de esa forma.

Al día siguiente llevaron un herido de bala en la rodilla, casi a la misma altura que él, pero la guardia lo aisló en una celda porque decían que era un "pesado", un cuadro importante de alguna organización armada.

Dos días más tarde llegó un guardia y le dijo a Luis que se preparara que lo llevaban finalmente al hospital. Eso lo alegró, pero pasaban las horas y no lo venían a buscar, hasta que el guardia volvió y le dijo: "No era a vos, era al pesado, como los dos tienen una herida en la rodilla...". Del "pesado" nunca más se supo nada, no fue a la cárcel ni nadie más lo vio en otros campos de concentración.

A todo esto, él seguía mal de la pierna y la Pantera también estaba muy enfermo, por su asma y porque tenía dañado un tendón de la pierna izquierda.

Además, aunque se había bañado, el olor era insoportable porque la ropa era la misma y seguía manchada de mugre, sangre y orina. Y sobre todas las cosas, seguía muy deprimido. Un día, salió al patio y se sentó en un rincón. Al rato vino un hombre cuarentón que se le sentó al lado. Estaba detenido en la cárcel de barrio San Martín desde el mismo 24 de marzo, el día del golpe. Estaban los dos ahí tirados contra la pared, miraban los muros descascarados, amarillentos, altos, con las torretas en los extremos que tenían guardias con ametralladoras y reflectores. No pudo aguantar más y se largó a llorar, pero se tapaba la cara por la vergüenza. El hombre lo consoló, lo trató de calmar, le habló como un padre, tierno y dulce. Le dio lo que necesitaba en ese momento, calor humano.

Le contó también que en la cárcel estaba incomunicado, encerrado todo el día en una celda, no podía salir ni al baño y tenía que hacer sus necesidades en tarros. Luis pensó que eso era estar muerto en vida, como vivir en un nicho. Él al menos podía salir al patio cuando quería, y cuando la pierna se lo permitía. No se imaginó que la situación de la cárcel la sufriría él mismo más adelante.

Por fin, el 8 de diciembre, día de la Virgen, la guardia llamó a Luis y a los otros 5 acusados en la misma causa. Les dijeron que los llevarían a la cárcel de San Martín y que les harían un consejo de guerra. A media mañana, los sacaron con las vendas en los ojos y las manos atadas con cables, en el piso de un camión militar.

Y otra vez la angustia, la transpiración helada y los músculos tensionados. Un milico les tiró una colcha encima y el camión arrancó.

## CAPITULO 6

### La cárcel

Llegaron a la guardia de la cárcel y les tomaron los datos de nuevo. Les sacaron las vendas y los cables de las manos. La puerta del pabellón 10 se abrió frente a ellos.

Una de las principales cosas que cambió fue que se le avisó a su familia que estaba allí, y permitieron que le mandaran ropa, aunque no cartas.

Una vez que los nuevos guardias los dejaron solos, se fueron acercando los demás presos políticos, primero cinco, después 10 y luego los casi 100 detenidos del pabellón que no dejaban de preguntarles cosas. Estaban un poco aturdidos, pero qué lindo que era hablar con gente mirando a la cara sin vendas de por medio. Él pidió un pucho.

- Aquí está prohibido fumar, no nos dejan. Pero siempre tenemos algo de tabaco-, dijo uno de los presos.

- ¿Y cómo consiguen?-, preguntó él prendiendo uno y dando una profunda y placentera pitada.

- Lo conseguimos a cambio de un pantalón o una camisa con los presos comunes que bajan al patio. Pero hay que tener cuidado con la guardia porque si nos descubren nos castigan y también castigan al común. Aunque sospechamos que en realidad saben todo y lo permiten dependiendo vaya a saber de qué. No es fácil, a veces hay mucha vigilancia, además la guardia hace requisa dos o tres veces por semana y hay que esconder bien el tabaco en los canutos.

- ¿En qué?

- El canuto es un lugar que sirve para esconder cosas y tiene que ser seguro.

Pero a los presos les interesaba hacer preguntas y no responderlas. "¿Viste en el campo de La Rivera un muchacho de unos 30 años rubio de ojos castaños?", "¿Viste a uno así, uno asá?", "Yo tengo a mi mujer en La Rivera", "Yo a mi hermano". Todos querían saber algo y muchos de ellos mismos habían estado antes en La Rivera, por eso se conocían. Luis reconoció a otros de la facultad de Filosofía, también a un vecino de Villa Allende, el Canario Luna, un sindicalista de Luz y Fuerza que también había estado preso durante el Onganiato.

Los militares manejaban la cárcel y habían hecho varios traslados últimamente a la Patagonia y a Buenos Aires, por lo que ahí habían quedado solamente tres pabellones de presos políticos, el 9 y el 10 para hombres y el 14 para mujeres.

El 9 tenía un régimen más duro y allí estaban encerrados todo el día los que tenían causas abiertas o estaban a disposición del Poder Ejecutivo Nacional.

En cambio, en el 10 estaban los de averiguación de antecedentes o a disposición del Área 311. En realidad, lo que los diferenciaba de los

pabellones de presos comunes era que ellos no tenían ningún tipo de comunicación con el exterior, ni personal, ni por teléfono ni por carta. Las celdas estaban ubicadas en dos alas, cuatro celdas grandes en una ala, y ocho restantes al frente pero no tenían puertas. Entre cada celda había una división de ladrillos de más o menos dos metros de alto, quedando unos cinco metros hasta el techo sin ninguna división, por lo que se escuchaba todo lo que se hablaba en las otras celdas. A ellos seis los ubicaron juntos en una celda grande y esa noche por fin pudieron hablar entre ellos. Se contaron el infierno que habían vivido cada uno, cómo los habían secuestrado y dónde habían estado.

- Me hicieron de todo, no tengo un solo lugar en el cuerpo sano- dijo el Mono.

- ¿También te picanearon?- preguntó Horacio.

- No, ¿a alguien le aplicaron electricidad?

Todos negaron con la cabeza.

- ¿A alguien lo intentaron violar?- preguntó con temor Luis.

También negaron con la cabeza.

Luego de un silencio, el Vasco pidió que le contaran por qué estaban presos, ya que él también estaba acusado en la misma causa como cómplice y recién los estaba conociendo.

- En realidad no hicimos nada de nada- tomó la palabra Horacio-. Éramos policías nuevitos (menos éste dijo señalando a su hermano Oscar) y si algún pecado cometimos fue el de ser muy ingenuos y bocones, pero ni siquiera militábamos en ningún lado.

- Me acuerdo y me pongo mal- dijo la Pantera, con un amago de ataque de asma, por lo que se levantó del piso y se fue al baño.

En general, tenían libertad de movimientos para caminar por el pasillo e incluso entrar a las otras celdas hasta las 9 de la noche, hora en que se tocaba un silbato anunciando la hora de ir a dormir. Había solamente una celda que tenía puerta y era usada como celda de castigo y aislamiento. Ahí, por ejemplo, iban castigados los que no estaban a las 7 de la mañana, cuando sonaba el silbato, en la puerta de su celda, o los que cometían alguna otra falta a la disciplina carcelaria.

Al día siguiente de su llegada al pabellón, llevaron a Luis a una revisión médica y lo internaron en una sala de cuidados médicos de la misma cárcel, custodiado por militares con armas largas. Allí le hicieron por fin radiografías y corroboraron que la bala no había tocado el hueso. Había tenido una infección pero ahora se curaría.

Se aproximaba la Navidad y los rumores y expectativas comenzaron a circular con insistencia, desde que habría liberaciones hasta que podrían recibir la visita de sus familiares y se levantaría la incomunicación.

Efectivamente, el 23 de diciembre entró un "cobani", como les decían a los guardiacárceles, con una lista en la mano. Después de unos minutos en los que jugó con el suspenso y la ansiedad de todos, leyó solamente siete nombres de presos que salieron en libertad. A pesar

de la decepción de los demás, los siete fueron despedidos con una ovación del pabellón.

Al día siguiente, 24 de diciembre, por la mañana entró al pabellón el Padre Luchessi, a quien Luis conocía porque vivía en Villa Allende, cerca de su casa materna.

Apenas lo vio se le acercó y le dio un abrazo.

- Tu familia está bien sabés. ¿Vos cómo estás?

- Bien, ahora bien, pero pasé por el infierno padre.

- Lo sé, lo sé-, y lo abrazó más fuerte.

Entonces, el Padre Luchessi pidió silencio y les anunció a todos que el comandante del Tercer Cuerpo de Ejército, Luciano Benjamín Menéndez, había autorizado para esa tarde la visita de los familiares, y que además, desde ese día se les permitía fumar.

- Yo ahora mismo me voy a Villa Allende y le digo a tu familia que se vengan.

- Gracias Padre, gracias.

¡Qué alegría poder verlos después de 42 días! Tenía que estar bien, no demostrar tristeza, sacar fuerzas de algún lado y dar un ejemplo de entereza.

En el pabellón aquel mediodía todo era actividad, unos se bañaban, otros se afeitaban, los que tenían se ponían la ropa más presentable. Y también preparaban sus artesanías hechas de pedazos de cerámica o de huesos que sobraban de la comida.

Él también se había puesto su mejor ropa, una que le había dejado su familia en la guardia. Entonces, como a las 3 entró un guardiacárcel y empezó a leer la lista de los que tenían que bajar a ver a su familia. Fue un shock muy grande, algunos no resistieron y estallaron en una crisis de nervios, otros se desmayaron.

Cuando dijeron su nombre, a Luis la emoción se le apelotonó toda junta en la garganta. Se incorporó, hizo como si no pasara nada y comenzó a caminar disimulando la renquera. Bajó unas escaleras, atravesó un control de guardia, un largo pasillo de casi 100 metros y otro control de guardia. Iba solo y el corazón parecía que le iba a saltar del pecho. Por fin llegó a una sala grande, que no conocía y que estaba llena de gente, Buscó con la vista desesperadamente y encontró a su esposa y a su hermana.

Fue un alboroto de palabras entre los tres. Les quería contar todo lo que había pasado y al mismo tiempo minimizarlo, desahogarse pero no preocuparlas. Les contó cómo lo balearon, los simulacros de fusilamientos, las palizas y amenazas, las torturas, pero recalcaba siempre que ahora estaba bien. Tantas veces había pensado que no volvería a verlas, que tenerlas ahí, poder abrazarlas y besarlas, era como un sueño.

- Rengueo un poquito, pero estoy bien ¿Y cómo está Yanina?
- Bien, pero no la traje porque tuvimos que hacer una cola de dos horas y con el embarazo se me hace muy pesado- dijo la esposa.
- ¿Qué pasó después de que estuviste conmigo en el Cabildo?
- A los tres días me largaron, casi no me tocaron, solamente esa vez para asustarte a vos.
- ¿Y ahora cómo estás?
- Bien, está todo bien, tengo fecha para mediados de enero.
- ¿Cómo te enteraste que estaba acá?
- Por el Padre Luchessi, y te traje varias veces comida y cigarrillos.
- Lo único que me dieron es esta ropa, lo otro no.
- No importa, lo importante es que te encontramos y que estás bien. Todo este tiempo fue desesperante, no sabíamos dónde más buscar, nadie nos decía nada.

Se dio vuelta y abrazó a su hermana.

- ¿Por qué no vino la mami?
- Vos sabés –pensó un poco- Tiene la presión alta y le podía hacer mal venir aquí.

Pero él sabía la verdad, el orgullo no permitía que su madre fuera a visitarlo a la cárcel. Además, si estaba detenido, “por algo habrá sido”, y lo volvió a asaltar la culpa y la impotencia.

La visita en teoría era de una hora, pero como iban buscando de a grupos de cuatro o cinco, a él le quedaron solamente 20 minutos, y hubo otros que solamente tuvieron tiempo de abrazar a sus seres queridos.

Volvió al pabellón con la última mirada y el último beso dándole vueltas en su cabeza, y pensando en cuándo volvería a verlas. Se sintió como un niño abandonado, y tenía en sus manos una bolsa con pan dulce, confites y cigarrillos. Cuando llegó al pabellón, las demás caras denotaban la misma mezcla de alegría y tristeza. Sonrisas que iluminaban rostros demacrados, flacos, que él empezaba a descubrir. En la cárcel, después de un tiempo se pierde la luz de la vida y se apagan las miradas, los ojos se vuelven opacos, perdidos en un abismo infinito. Pero ahora aparecían algunos chispazos fulgurantes de esa vida anterior que todos habían tenido.

Además, todos querían ser optimistas y convencerse de que la visita se repetiría el 31, claro. Con todo ese optimismo comenzaron a preparar la cena de Navidad, sacaron los colchones al pasillo con los que improvisaron una larga mesa, y con las frazadas enrolladas hicieron banquitos para sentarse.

La cena llegó y todos pusieron en común lo que habían recibido. En esa larga mesa de colchones comieron como una gran comunidad y después pudieron fumar porque ahora estaba permitido, ¡qué placer! ¡Y cuánto hacía que no comían fruta! Luego se improvisaron discursos en homenaje a los más viejos del pabellón, y a las 11 se integraron los del pabellón 9. Entre ellos estaba Braulio López, integrante de Los Olimareños, que empezó a cantar a capella, lo que levantó el ánimo

de todos. "Sigue tu lucha de pan y de trabajo, que el tamboril se olvida y la miseria no", y todos hacían el coro del candombe.

La guardia les permitió ese día quedarse en el pasillo y cantar y bailar. Fue una Navidad que ninguno de ellos había imaginado pasar nunca en sus vidas, pero que tampoco olvidarían en el futuro.

A las 12 las campanas de la ciudad anunciaron la Navidad penetrando en los muros y rejas de la cárcel. Allá afuera se festejaba, el pobre con su austeridad, el rico con su despilfarro, ellos se confundieron en un emotivo abrazo deseándose una felicidad que sabían inalcanzable. Esa noche costó dormir, pero por motivos muy diferentes de los de otras noches.

En los días subsiguientes, la tensión y excitación aumentó. El 31 se acercaba y todos esperaban convencidos que las visitas se repetirían. Pero al mediodía del 31 las esperanzas se rompieron en mil pedazos. Luego de insistentes preguntas a la guardia, un oficial anunció que las visitas estaban prohibidas. La tensión, la desilusión y la amargura, esa noche se canalizaron en problemas y disidencias internas en el pabellón. Cada grupo se juntó con su grupo más allegado y los únicos que quedaron solos fueron ellos seis en la celda 6. Pasaron a ser llamados "los ex canas", con un dejo de desprecio. Todo era división, fue uno de los días más tristes, y como todos se habían confiado de que recibirían visitas y provisiones, habían consumido en los días previos la fruta y los cigarrillos. Luis les había pedido a su hermana y a su mujer salame y queso, pero el pedido para Año Nuevo nunca llegó.

Los que habían recibido dinero en Navidad de parte de sus familias, compraron a través de los comunes comida en la cantina de la cárcel y cada celda hizo su cena de fin de año, con la del frente o con la de al lado. Pero todos les hicieron el vacío a "los ex canas". Pasaron a ser un poco el chivo expiatorio del pabellón, y si bien hasta ese momento no habían tenido problemas, los más radicalizados empezaron a cuestionarles su pasado, les achacaban que habían servido al sistema desde las fuerzas de seguridad.

A la medianoche vieron a través de los barrotes de las ventanas cómo la ciudad se iluminaba en mil colores. Lloró, lloró mucho esa noche, era imposible contener tantas emociones juntas. Horacio se acercó y lo tranquilizó.

- Pará un poco, no te vuelvas loco, ya vas a ver que esto también va a ser un mal recuerdo. Como dice Machado, todo llega y todo pasa.

Pero él perdió el control e hizo una cosa de la cual luego se arrepentiría toda la vida. Lo miró al Mono y se puso rojo de furia.

- Por culpa de tu mentira estamos aquí, vos dijiste que yo te había dado una bandera y ni siquiera sé de qué bandera hablan. Vos me trajiste y vos me tenés que sacar. Si a todos nos torturaron, ¿por qué vos no pudiste aguantar?

Lo tuvieron que frenar los otros para que no le pegara al Mono. En eso llegó el Canario a convidarles un cigarrillo y a saludarlos. A lo lejos, se escuchaba que algunos cantaban, otros lloraban.

La desilusión de Año Nuevo se repitió en Reyes y la Navidad feliz pasó a ser un recuerdo lejano.

Durante los primeros días de enero se endurecieron las requisas y los cigarrillos, los libros y las revistas volvieron a prohibirse.

De repente, entraban los guardias a los gritos al pabellón y: "Todo el mundo a su celda, nadie habla, nadie se mueve". Entraban celda por celda, y ellos tenían que salir y formarse contra la pared, con las manos atrás, la cabeza abajo y las piernas abiertas. Daban vuelta toda la celda buscando cosas prohibidas. Algunas veces los revisaban e incluso los hacían desnudarse, y si ellos levantaban la vista les caía una andanada de golpes. Otras veces encontraban un juego de ajedrez hecho con migas de pan, un cigarrillo o una lapicera y como represalia los guardias molían a palos a todos los integrantes de esa celda, y seguían con la celda de al lado, y así hasta que se cansaban.

Cada día que pasaba tenían que procurarse nuevos canutos y lo mejor era esconderlo dentro de los colchones, entre la lana y después coserlo con agujas que ellos mismos hacían de huesos o alambres. Este era un trabajo que había que repetir todas las noches, por seguridad. Lo más codiciado era el tabaco, y generalmente fumaban un cigarrillo entre varios, dependía de la oferta y la demanda entre ellos y los comunes. Palomeando, una camisa se cotizaba a un paquete de tabaco mariposa con papel, a veces uno y medio. Un pantalón, dos paquetes. La paloma era una bolsa hecha con hilos de las medias que arrojaban al patio cuando estaban los comunes, y luego se izaba el paquete. Pero era siempre riesgoso para el común, y para ellos también.

El 18 de enero fue un día negro. Siempre comenzaba el día a las 7 de la mañana con un guardiacárcel tomando lista con los presos al frente de la celda, el mate cocido y después lo de siempre, conseguir tabaco por las ventanas, o un diario, intrigas entre celda y celda o al interior mismo de alguna de ellas, y problemas internos de todo tipo. Todo eso era producto de la situación imperante.

A eso de las 2 de la tarde entró un guardia al pabellón con un papel en la mano y se hizo un silencio de tumba. Podía ser por muchas cosas: que llevaran a alguno o algunos al médico, o para firmar papeles judiciales. También podía significar la libertad de alguien, un traslado de nuevo al D2 o lo más temido, un viaje sin vuelta a la muerte.

Entonces, el guardia se acercó a él y le dijo: "Firme aquí". Lo tomó con ansiedad y leyó: "Se notifica al interno Luis Urquiza que su señora madre ha fallecido". De pronto el mundo se le vino abajo y como de fondo escuchaba la voz lejana del guardia que lo apuraba: "Bueno, bueno, prepárese porque lo van a llevar al velorio".

Volvió atontado a su celda, con los ojos inundados y cuando estuvo con sus compañeros de celda empezó a repetir: "Se murió mi vieja, se murió mi vieja", mirando sin mirar, como los gatos.

Mientras unos le trajeron la ropa y las zapatillas, otros compañeros trataban de calmarlo. Al rato entró otro guardia y se lo llevaron caminando con las manos atrás y la cabeza para abajo, haciéndolo sentir más preso y humillado que nunca en ese momento de dolor.

Como un autómatas bajó las escaleras y caminó de nuevo por los pasillos atravesando los mismos controles que había pasado para Navidad cuando tuvo la visita de su hermana y de su esposa.

Casi no podía contener las lágrimas cuando lo hicieron entrar en una oficina donde había un oficial del Ejército. Tenía la mirada perdida, no podía reaccionar.

- Siéntese, lamento lo de su madre –comenzó el oficial-. He recibido la orden de llevarlo al velorio. Allí, el tiempo que se va a quedar depende de usted, pueden ser 10 minutos, o una hora. Le advierto que cualquier cosa rara, cualquier intento y barremos con todos así que no intente escapar.

- Quédese tranquilo que no lo voy a hacer, tiene mi palabra.

- Bueno, parece que estamos de acuerdo. Ahora va a esperar un rato- concluyó el militar.

Esas palabras habían quedado retumbando en su cabeza: "Le advierto que cualquier cosa rara y barremos con todos".

Esperó una hora, un día o un año, ya había perdido la noción del tiempo. Luego vinieron otros guardias y le pusieron unas cadenas en las muñecas, cerradas con un pequeño candado y con un pedazo de cadena sobrando para llevarlo de ahí a la rastra, como se hace con un perro. Lo hicieron subir a un celular y uno le dijo a otro con tono burlón: "¿Éste es el peine que tenés que cuidar? "

"Hijos de puta –pensó- ni siquiera respetan este momento". La furgoneta tenía ventanillas con vidrios muy gruesos y él miraba por ellas los movimientos de los otros autos en un gran operativo. Le llamaba la atención que fueran necesarios tantos efectivos sólo para cuidarlo a él. Adelante iba de custodia un auto de civil y que probablemente, por la pinta, llevaba militares y no policías. En el medio iba la furgoneta y detrás, una igual pero más chica donde iban guardiacárceles con pistolas al cinto y fusiles Fal.

Lo distrajeron los autos, el ruido, la gente por las calles. Hacía más de tres meses que no apreciaba ese espectáculo. Hacía calor, y mucha gente andaba por la calle en malla, se veía que volvía del río o de alguna pileta. Mientras miraba por la ventanilla y veía todas esas cosas por la Rafael Núñez, en el Cerro de Las Rosas, pensó que ese mismo camino lo había recorrido en sentido inverso aquella mañana del 12 de noviembre cuando lo fueron a buscar en el Falcon, y él sin saber todo lo que le esperaba.

Mientras las distancias se acortaban, ya comenzaba a prepararse para la situación a la que tendría que enfrentarse. En medio del dolor,

vería de nuevo a su esposa y a su hermana, y tal vez a su hija, que era a quien más extrañaba.

Pasaron el puente de entrada a Villa Allende y el corazón empezó a galopar. Cuando se detuvieron frente a la casa de su madre, vio mucha gente en la vereda y esa imagen trajo nuevamente la imagen del velorio de su padre, que tenía archivada en algún rincón.

En esa época él tenía 10 años y la casa también se llenó de gente. Su padre estaba enfermo de hepatitis, internado, y él lo fue a visitar un domingo al hospital, sin imaginar que podría morir. Le decían que en unos días más volvería a la casa, pero ese miércoles, mientras dormía en la habitación de sus padres, por la mañana, se despertó con ruidos, voces altas y llantos. Sobresaltado, salió de la habitación y encontró a su madre y tías en medio de velas, flores y todos los preparativos, y el ataúd de su padre entrando a la casa. Así se había enterado de la muerte de su padre, por deducción y asociación, y encima nadie le hablaba, las mujeres estaban muy ocupadas en llorar.

Ahora veía las mismas personas que 14 años atrás, reconocía desde el celular a un primo, a un tío y a una tía que estaban en el jardín. Por el movimiento de sus labios adivinó lo que decían: "Ahí viene, ahí lo traen". La puerta del celular, sin embargo, no se abría, y cuando miró se dio cuenta de que era porque de la camioneta que iba atrás, estaban saltando una docena de guardias que se apostaban en posición de combate. Primero se metieron a la casa del vecino, a los techos después, otro se apostó en los fondos y otros inspeccionaban el terreno baldío contiguo. Se cercioraban de que no hubiera alguien en una emboscada o algo parecido. Recién entonces, cuando tuvieron todo bajo control, abrieron la puerta y lo bajaron. Él, tratando de disimular la reingenuidad, respirando hondo para no quebrarse emocionalmente, entró a la casa y recién ahí le sacaron las cadenas. Salieron a su encuentro su mujer –a punto de parir- y su hermana, y lo llevaron a una pieza donde estaba Nina, como él le decía a su hija Yanina. La agarró en sus brazos y la besó hasta el cansancio, la sentó en su falta mientras le acariciaba el pelo. Lo invadieron las ganas de contarle todo lo que estaba sufriendo, pero se contuvo, y por suerte ella no hizo la pregunta tan temida, de dónde había estado estos tres meses. Miró de reojo y en la pieza de al lado estaba su madre.

Durante todo el tiempo había un guardia junto a él y no dejaron entrar a otra gente. Su hermana estaba bastante mal y no paraba de llorar. Le contó que a su madre se le había agravado de golpe un cáncer que ellos creían curado, y que un día antes de la operación, el corazón no le aguantó más.

Cambiaron de tema y su hermana le contó que todas las semanas iba al Tercer Cuerpo de Ejército a preguntar sobre su situación, como miles y miles de familiares de detenidos. Pero igual que a los otros, le decían siempre que había que esperar, que no se sabía nada.

En eso, el guardia miró su reloj y dijo: "Quedan solamente cinco minutos y nos vamos".

La hora se había pasado volando, y pensar que en la cárcel las horas no pasaban nunca. Besó a su hija, a su mujer y a su hermana y se dispuso a partir. Le colocaron nuevamente las cadenas, miró por última vez a su madre en el cajón y salió de la casa, flanqueado por dos militares, ante los presentes, en una situación de humillación que le sumaba un dolor extra al normal de la ocasión. "Chau Nene", le dijo un tío acercándose al celular. Subió y se quedó mirando para atrás cuando arrancaron, hasta que perdió de vista los brazos en alto saludando.

En el viaje lloró, se desahogó todo lo que no pudo en el velorio porque había querido mantener la imagen y no preocupar más a su familia. Cuando llegó a la cárcel y entró de nuevo al pabellón y a su celda, sus compañeros se acercaron para preguntar cómo había sido, si estaba bien, cómo lo habían tratado los guardias. Sin embargo, él no quería hablar, quería estar solo más tiempo con su pensamiento, rebobinar lo que había pasado, el reencuentro con sus seres queridos, cada momento con su Nina y la imagen de su madre en el cajón. Con ella no había tenido una buena relación, sobre todo en la adolescencia y juventud. Desde que había muerto su padre, ella había quedado muy afectada y había cambiado mucho, mientras él al crecer se había ido poniendo cada vez más rebelde. Varias veces se había ido de su casa, peleado con su madre y su hermana, para volver a los pocos días.

Uno de los principales motivos de peleas era la afición de Luis a la aventura, a viajar de mochilero y relegar por eso los estudios. Su madre siempre se oponía porque se preocupaba, decía que era muy chico, que podía pasarle algo. Pero al final, un día antes de salir, daba el brazo a torcer, le preparaba una cajita con agujas e hilo, otra con algunos remedios por las dudas, y le ponía latas de comida para que no gastara tanto. Y el día de la partida, le preparaba de desayuno chocolate con las masas que a él le gustaban, compradas en una panadería que quedaba a dos cuadras de su casa.

En 1969, con 16 años, se había ido a Chile a dedo y al año siguiente a Brasil. Pero ese año no volvió y estuvo viajando ocho meses por la costa hasta Recife, en el Nordeste. Obviamente que perdió el año en el secundario, a él no le importaba pero su madre se hacía mala sangre y sufría.

Pobre vieja, el disgusto que habría tenido cuando lo detuvieron en noviembre. Su único hijo varón, preso por delincuente y subversivo. Encima, a los pocos días de su detención en el D2, habían allanado su casa buscando materiales subversivos. Como en su casa no había nadie porque su mujer ya se había ido a vivir con sus suegros, habían ido a la casa de su madre. Los nervios que habría pasado.

Pasaron como 10 días del velorio y lo llamaron nuevamente los guardias. Otra vez las escaleras, los pasillos y los controles. Entró a una oficina y había una empleada de la cárcel con un niño en brazos.

“Su mujer está ahí afuera, el comandante no lo autoriza a verla, pero sí puede ver a su hijo”, le dijo acercándole al bebé.

Había nacido el 20 de enero, le habían puesto de nombre Guillermo, y se lo dejaron 10 minutos. Después le hicieron firmar unos papeles y se lo llevaron. Cuando volvía al pabellón, por el pasillo y a lo lejos, alcanzó a ver a su mujer con el bebé en brazos y a su hermana. Eso le dio fuerzas, ser padre nuevamente lo revitalizó y le dio un motivo más para sobreponerse al encierro.

Los últimos días de enero pasaron sin más novedades que los calores insoportables, la lucha para conseguir tabaco, las peleas por un bollo de pan.

Se levantaban a las 6 para ponerse al lado de la reja porque si sobraba leche de los presos comunes, algún guardia comedido, en vez de tirarla por ahí se la daba a ellos. Después volvían a dormir hasta las 10 que llegaba el pan, eran cinco bollos para cada uno por día, pero a veces repartían y no alcanzaba para todos. El rancho – almuerzo- era a las 12 y media, después se bañaban. Jugaban al ajedrez o a las damas, tomaban un mate cocido a las cuatro y a volver a jugar al ajedrez hasta la hora de la cena, charlar con los compañeros y a dormir. Así se pasaban los días, y los ingredientes eran fumar un cigarrillo entre cuatro o cinco, y las intrigas y peleas. Era una mala época, porque si bien había quedado atrás ese primer tiempo de torturas, estaba tomando consciencia de su encierro pero todavía no se acostumbraba a estar preso.

- Jaque mate.

- Bueno te felicito.

- No sabés que ya no se puede perder así.

- ¿Cómo?

- Eso era del siglo pasado. Ahora los grandes jugadores cuando ven que van a perder abandonan, pero no se dejan humillar con un jaque mate.

- Vieja, por qué no te vas a la puta que te parió. Y además yo no soy ni voy a ser nunca un gran jugador. Y vos tampoco, no te engañés.

En su celda Luis se llevaba muy mal con Oscar, el hermano de Horacio, chocaban y no soportaba la su arrogancia, sobre todo para jugar al ajedrez.

Los martes y viernes, las familias les llevaban paquetes con ropa, algo de comida y elementos de aseo, y saber que los seres queridos estaban ahí nomás y no poder verlos era duro. Pero más duro era cuando pasaban dos o tres semanas y nadie les dejaba nada. Entonces lo asaltaban todas las dudas juntas, ¿por qué no habrán venido?, ¿se habrán olvidado?, ¿no habrán podido?, ¿no tendrán plata?, ¿habrán caído presos ellos también?

Y junto a las dudas, llegaba la angustia, la impotencia y la desesperación. Y lloraba mirando por los barrotes del baño, igual que en el D2.

Un día, justo cuando estaba llorando en el baño, su tristeza fue interrumpida por dos que se agarraron a trompadas porque uno había fumado más de lo que le correspondía de un cigarrillo comunitario.

Esas broncas eran comunes, a veces uno podía pasar a otra celda porque se llevaba mal con los que tenía al lado. La Pantera fue uno de los que pidió el pase y se fue a la celda de al lado, donde estaba el Loco Puerta, un urso de casi dos metros de altura con un vozarrón que se escuchaba en todo el pabellón. Era muy temperamental e irritable, pero de buen corazón.

Se hicieron amigos con la Pantera y hacían gimnasia juntos todos los días, con disciplina y constancia. El Loco dominaba todo en su celda y la Pantera pasó a ser como su segundo. Luis lo visitaba asiduamente, pero un día, parece que el Loco andaba de mal humor y no quería ver a nadie, cuando lo vio a Luis que había ido a visitar la Pantera, lo miró torcido.

- Y vos, ¿qué carajo hacés acá?

- Y a vos qué te importa.

A renglón seguido vino un insulto y Luis se dio cuenta que sería inevitable pelear, pero también que tenía la obligación de primerear porque si no, no saldría bien parado. Y le pegó una trompada en la cara que lo tiró contra la pared, al tiempo que salió corriendo para su celda. Cuando el Loco lo corrió, los demás presos se metieron a separarlos, y la cosa quedó ahí, ante la impotencia del Loco que gritaba desafortunadamente, al punto que se necesitaron cuatro para sujetarlo y llevarlo de nuevo a su celda. Después, Luis se arrepintió de haberle pegado, porque en los días sucesivos tenía que andar esquivando al Loco para evitar problemas.

En febrero, Oscar salió en libertad y festejaron jugando al carnaval con agua. Había alegría porque podrían seguir las liberaciones, sobre todo especulando con que se acercaba el primer aniversario del golpe en marzo.

Los presos del Partido Comunistas hacían sus análisis políticos: Martínez de Hoz renunciaría pronto porque las medidas económicas no tenían buenos resultados, la línea moderada de los milicos se impondría, se levantaría el estado de sitio y, finalmente, por las presiones externas e internas, se abrirían las cárceles para dejar en libertad a los presos políticos. Los peronistas estaban en desacuerdo con ese análisis y acusaban a los comunistas de que su partido no enfrentaba con fuerza a la dictadura, quizás siguiendo los lineamientos políticos de la Unión Soviética, que tenía buenas relaciones comerciales con la Junta Militar.

Por supuesto que no se ablandó el régimen, por el contrario, se endureció en 1977. En la cárcel, un día vino una requisita tan severa como nunca había habido una. Eran decenas de guardias y encerraron a todos los del pabellón en dos celdas grandes. Mientras requisaban las otras celdas rompían colchones e iban sacando los canutos que tiraban al medio del pasillo. Encontraron lapiceras, diarios, revistas, libros, tabaco, ajedrez y hasta una radio chiquita a transistores. Eso

exasperó a los guardias que luego de una buena paliza, encerraron a todos los presos en tres grandes celdas de castigo, al lado de la carpintería y sin permiso para salir a ningún lado.

## CAPITULO 7

### LA CELDA DE CASTIGO

Así fue como todo el pabellón quedó hacinado en tres celdas. En la celda del medio, donde estaban Luis y sus cinco compañeros, había 18 presos en un espacio de ocho por 10 metros. Para caminar había que turnarse, mientras los otros estaban sentados uno al lado del otro sobre los colchones.

Lo peor era orinar y defecar delante de los otros en tarros de cinco litros. Como nadie recogía los tarros, ellos los vaciaban por la ventana, pero el olor era insoportable. Pronto hubo que acostumbrarse a todo eso, y pusieron una manta al modo de cortina en una esquina de la celda para recuperar un mínimo de pudor.

Ese primer fin de semana nadie tenía tabaco y los presos comunes no salieron al patio, entre otras cosas, porque la carpintería estaba cerrada.

El sábado a la noche, de la celda de al lado, a través de un hueco hecho en la pared, les pasaron un poquito de tabaco, que alcanzó para armar dos cigarrillos que, repartido entre 15 fumadores, equivalió a una pitada por cada uno.

Al día siguiente, algunos no aguantaban las ganas de fumar y a uno de ellos, a quien le decían el Oso, se le ocurrió raspar un palo de escoba y con el aserrín y un papel común armar un pucho. Era horrible fumar ese aserrín, pero lo fumaron. Más tarde, encontraron del lado de afuera de la ventana un nido de pájaros y usaron también el pasto del nido. Estaba un poco mejor que el aserrín.

El lunes por la mañana, un guardia abrió la celda y comenzó a repartir el mate cocido, y luego dio la posta a los fajineros. Cuando le tocó el turno a Luis, el fajinero –un hombre de unos 60 años, militante del Partido Comunista– le sirvió un poco menos que a los demás. O por lo menos eso le pareció a Luis. Cuando le reclamó, el fajinero le contestó de mal modo y él, con la sangre más caliente que el propio mate cocido, se lo arrojó encima, lo que le valió una reclusión en otra celda de castigo, pero solo.

No sabía qué era peor, si estar en la celda grande compartiendo ese infiernillo con 17 presos más sin poder moverse prácticamente, o estar solo en esa otra celda oscura.

La celdita era mínima pero en realidad podía moverse más que en la otra, tenía una mirilla en la puerta, por donde entraba un haz de luz y la ventana estaba tapada con una chapa de zinc por afuera. Era oscura, fría y húmeda.

Decir que fueron días muy duros es una frase que a esta altura pierde sentido, porque desde su detención, todos los días habían sido muy duros, y cada día a él le parecía peor que el anterior. Primero había sido el horror de la tortura en el D2, luego los días a ciegas en el Campo de la Rivera con la pierna infectada, después el sufrimiento de las fiestas de fin de año en la cárcel, luego la muerte de su madre,

más tarde el hacinamiento y ahora el aislamiento sin poder hablar con nadie. Hacía un recorrido mental y se daba cuenta, llorando, de que en tres meses había pasado por un abanico de sufrimientos, un catálogo de tormentos. Pensó que si salía alguna vez en libertad, se llevaría un cheque en blanco para disfrutar de la vida a cada minuto, porque ya había sufrido lo que otros en toda la existencia. O al contrario, tanto martirio lo marcaría de tal forma, que ya la sola idea de ser feliz aunque sea por un rato sería obscena. La libertad, seguramente traería cambios extraordinarios, pero nunca podría liberarse de esas experiencias terribles.

Si en circunstancias normales era difícil calcular las horas en la cárcel, aquí no tenía la más mínima referencia. Todo el mobiliario de la celda era un tarro como baño y un colchón pelado para dormir que a las 6 de la mañana se lo retiraba el guardia, así que si quería seguir durmiendo, debía hacerlo en el piso. A la noche se lo daban de nuevo.

A veces, los fajineros se acercaban y le pasaban por la mirilla tabaco y fósforos, porque se consideraba que él estaba en una situación extrema. Pero tenía que cuidar tanto el tabaco cuanto los fósforos porque uno que se rompiera o no prendiera, era un recurso malgastado.

Todos los días lo sacaban al baño cinco minutos, y ahí aprovechaba para vaciar el fétido tarro y lavarse un poco. Cuando pasaba por el pasillo del pabellón intercambiaba miradas o algún gesto con sus compañeros, pero tenía prohibido hablar y el guardia no se le despegaba. Sin embargo, había días -y a veces eran dos o tres días seguidos- en que los guardias no lo sacaban, por olvido o a propósito. En esos días el tarro se llenaba y tenía que orinar contra las paredes, lo que en combinación con la humedad del lugar producía un olor penetrante e insoportable.

A veces venía el guardia a traerle la comida y cuando él pedía ir al baño, la respuesta era: "Hoy no tengo tiempo así que esperá hasta mañana".

Se acostumbró a ver en las sombras, su oído se agudizó muchísimo y percibía ruidos a distancias increíbles, a pesar del aislamiento de su celda. A veces hasta distinguía las voces en el lejano pabellón.

Esos primeros días se hizo una rutina de actividades para soportar la soledad y la falta de todo. Por la mañana cantaba y por la tarde emprendía caminatas en forma de círculo. A veces, cuando se lo permitía la rodilla, trotaba, pero el espacio que tenía era tan reducido que terminaba mareado. Entonces caminaba en círculo en un sentido y luego en el sentido contrario, pero igual era complicado mantener el equilibrio. A veces también hacía gimnasia y algunos ejercicios de yoga que recordaba de cuando los había aprendido a los 17 años.

Pero después de varios días, se le empezó a hacer más y más difícil mantener la disciplina y la constancia. Algunas veces no tenía ganas de hacer nada, pasaba de un extremo a otro, de la euforia a la apatía total en cuestión de minutos. Se acordó de la película *Papillón*, pero

miró a su alrededor y se dio cuenta de que en esa celdita no había nada, ni una piedra, ni un bicho, ni una hormiga, nada de nada.

Cuando estaba de buen humor cantaba en voz alta y le gustaba escuchar su propia voz, otras veces hablaba solo como los locos, pero era justamente la única forma de no volverse verdaderamente loco. Pensaba en voz alta o hacía discursos y arengas políticas dirigidas a un público imaginario, como si fuera un gran líder o el militante consecuente que no había sido nunca. Era como si en su fantasía buscara hacer los méritos suficientes para justificar todo lo que estaba viviendo. Acompañaba los discursos con gestos ampulosos y el sonido de sus consignas retumbaba en las paredes, lo cual le producía extrañas sensaciones de placer.

Pero cuando entraba en depresión, pasaba por estados de profunda angustia, y se desvinculaba totalmente de la realidad, ahora como delirio y ya no como ejercicio de imaginación. Soñaba despierto y su mente volaba fuera de los muros de la cárcel.

Creía que pronto saldría en libertad, con la opción de irse fuera del país, una alternativa reservada solamente a quienes estaban a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. Soñaba que tomaba un avión y aterrizaba en el aeropuerto de Estocolmo. Miraba la nieve, los bosques y las rubias walquirias.

Estaba tan convencido de que le darían la libertad que a veces hasta se alistaba para irse al día siguiente. Se preparaba impaciente a que el guardia abriera las puertas de la celdita y le dijera: "Metalé Urquiza que se va".

Pero el día pasaba y eso no sucedía, entonces él pensaba: "Será mañana".

Algunas veces se excitaba y se masturbaba como todos los demás, después de meses sin estar con ninguna mujer. Otras veces directamente tenía sueños húmedos, porque el cuerpo seguía con sus mismas funciones y necesidades, a pesar de todo.

Otras noches sus sueños se poblaban de las imágenes de sus seres queridos, con tiernos besos y caricias, con sus voces. Parecían tan reales que cuando despertaba creía haber estado con ellos.

Hasta que un día, los sueños y las esperanzas se rompieron totalmente. Se acercó un fajinero y por la mirilla le dijo: "Un común nos pasó *La Voz del Interior*, hay una lista de gente que pasó a disposición del PEN, y en la lista estás vos".

Eso significaba que a un año del golpe de Estado, legalizaban detenidos y el estado de sitio no se levantaba, ni las puertas de las cárceles se abrían como habían predicho los presos del PC.

Como contrapartida, lo bueno era que las listas del PEN se conocerían en el exterior y organismos humanitarios como la Cruz Roja o Amnesty International podrían presionar. Pero eso era sólo una posibilidad y lo único cierto era que se confirmaba su detención.

En medio de la desilusión, los últimos días escaparon a su raciocinio. Cuando iba el guardia a llevarle la comida –generalmente una sopa

aguada y un pedazo de pan- le preguntaba a Luis qué día era, y la mayoría de las veces no obtenía respuesta.

Empezó a pasar días enteros sin hacer nada, tirado en el piso, en un profundo pozo depresivo. Un día de lucidez, hizo un balance de su vida, apareció de pronto su infancia y así como apareció se esfumó. Se quedó dormido y al rato sintió que abrían la celda. Entraron cuatro guardiacárceles y lo levantaron a patadas. Mientras uno le alumbraba la cara con una linterna, los otros dieron vuelta el colchón buscando algo que no encontraron. Entonces le dieron una tanda más de golpes y se fueron.

Cuando lo habían llevado a la celda de aislamiento le habían dicho que iba a pasar 15 días, pero llevaba más que eso, aunque no tuviera conciencia de ello porque había perdido totalmente la cuenta y la noción del tiempo. Se acordó entonces de aquellos libros o películas en los que los presos hacen una marca en la pared para ir contando los días, se acordó sobre todo del Conde de Montecristo, y lo entendió. Pero ya era tarde, ya no sabía cuánto tiempo llevaba en esa jaula, ni tenía voluntad. Pasaba los días enteros durmiendo, o en un estado soporífero sin poder descansar ni pensar con claridad.

Hasta que una tarde, después del almuerzo, un guardia entró a la celda y le dijo: "Preparate que los trasladamos a todos".

Le abrieron la celda y lo juntaron con el resto de sus compañeros que estaban formados en fila india para ser trasladados a otro pabellón. Había otros que hacían otra fila, eran los que se iban a otra cárcel. Los guardias controlaban de cerca cada movimiento, con armas en la mano. Empezaron el rumbo del pabellón 9 y una vez que hubieron recorrido los más de 100 metros de pasillo, los empezaron a distribuir por celdas. A los de la misma causa de Luis los volvieron a juntar en la primera celda del lado derecho del pabellón. Era abril, ya no estaba Oscar, pero volvió la Pantera, y además se sumaban un sesentón de apellido Canata y sus dos hijos –Félix y Jorge- que venían de La Perla y Campo de La Rivera.

La celda que les tocó tenía cuatro pequeños cuartitos, con un pasillito en el medio. Era para cuatro personas pero ellos eran ocho. El pasillito interno de la celda tendría cinco metros de largo por medio metro de ancho. Las ventanas estaban tapiadas con chapas de zinc y allí tampoco había luz. Adentro había dos tarros que servían de baño para los ocho y que cuando se llenaban eran llevados por los fajineros.

A pesar de que el cambio de pabellón abrió algunas expectativas respecto de que pudiera relajarse el régimen de reclusión, eso no ocurrió y se continuó con puertas cerradas al pasillo y una sola salida al día para ir al baño.

Se mantuvo el régimen para presos de alta peligrosidad y por eso la tarea del fajinero adquirió un valor especial. Todos querían cumplirla, para poder salir al pasillo y caminar los casi 100 metros para descargar los tarros hediondos en el baño y lavar la ropa de todo el

pabellón. Además, se podía ligar por ahí un bocado más de comida, si se tenía un poco de suerte. De esta forma, se organizó inmediatamente en el pabellón un sistema de rotación por celdas para hacer la fajina.

Esa primera noche, luego de 18 días de aislamiento, y otra vez con sus compañeros, se sacó las ganas de charlar. Tenía los ojos desorbitados, estaba más flaco y hablaba sin parar, muy excitado. Esa noche, cuando comió, parecía un animal, por el hambre y la falta de roce humano en casi tres semanas. No es que ahora la comida fuera muy buena, sino que la de la celda de aislamiento prácticamente no comía.

Los Canata eran una familia ligada indirectamente a Montoneros en Córdoba. Vivían en una casa grande de Altos de Villa Cabrera, ubicada en Quintana y Sarmiento y conocida en el barrio como "El Castillo" por su estructura y tamaño, y los dos hijos habían estado varios años en Europa.

El 9 de marzo de 1976, la dirección provincial de Montoneros organizó una reunión en "El Castillo" para coordinar algunas operaciones. Uno de los militantes, César Córdoba, fue reconocido por una patrulla policial en la confitería Los Cubanitos, de la avenida Caraffa. Luego de un breve tiroteo, alcanzó a fugarse y a meterse en "El Castillo". Pero entonces el barrio fue cercado por los militares y policías y al avanzar se encontraron con una dura respuesta desde adentro. Se inició así un tiroteo de horas y llegaron al lugar el mismísimo comandante del Tercer Cuerpo, Luciano Benjamín Menéndez –vecino del barrio por otro lado- y el comandante de la Cuarta Brigada de Infantería Aerotransportada, Gumersindo Centeno. Finalmente, "El castillo" fue bombardeado con morteros y bazookas y resultaron muertos siete miembros de Montoneros. César Córdoba fue uno de los que pudo escapar, pero muy malherido. El diario *Córdoba*, en su edición del 10 de marzo de ese año, contó el episodio en una crónica cargada de elogiosos calificativos para el Ejército, como "encomiable espíritu combativo" y "coordinada destreza" de las "fuerzas legales".

Después de una corta investigación, los militares "chuparon" a los tres Canata, que a pesar de no haber intervenido en la reunión ni en el tiroteo, eran los dueños de "El Castillo". Fueron a parar a La Perla, luego a Campo de la Rivera y finalmente a la cárcel de San Martín, en la misma celda que Luis y los demás.

Para ese tiempo, la ausencia de torturas, hacinamientos y aislamientos, dio paso a una monotonía tanto o más insoportable que todos los anteriores tormentos. Pasaban los meses y en realidad no pasaba nada.

Entonces, el viejo Canata, que era un hombre instruido y profesor de escuelas secundarias, organizó clases de matemáticas. Una frazada negra colgada contra la pared hacía de pizarrón y un pedazo de jabón servía como tiza. Así aprendían operaciones complejas y algo de álgebra.

También jugaban al ajedrez con piezas hechas con migas de pan. Las blancas estaban coloreadas con dentífrico, y las negras con pintura raspada de la pared mezclada con mate cocido, toda una artesanía. Ya no estaba Oscar, que era muy agrandado, así que Luis jugaba con los Canata.

Los fines de semanas se organizaron charlas sobre un viaje que alguno de los integrantes del grupo contaba al resto. El viejo Canata empezó el ciclo contando sobre un viaje a Egipto y todos quedaron fascinados, viajando por el Nilo con la imaginación y visitando las pirámides. Félix y Jorge contaron sus viajes por Europa, sus permanencias en Ibiza, haciendo artesanías y en Suecia. Luis contó sus viajes como mochilero a Brasil y a Chile, y sobre todo uno que había hecho a los 14 años, en las vacaciones de invierno del secundario, con su compañero de curso Charlie Moore, el mismo que luego se transformaría en militante montonero, y más tarde en un "quebrado" en la D2, delator e informante de la Policía.

En ese viaje habían recorrido La Rioja, Catamarca, Tucumán y Santiago del Estero y contó cómo la primera noche, mientras dormían en una carpa al lado de la ruta, un caballo les había devorado la mortadela que llevaban como única comida y que habían dejado colgada del lado de afuera.

Le hacía bien contar sus viajes, era como revivirlos. Además, en circunstancias normales no podía contar esas experiencias con lujo de detalles, tan trascendentes para él y tan insignificantes para sus eventuales interlocutores. Pero en la cárcel, cualquier cosa concitaba una expectativa y una atención inusual, con tal de romper la rutina. Entonces él aprovechaba y contaba sus andanzas por los caminos, y se sentía realizado.

El segundo viaje fue más largo, a las Cataratas del Iguazú, y como era menor de edad y su madre no le había dado el permiso para pasar la frontera, fue a una comisaría en Puerto Iguazú y denunció que lo había perdido. Como la artimaña le dio resultados, la adoptó y el verano siguiente la usó para ir con otros amigos a Chile, sin plata, sin carpa, sin nada, con la inconciencia lógica de los 16 años.

Se fueron a dedo por el Paso de Agua Negra, que une San Juan con el Valle del Elqui, pero la primera noche los agarró en plena cordillera. A duras penas, luego de dos horas de caminar a ciegas entre desfiladeros, llegaron al puesto de Gendarmería, donde pudieron pasar esa noche.

Al día siguiente, esperaron desde las 8 hasta las 10 de la mañana, pero como no pasaba nadie, se largaron a caminar los tres kilómetros que separaba el puesto de Gendarmería del de los carabineros chilenos. Y como el camino zigzagueaba, no se les ocurrió mejor idea que ir cortando camino a través de las quebradas y cañadones. Pero una vez debajo de la quebrada, miraron para arriba y todas las montañas eran iguales, la ruta no se veía y no tenían idea hacia dónde caminar. Estuvieron perdidos hasta las 6 de la tarde, ya empezaba a oscurecer y a hacer frío. "Me voy de vacaciones a la

playa", había pensado al partir, y ahora estaba ahí, perdido en la cordillera a cinco mil metros de altura y muerto de frío. Pero cuando la desesperación empezaba a apoderarse de las cabezas y los cuerpos, como por milagro encontraron la ruta. Y a la media hora, otro milagro hizo que pasara por ahí la camioneta de los carabineros y los llevaran hasta el puesto de frontera.

A partir de allí la cosa se normalizó y durante un mes recorrieron las playas de La Serena y Viña del Mar. También fueron a Valparaíso y visitaron La Sebastiana, la casa de Pablo Neruda en uno de los cerros frente al puerto. Después pasaron por Santiago y volvieron por Mendoza.

Al año siguiente, otra vez a Chile a dedo, pero esta vez con una amiga, y llegando hasta la Patagonia, para volver por Bariloche. Cada uno de estos viajes ocupaba toda una tarde de sábado o de domingo en que la cárcel se hacía un lugar un poco más humano.

El siguiente relato fue sobre el año en que dejó de estudiar para ir a Brasil, por las Cataratas del Iguazú a Porto Alegre y luego subir por Florianópolis, Curitiba y Río de Janeiro. Cuando se quedaban sin plata, trabajaban limpiando algún bolichón a cambio de un plato de comida. A los dos meses su compañero de ruta se volvió y él siguió solo, por desiertos, selvas y pantanos rumbo al norte, hasta Bahía y más allá hasta Recife, donde el mapa de Brasil hace la curva. Allí cumplió sus 17, y ese cumpleaños en tierras nordestinas, más dos reportajes en diarios regionales fueron sus principales trofeos a la vuelta.

Su sensibilidad social y su interés por todo lo latinoamericano lo habían llevado otro año a Bolivia, viajando él solo hasta La Paz y la Puerta del Sol en Tiwanaku, y llegando hasta el Lago Titicaca. Ese fue su último gran relato, y como a todos se les fueron acabando los viajes por contar, pasaron a otra modalidad: contar películas que los hubieran marcado y que los demás no hubieran visto.

Entonces, del ciclo de viajes se pasó al ciclo de cine los fines de semana. Y lo hacían a propósito solamente los fines de semana para no acabar tan rápidamente con un recurso escaso y para mantener la expectativa durante toda la semana, para que el fin de semana mantuviera esa mística que tiene fuera de la cárcel, ya que en el encierro todos los días son iguales.

Para esos días también llevaron de vuelta a la cárcel a Oscar, porque dijeron que les harían un consejo de guerra y tenían que estar los seis acusados en la causa.

Así siguieron los meses de aquel 1977, con algunas palizas ocasionales, producto de las requisas en las que encontraban tabaco, lapiceras o juegos de ajedrez. Y entonces a volver a empezar de cero y conseguir de nuevo los elementos necesarios a través del palomeo con los presos comunes.

Cada celda tenía un encargado de conseguir las cosas con los comunes, era el palomero. Las ventanas tapiadas con chapas de zinc

tenían un postigo de madera que ellos sacaban con gran esfuerzo y no menos cuidado. Por ahí, el palomero sacaba las manos y hablaba con un lenguaje de señas con los comunes cuando éstos salían al patio. Se bajaba la paloma –un pañuelo atado con un cordel- y el común ponía las cosas para volver a subirla. De la misma manera se hacía el pago. Luego de ese procedimiento, la madera del postigo se volvía a colocar pegada con agua y jabón, para que los guardias no descubrieran el truco.

Era un mercado negro muy bien aceitado, y muchas veces los presos políticos les pagaban a los comunes con ropa que ellos luego vendían y con esa plata compraban tabaco u otros elementos, que volvían a cambiar a los presos políticos y así seguía la rueda.

La paloma era otro trabajo artesanal, y generalmente se hacía con fibras de las medias de nylon que luego se trenzaban entre sí para hacer un cordel de varios metros de largo que llegara desde el segundo piso, donde estaban las celdas de los presos políticos, hasta el patio. En el extremo, el cordel tenía una bolsa, un pañuelo u otra media, para meter los elementos.

En general había un código que se respetaba y tanto los comunes como los palomeros cumplían con el trato, pero a veces podía pasar que algún común taicionara al político y luego de recibir la paga, en ropa o en dinero, no entregara el producto prometido. O que la guardia ese día se pusiera más vigilante que de costumbre y no se pudiera completar la contrapartida. Pero de todas maneras, a los presos políticos no les quedaba otra opción que seguir confiando en que el común cumpliera con la negociación.

Por eso también la competencia entre celda y celda era fuerte cuando había de por medio un común confiable. En general, había un solo palomero por celda y cada palomero tenía un común. Incluso se establecía una relación de celos entre el palomero y el común para que no comerciara con otro palomero, se buscaba exclusividad, casi como una pareja de novios.

“Ese preso es mío, con ese hablo yo”. Había verdaderas guerras entre celda y celda por estas cosas, era todo un mundo en ebullición.

Para los comunes, además de un negocio, los presos políticos representaban todo un mito y un misterio. Creían que eran todos tipos “pesados”, peligrosos subversivos que habían puesto bombas y matado a policías y militares, y justamente por eso les tenían simpatía, admiración o al menos respeto.

Así, muchos de los comunes, además de negociar cosas con los presos políticos, comenzaron a hacerles favores como por ejemplo sacar mensajes para sus familias a través de sus propias visitas. Así los familiares de los comunes, una vez en la calle, les pasaban los mensajes a los familiares de los presos políticos. Y los mensajes de respuestas, hacían luego el camino inverso, vía la visita y después la paloma. La mayoría de las veces, estos eran favores que se hacían sin pedir nada a cambio, pero en algunos casos los comunes chantajeaban a los presos políticos y exigían a cambio que las

familias de éstos consiguieran cosas (trabajos, drogas, recetas, plata) para las familias de aquéllos.

La celda entera se supeditaba al palomero cuando este trabajaba con el común. Uno vigilaba la puerta del patio de abajo, otro preparaba la paloma poniendo un jabón en la bolsa para que cayera mas rápido por el peso, otro hacía de campana en la puerta de la celda que daba al pasillo por si entraba un guardia y los demás hacían cortina para tapar al palomero en la ventana. Todo esto producía una enorme tensión que se sumaba a la ansiedad de conseguir las cosas, que les eran de vital importancia.

Esta situación hacía también que el palomero adquiriera una posición predominante en la celda, ya que no cualquiera podía cumplir esa función. El palomero debía ser constante, hablar el mismo lenguaje de señas que los comunes, tener psicología en el trato e intentar ser como ellos, ya que no hablaban con cualquiera, en una palabra el palomero debía también seducirlos. Para la celda, tener un buen palomero era un orgullo. Así, la celda llegaba a tener un profundo respeto por el palomero, se lo cuidaba y se lo mimaba. Y éste, por su parte, adquiría un poder inusitado que rayaba el autoritarismo, como en el caso del Mono –que era el palomero de la celda de ellos- que llegaba a decidir hasta cuándo era el momento de fumar y cuándo no. Había muchas discusiones por este tema, sobre todo entre Luis y el Mono, y a esto se sumaba el resquemor que mostraba el viejo Canata, quien pensaba que no había que palomear porque portándose bien en la cárcel saldrían antes en libertad. Cada vez que la celda palomeaba el viejo se ponía nervioso. Los demás, incluso los hijos, intentaban en vano convencerlo de que nada torcería el rumbo de ellos en la cárcel y que más castigados de lo que estaban no podrían estar, por lo que era conveniente intentar pasar la existencia en ese antro lo menos mal posible. Además, transgredir las reglas de la cárcel los ayudaba a sentirse un poquito menos presos. El Vasco empezó a querer palomear también él y entonces cuando los presos comunes salían al patio competía con el Mono, disputándose el agujero de la ventana y los presos.

El encierro producía también estas cosas, descargando las frustraciones sobre el más débil, sobre el que se sabe que no va a reaccionar. Y en la celda siempre se la agarraban con la Pantera para hacer bromas pesadas. Él recibía todas las neuras del grupo, aunque también se prestaba a las chanzas porque era muy mitómano, tenía una enorme tendencia a fantasear.

Cuando contaba alguna de sus mentiras, saltaba alguien que le decía: Pero Pantera, si antes habías contado otra cosa.

Bueno, precisamente...

Y él seguía encubriendo una mentira con la otra ante las risas generalizadas.

El Vasco lo conocía porque los dos habían trabajado en la Sección Canes de la Policía y contaba de sus aventuras en esa sección. Resulta que el jefe tenía predilección por un cachorro de ovejero

alemán y la Pantera era el encargarlo de alimentarlo. Pero un día el cachorro se soltó y se trenzó en una pelea con un cordero que estaba pastando. Había también un carnero muy fuerte que se metió y el cachorro llevaba las de perder. Entonces la Pantera, que había sido campeón de tiro, para terminar con la pelea sacó su pistola, apuntó y le disparó al carnero. Cuando se acercaron todos, el carnero estaba ileso y el cachorro muerto. Estos relatos producían carcajadas y ayudaban a sobrellevar el cautiverio.

La Pantera era de esas personas a las que todo le sale mal, metía la pata sin querer todo el tiempo. En la cárcel, por las torturas quedó medio rengo porque le rompieron un tendón de su pierna izquierda, y se le agravó el asma, pero él seguía adelante con sus inventos. A sus 23 años parecía un niño y los demás siempre comentaban que llegado el consejo de guerra él iba a ser un peligro, porque por arreglar algo a lo mejor se ponía a fantasear y la embarraba más. Así que le decían –en chiste pero con cara seria- que ya tenían la solución: “Il morto non parla”.

## CAPITULO 8

### Palomeando

Hacia fines de agosto se empezó a ablandar un poco el régimen carcelario, y les dieron 10 minutos por día para ir al baño o caminar por los pasillos del pabellón. Luego les permitieron también salir los miércoles media hora al patio, siempre y cuando no lloviera. Si llovía, había que esperar hasta la siguiente semana.

La primera vez que bajaron al patio fue todo un shock, primero quedaron enceguecidos por la luz directa del sol, y luego maravillados de tocar la tierra. Hacía meses que estaban encerrados en una mole de cemento y parecían niños jugando con tierra.

Después alargaron la salida al patio a una hora los miércoles y la salida al pasillo a media hora por día. Desde entonces, cada salida al patio era una recolección de objetos que les podrían hacer falta, desde clavos, alambres, colillas de cigarrillos y cualquier otra cosa que pudiera servir. Cuando no había mucha vigilancia, desde los pabellones de los comunes les tiraban paquetes de tabaco y entonces recrudecían las peleas, -que me lo tiro a mí, no que fue a mí-. El régimen se había relajado bastante y uno de esos días en el patio, los guardias los dejaron solos. Luis no lo pensó dos veces y se trepó a las rejas que daban al pasillo interno del pabellón de los comunes. Estaban varios de ellos tomando mate y charlando.

- Macho, soy de los "políticos", pasame algo de tabaco.
- Bueno, esperá un poco-, y uno de los comunes empezó a preparar una bolsa de plástico con tabaco.
- ¿Necesitás algo más?.
- Sí, birome y papel para escribir.

A pesar del palomeo y del negocio en torno a las necesidades del encierro, a veces afloraban actitudes de sorprendente generosidad y desinterés. El común le pasó la bolsa en cuestión de segundos y él la disimuló entre los testículos, rogando que al entrar al pabellón no lo revisaran los guardias. Con su mejor cara de inocente pasó y cuando llegaron a la celda abrió ansioso la bolsa para ver qué habían puesto adentro. Un paquete y medio de tabaco, papel, una birome y varios saquitos de té, todo un verdadero tesoro.

Hacía meses que ninguno tomaba té y además él sintió la satisfacción de haber conseguido algo valioso para la celda. Esa noche festejaron tomando té.

Como antiguamente en los cuartitos internos de la celda había habido luz, en el techo colgaban algunos cables, con los que fabricaron un calentador metiéndolos a dos tarros, uno adentro de otro con agua. El chufu, como le decían al aparatejo, también servía como encendedor uniéndolo a un pedazo de madera, que conectado a los cables, después de unos segundos, encendía una llamita.

El 6 de setiembre entraron al pabellón varios guardias y empezaron a anunciar una lista de gente que serían trasladada al día siguiente a

cárceles del sur del país. Era la primera vez que anunciaban un traslado con anticipación, y todos deseaban estar en la lista porque les habían dicho que a diferencia de las del Tercer Cuerpo, las cárceles del sur tenían un régimen más humano, con visitas, comunicación vía cartas y hasta una cantina para comprar cosas. Durante el traslado había golpes en cada traspaso, pero valía la pena aguantarse los golpes y todos escuchaban los anuncios con expectativa.

En la lista, finalmente estuvieron los tres Canata, el padre y los dos hijos y ellos los despidieron con afecto.

Mientras los trasladaban, él escuchaba todo ese movimiento con un dejo de desilusión por no estar entre ellos. Era el 7 de setiembre, cumplía 25 años y era su primer cumpleaños en la cárcel, lo que aumentó su desánimo.

Se fueron las tres cuartas parte del pabellón, que quedó casi vacío con unos 30 presos. En la celda también hubo cambios. Primero el Mono, y luego la Pantera, se pelearon con el Vasco, así que le pidieron a éste que se cambiara de celda. Pero llegaron un tal Ludueña, y otro tal Colter.

La primavera finalmente llegó, y no tardó en hacerse notar. La naturaleza es una fuerza tan arrasadora que hasta en un lugar tan siniestro como éste se podía sentir el aire entibiándose y el perfume de los primeros brotes. Si hasta se veían los pajaritos haciendo sus nidos en el patio de la cárcel. Cómo, un ser tan libre elegía hacer su nidito en un lugar que era, por definición, la negación de la libertad.

Se les permitió ir al médico o al dentista, pero solamente a cinco reclusos por vez, dos veces por semana. Con los trastornos físicos acumulados en más de un año de cautiverio, de torturas y de todo tipo de privaciones, la demanda de atención era muy grande, por lo que ellos mismos debieron hacer una selección con los casos más graves para ser atendidos con prioridad, según el criterio de los presos que eran médicos o estudiantes de medicina, como el Loco Puerta, que estaba a punto de recibirse al momento de ser detenido.

Los casos más comunes eran problemas estomacales, renales, hemorragias internas o problemas de huesos y articulaciones producto de los golpes, infecciones, úlceras, diarreas producidas por comidas muy grasosas y exemas en la piel por la falta de sol y proteínas.

Si se tenía suerte, dependiendo de la gravedad de la enfermedad y del humor del médico, se podía conseguir un régimen de comida especial que consistía en bife con papas o verduras. Además, a los enfermos les daban una vez por semana siete huevos y siete naranjas, pero ellos los compartían con los compañeros de celda.

Luego, apelando a esa inventiva típica de las situaciones límites, empezaron a usar la grasa de las comidas, que ponían en una latita. Por otro lado hacían una trenza hecha de hilachas de ropa que usaban como mecha y así ya tenían una vela casera para alumbrarse. De esta forma podían verse las caras y el encierro no era tan oscuro y tétrico,

ya que la única luz natural era un rayito de sol que entraba por una claraboya en lo alto de la celda.

Los huevos que les daban los hacían duros en los chufos, pero después empezaron a conseguir aceite derritiendo la grasa con la mecha y así empezaron a hacer huevos fritos. Aunque demoraban como media hora para hacer cada huevo, qué importaba, si eran huevos fritos.

Las cáscaras de naranjas se guardaban y secas se podían moler y luego fumar, aunque tenían un sabor dulzón y a veces repugnante.

Luis seguía con su rodilla mal, algunos días muy mal, se le hinchaba, tenía fuertes dolores y la fiebre lo tiraba a la cama. A veces se le ponía como una pelota, el médico le diagnosticó una infección crónica en las articulaciones y le dio antiinflamatorios y antibióticos, pero le dijo que no podía hacerle análisis porque estaba prohibido para los presos políticos, y menos operarlo sin orden expresa de Luciano Benjamín Menéndez. Varias veces le extrajeron líquido de la rodilla, y con eso sentía una leve mejoría, le bajaba la fiebre y podía caminar, aunque era una mejoría pasajera. Como rengueaba casi todo el tiempo empezaron a llamarlo el Rengo, cosa que también le producía un desgaste y estrés mental adicional.

Pero él no era el único que estaba mal. Un día trajeron a un tal Valdez que estaba en las últimas. Era militante peronista y junto a su hermano habían participado del enfrentamiento en "El Castillo" de Villa Cabrera. El hermano había muerto en el tiroteo y él había sido apresado. Luego, a Valdez lo habían llevado a La Perla, donde había sido torturado y en un descuido, se había cortado las venas con un pedazo de vidrio. Pero había sido encontrado a tiempo y salvado. Cuando llegó a la cárcel, estaba muy mal, con las heridas de su intento de suicidio y las marcas de la picana por todo el cuerpo. Ellos lo cuidaron, con el tiempo se repuso y los guardias se lo llevaron.

Más adelante, y por decisión consensuada por todos en la celda, Luis se hizo cargo de palomear y tuvo la suerte de hacer contacto con un preso común que les empezó a pasar tabaco. La decía el Zurdo, y tenía un gran tatuaje de la Virgen del Valle de Catamarca en su espalda. Pronto estableció vía estable y cambiaban ropa por tabaco, revistas y diarios. También empezaron a sacar mensajes para sus familias.

Como este nuevo pabellón estaba en la planta baja, y hacía esquina con el patio de los comunes, todo era más fácil y charlaban bastante con el lenguaje de las manos.

Lo que le quedaba a la esposa del Zurdo como pago por los mensajes que llevaba a las familias de los presos políticos era el equivalente a un sueldo, por lo que el Zurdo fue cada vez más confiable y seguro, pues cuidaba también su quiosquito.

Un día, su familia mandó junto con la respuesta, una foto con Yanina y Guillermo. Estaban grandes, hermosos, y esa noche lloró besando la foto. Luego la encanutó bien, podía perder cualquier otra cosa menos esa foto, y de ahí en más todas las noches la miraba un rato y volaba con su imaginación junto a sus hijos.

Colter era hijo de alemanes y había estudiado ingeniería, por lo que era un tipo bastante meticulado y técnico. De esta manera, "el Alemán" empezó a mejorar los métodos de palomeo y a inventar otros nuevos. Sobre todo se abocó a un nuevo sistema por el cual buscaba mandar la paloma de celda a celda, sin necesidad de que el común saliera al patio. La celda del Zurdo estaba a unos 45 metros de la de ellos, y si lograban unir esa distancia con la paloma en horas de la noche, podrían palomear mucho más tranquilos que en los escasos minutos que tenían durante el día, siempre dependiendo de que no los vieran los guardias.

Durante semanas, estuvieron pensando la mejor manera, mientras Luis y el Alemán jugaban al ajedrez a la noche, cuando los demás ya dormían. El Alemán hacía cálculos y proyectos, mientras medía de nuevo la distancia y las aberturas en la ventanita de la celda. Deshechaba algunos métodos por irrealizables, tomaba una nueva iniciativa. Sus compañeros ya tenían un dicho: "Colter, con la tecnología alemana", imitando un eslógan de la televisión de la época.

Pronto el nuevo plan estuvo listo: había que conseguir más medias de nylon para deshilarlas y luego trenzar los hilos para hacer una cuerda resistente de 50 metros. Luego había que construir una gomera para impulsar la cuerda hasta la celda del Zurdo. Y además, había que ponerle un peso en la media para poder impulsar la paloma, lo cual lo resolverían metiendo jabón molido y luego compactado, como una pelota de media, para que fuera pesado pero que al mismo tiempo no hiciera ruido al caer. Además, la operación se debería hacer entre las 9 de la noche que era la hora de dormir y las 11 que había una ronda de los guardias. O entre las 11 y las 2 de la mañana que había otra ronda. Pero esto también era peligroso porque los horarios de las rondas no se cumplían estrictamente. Si el tiro no era perfecto, y la paloma caía fuera de la celda del Zurdo, pero cerca, él podría engancharla con un alambre.

Así llegó el día "D", en que pondrían en práctica el nuevo método del Alemán. Habían elegido una noche de luna llena para que hubiera luz. A las 9 la guardia tocó el silbato para dormir y entonces comenzó la operación comando. Primero sacaron los elementos de los canutos, organizaron todo, y esperaron la primera ronda, la de las 11 de la noche. Se sintió el ruido característico de la puerta de hierro al ser abierta en el patio, los guardias dieron su ronda y de nuevo el ruido seco de la puerta al cerrarse. Abrieron la ventana y cada uno ocupó su puesto, uno vigilando en la puerta de la entrada del pabellón, los otros desplegando la cuerda de nylon en el suelo en forma de círculos para que no se enredara al ser impulsada, y los demás atentos a las tareas que iban surgiendo, a la espera de que el Zurdo diera la señal desde su ventana. Se divisaban claramente las ventanas de los comunes por la luz de la luna llena sobre el patio oscuro. El Alemán era el encargado de lanzar la cuerda, porque era un flaco espigado, de largos brazos, y podía sacarlos por los barrotes mejor. Finalmente,

el Zurdo dio la señal con un movimiento de manos. Él también tenía compañeros en su pabellón vigilando que ningún guardia se asomara al patio.

El Alemán trepó a la ventana, sacó sus brazos y la pelota de jabón, la impulsó pero no acertó a la distancia justa. Probó 2 o 3 veces, pero o quedaba muy corta, o llegaba pero lejos de la ventana del Zurdo, y cada vez que caía hacía ruido, más del esperado. Además, cada tiro perdido significaba toda una operación para recoger la paloma y volver a poner todo en condiciones para un nuevo lanzamiento. Hasta que al cuarto intento mejoró la puntería y la paloma quedó a pocos metros de la ventana. Allí empezó otra odisea, porque el Zurdo enganchaba la paloma, pero cuando quería atraerla hacia su ventana, ésta se zafaba ante la desesperación de ellos que miraban por la ventana a lo lejos. Hasta que por fin pudo izar la paloma, y la cambió por una bolsa bastante grande llena de cosas que inmediatamente volvió a tirar al patio. El Alemán la atrajo hacia la celda y empezó a recogerla, rogando para que la cuerda resistiera y no se rompiera. Hasta que llegó a la ventana pero como era tan grande, tuvieron que sacar algunas cosas para que pasara por entre los barrotes.

Rápidamente cerraron la ventana y pasaron a las celdas interiores a ver qué había en el botín, la operación se había cumplido con éxito y estaban excitados.

Había mensajes familiares, revistas, tabaco, té, salamines, queso, dulce de leche y de batata, caramelos, chocolates, todas cosas que hacía más de un año que no probaban. Y un papel donde el Zurdo aclaraba las cosas que eran para ellos y algunas que eran para otras celdas.

La distribución luego se hacía envolviendo las cosas en una toalla y lanzándola a la celda de enfrente y desde allí a la otra de enfrente, y así haciendo zigzag.

Esa noche fue una fiesta, las horas de planificación y trabajo habían dado sus frutos. Además se les fortaleció mucho la moral porque habían logrado burlar el sistema carcelario, habían jodido a los guardiacárceles, de esa forma habían logrado comunicarse con el exterior, y por último, también habían hecho algo por las otras celdas.

Las palomeadas a distancias se continuaron dos o tres veces por semanas, preferentemente en los días que los comunes habían tenido sus visitas, para que el Zurdo no tuviera que guardar las cosas mucho tiempo en su celda.

Luis pasó a ser muy popular en el pabellón porque era quien tenía la mejor y más efectiva vía con el pabellón de los comunes para palomear. Además, tanto el Zurdo cuanto Colter afianzaron la puntería y perfeccionaron el sistema.

La excitación que sentía él superaba la del resto de sus compañeros, porque era "su" preso el que les proveía las cosas, era "su" vía, era gracias a él que todos tenían comunicación con sus familias y que

recibían comestibles y diarios. En esa excitación también influía el factor poder.

Cuando terminaban de palomear sentían una relajación sublime que los hacía recordar el momento que sigue a un orgasmo. Había salido bien otra vez, se mezclaba el orgullo con la satisfacción y la tranquilidad de haber sorteado el peligro.

- Sos un genio, no lo pierdas nunca al Zurdo- le decía Horacio.

- Mirá, soy tan bueno en esto que cuando salga de acá me voy a dedicar a organizar y regentear una banda de contrabandistas o narcotraficantes- respondía Luis.

Sin embargo, en una oportunidad, a mediados de noviembre, sucedió que la paloma se atascó en las baldosas del patio cuando la estaban recogiendo, y no hubo forma de destrabarla. Para colmo, al tirar de la cuerda ésta se cortó y la paloma quedó ahí, en medio del patio, ante sus miradas desesperadas.

Esa noche no durmieron del pánico por ser descubiertos, pero ni la ronda de las 2 ni la de las 6 de la mañana vieron la bolsa. Cabía la esperanza de que algún fajinero que saliera a limpiar el patio la encontrara antes que los guardias. Y así fue, cuando a la mañana temprano salieron a limpiar el patio, un fajinero la encontró. Le pidieron por la ventana que se las alcanzara y que le darían algo a cambio, pero el hombre de bigotes y unos 50 años la levantó y sin siquiera mirarlos se la llevó. Ante esa situación, lo único que quedaba era rezar para que se la quedara definitivamente el fajinero y no se la entregara a los guardias, porque si pasaba eso estaban perdidos, ya que dentro había mensajes de las familias que los delatarían con nombres y apellidos. Finalmente, el fajinero se quedó con el preciado tesoro y no los delató.

Otra noche, mientras estaban distribuyendo las cosas, entró un guardia a una hora totalmente inusitada. Con el tiempo justo guardaron las cosas abajo de los colchones y cuando entró el guardia miró por todos lados, olfateó el aire como el ogro del cuento de Pulgarcito, y levantó el único colchón que no tenía nada abajo. Más allá del alivio de la situación, nunca supieron si el guardia sabía y se hizo el tonto, o si fue una mera casualidad. Por lo pronto, resolvieron que mientras estuviera ese guardia no palomearían y también que repartirían las cosas a las otras celdas ya no de noche en zig zag sino de mañana y a través de los fajineros.

Para octubre, la vida carcelaria se había ablandado un poquito más todavía, ya tenían en vez de media hora una hora de patio por semana y en vez de media hora dos horas de pasillo por día, una hora a la mañana y una hora a la tarde. Se podía caminar y conversar con los presos de las otras celdas, estirarse. En una palabra, podían moverse un poco más y no había tantos problemas de entumecimientos, tanto de piernas como de cerebros.

Afuera también habían cambiado las cosas, y ya no sólo se encarcelaba a los de las organizaciones armadas, sino cada vez más a

los miembros de partidos de izquierda, por violar los decretos de los dictadores que prohibían las actividades políticas. Un día, llegaron 15 juntos, eran del Partido Marxista Leninista Chino. Otro día llegaron varios de Vanguardia Comunista, y así cada vez más seguido. En definitiva, cada vez más marxistas y menos peronistas.

Esto hizo que el pabellón se politizara aún más, y combinado con la flexibilización del régimen de cautiverio, se organizaron charlas políticas y reuniones de delegados de celda para tratar los distintos problemas del pabellón, como la distribución de los artículos de limpieza y material de lectura, entre otras cosas. Hasta se veía una incipiente organización, un compañerismo y una rebeldía desconocida hasta ahí, sobre todo en casos de castigos arbitrarios como el aislamiento de alguno sin poder salir al patio o al baño.

El 21 de noviembre de 1977 fue un día especial, una bisagra en la detención. Ese día, a las 7 de la mañana, mientras algunos se lavaban y otros todavía dormían, la vieja cárcel de Barrio San Martín, con casi 100 años sobre su esqueleto, empezó a crujir y a moverse como una artesanía hecha de fósforos de madera. La desesperación fue generalizada, y todos gritaban que les abrieran las celdas por miedo a morir ahí aplastados. En un principio no se sabía qué era, y lo primero que pensó todo el mundo en aquel pequeño y oscuro mundo fue que se trataba de una bomba. Pero después, por la falta de una detonación y las oscilaciones que seguían, empezaron a entender que se trataba de un temblor. Un terremoto había arrasado con la pequeña ciudad de Caucete, en las afueras de San Juan, y se sintió en casi todo el país, sembrando el pánico en la mayoría de las ciudades, donde la gente salía como estaba a la calle.

Los presos políticos vieron también cómo el patio de la cárcel se iba llenando de guardiacárceles y presos comunes, unidos por el espanto, mientras ellos seguían gritando inútilmente que les abrieran las celdas.

Al rato, vino una réplica del terremoto, y el edificio se movió como un barco, porque fue menos violento pero más oscilante y largo. La desesperación fue aumentando, ante el terror de morir ahí sepultados en su cautiverio. ¿Aguantarían los viejos muros y techos de la cárcel? A alguno se le ocurrió contar que en diciembre de 1972, durante el terremoto que arrasó con Nicaragua, muchos presos murieron bajo los escombros de la vieja cárcel somocista de Managua.

Recién al mediodía, y cuando todo estuvo más calmo, el director de la cárcel autorizó a abrirles las puertas a los presos políticos, pero solamente podrían salir si había nuevas réplicas. Esa noche hubo otro sacudón y a la madrugada uno más. Recién ahí salieron al patio y como por arte de magia, el pánico dejó paso a la fascinación. Ya no importaban más los temblores, estaban allí tirados boca arriba en el patio mirando las estrellas y la Luna, sintiendo el fresco de una noche de noviembre, al aire libre, era la gloria. Cualquiera hubiera podido distinguir fácilmente por la cara a los presos comunes de los políticos. Unos aterrados y otros extasiados.

Comenzaba a terminarse el 1977, un año que había pasado plagado de rumores de visitas y libertades. Luego de la visita de Navidad de 1976, se corrieron rumores de que habría nuevas visitas para Año Nuevo, luego para Semana Santa, el 25 de Mayo, el 9 de Julio, el día del padre, el de la madre, y así, pero nunca se concretaban. Ahora, se acercaban nuevamente las fiestas y volvían los rumores de que habría visitas. Lo mismo sucedía con las libertades, tantas veces anunciadas en voz baja, y tantas veces postergadas también.

Pero más allá de las frustraciones repetidas, ellos se aferraban nuevamente a la ilusión de que en esas fiestas de fin de año hubiera visitas y por esos días aumentó la producción de medallitas y adornos hechos con pedazos de cerámicos del suelo, o de huesos que sobraban de algún pedazo de carne. Los trabajaban con algún clavo o alambre y eran sus regalos de Navidad para sus familias.

Una de esas tardes, en medio del trabajo artesanal y la rutina diaria, con el clásico sopor de diciembre, llegaron los guardias y les anunciaron que se prepararan para un traslado. Otra vez la incertidumbre, ¿adónde sería?, ¿sería para mejor? Finalmente fue a otro pabellón dentro de la misma cárcel, al pabellón 11 que estaba recién arreglado y pintado. Y ahí iba él junto a sus compañeros acarreando colchón, colchas, pertenencias y tarros-excusados.

Si bien este pabellón estaba mucho mejor que el otro, no dejaba de ser un traslado traumático, como todos, porque otra vez era como empezar de cero. Es que después de un tiempo, ya se conocían cada recoveco de la celda, dónde encanutar las cosas y cómo moverse en ese pequeño mundo. Ahora, había que inspeccionar y conocer el nuevo hábitat.

Sin embargo, objetivamente el cambio era para mejor. Las celdas nuevas eran grandes y no tenían puerta así que podían salir al pasillo todo el día, y las ventanas no estaban tapiadas, por lo que entraba luz y aire. Esto los hizo darse cuenta de que en los últimos meses habían estado encerrados en una verdadera tumba.

Estas celdas tampoco estaban divididas en pequeñas celdas sino que el espacio era único y amplio, incluso la pared que dividía a las distintas celdas no llegaba al techo, por lo que había comunicación entre ellas. Lo único malo -aunque mínimo comparado con las ventajas- era que cuando llovía se mojaban porque no había vidrio en las ventanas, pero lo solucionaban colgando una colcha.

También había nuevos integrantes en su celda. Además de Luis, estaban el Mono, Horacio, Oscar, la Pantera, Ludueña y Colter. Llegó Carlos Virga, que había caído porque alguien le había robado su pasaporte para salir del país. Al caer quien estaba usando el pasaporte -supuestamente el esposo de la mujer que lo robó-, también agarraron a Virga. Y también llegó a la celda el Loco Puerta, aquel grandote con quien se había peleado en el otro pabellón. Después de aquel episodio, habían hecho las paces, pero de todas maneras ahora era distinto porque tendrían que convivir las 24 horas

en la misma celda. Había que ver si no aflorarían de nuevo los viejos resentimientos.

El Loco Puerta era calentón, temperamental, y al mismo tiempo se había vuelto cada vez más huraño y reservado, por eso le decían el Loco, pero en el fondo era buen tipo. Había sido militante del Partido Obrero, pero ya antes del golpe se había alejado. Sin embargo, lo agarraron acusándolo de pertenecer a la rama armada del trotskismo. Luego del copamiento de un camión militar en la ruta 9, en setiembre de 1976 había caído la compañera del Loco, que terminó desaparecida, y cuando él se estaba mudando de casa, lo detuvieron. Le encontraron mucha bibliografía de Carlos Marx y León Trotski y lo llevaron a La Perla, pero tuvo suerte porque increíblemente no lo torturaron.

Había situaciones raras como esa, porque no existía un criterio único en cuanto a las torturas y detenciones. Algunos eran pasados a disposición del área militar 311, y los considerados más peligrosos a disposición del PEN, como Luis. Otros tenían causas federales, pero muy pocos habían podido declarar ante un juez o tener abogados. También había casos pasaban de los tribunales federales a los militares para hacerles consejos de guerra, y otros al revés. Eso contando a los que estaban legalizados, porque muchísimos estaban detenidos totalmente fuera de la ley, la mayoría de los cuales pasó a formar parte de la lista de 30 mil desaparecidos.

Todo era muy complicado, confuso y oscuro, y muy pocos sabían a ciencia cierta cuál era su situación. Incluso se dieron muchos casos de gente que era dejada en libertad y luego desaparecía. Por eso muchos se negaban a salir de la cárcel si no era acompañados por la Cruz Roja u otra organización internacional hasta poder refugiarse en el extranjero.

Otro que llegó a su celda fue el Húngaro Zómbori, un caso muy especial. Era hijo de un alemán y una húngara y había nacido en Rumania. Durante la Segunda Guerra Mundial, había estado enrolado en las Juventudes Hitlerianas y como estaba entre los más jóvenes, era encargado de salir a cazar aviones aliados cuando sus aviones eran alcanzados por el fuego nazi y se eyectaban en paracaídas.

Luego de la guerra se había venido con sus padres a la Argentina y en el '55 había participado de los comandos civiles que ayudaron a los militares a derrocar a Perón. Pero después, en los '60 se había hecho peronista y para completar el extraño periplo ideológico, había entrado a principios de los '70 a Montoneros, llegando a ser oficial de esa organización armada cuando cayó preso.

Luego de la toma del Castillo de Villa Cabrera, César Córdoba logró huir malherido y se refugió con su compañera Teresita Piazza en la casa del Húngaro en Alto Alberdi. Como en ese momento la organización no tenía médicos, ni hospitales ambulantes, y ni siquiera materiales quirúrgicos, no pudieron sacarle la bala y Córdoba terminó muriendo luego de varios días de agonía.

Con la policía y los militares tras sus pasos y controlando todas las calles, no podían sacar el cadáver para enterrarlo porque si lo encontraban la Policía o el Ejército iban a identificarlo y comenzarían a allanar las casas de los familiares y amigos.

Por lo tanto, el Húngaro y Teresita decidieron darle sepultura en la propia casa. Él mismo hizo una fosa y luego una loza en el fondo, al lado de la pileta.

El Húngaro, como oficial de Montoneros, decidió que la chica saliera del país, pero ella se negó rotundamente y no hubo forma de convencerla. Según Teresita, después de lo de su compañero, más que nunca quería seguir en la Argentina luchando contra la dictadura. Pero luego de un tiempo, a partir de la traición de un doble agente que colaboraba con los militares cayó presa ella, junto al Húngaro y su esposa.

“Caí por haberle dado cristiana sepultura a un compañero”, decía el Húngaro con cinismo sobre su propia tragedia.

Era realmente un cuadro político y militar, muy disciplinado y chocaba frecuentemente con la Pantera, que seguía con sus distracciones y errores, y ponía a todos los de la celda en peligro. Un día, los guardias los sacaron a todos con los cubiertos y platos porque iban a desinfectar el pabellón. Los llevaron toda una tarde al patio y Luis aprovechó para recibir provisiones de los presos comunes. Esa vez le tiraron tabaco, revistas, diarios y comestibles, que él repartió inmediatamente entre sus compañeros de celda, para que fuera más fácil disimular las cosas entre la ropa. A la Pantera le tocó entrar el tabaco.

- Encanutalo bien, por favor.

- Sí, sí muchachos, no se hagan problemas.

Cuando subieron de vuelta al pabellón, la mayoría llevaba el canuto escondido en los testículos, el lugar más seguro de no ser revisado. Pero la Pantera, por cancherear, lo metió en un tarro que llevaba en la mano, cubierto por el plato. Era más fácil encontrarlo que no encontrarlo, y el guardia que estaba en la puerta del pabellón, hasta casi sin convicción miró adentro del tarro y no le quedó más remedio que quitarle el tabaco. De esa manera tonta, se quedaron todos sin poder fumar. Por ahí parecía que la Pantera hacía estas cosas a propósito...

Otro día, estaba trepado a la ventana de la celda, y miraba por ahí a ver si encontraba un preso común para palomear. En eso, apareció a 50 metros un guardiacárcel vestido de civil, y la Pantera, que además de distraído era corto de vista, lo confundió con un común. En eso, Virga se trepó también a la ventana y se dio cuenta en el acto de que se trataba de un guardia.

- Bajate, que ese es un cobani de civil.

- No es un cobani, es un común, no te das cuenta.

- Te digo que te bajes, que nos vas a cagar a todos.

Pero no había caso, la Pantera no quería aceptar la realidad, se empecinaba en ver a un común y le habló.

- Che, ¿no tenés tabaco?

- Sí, esperá que voy a buscar- le dijo el guardia.

A los cinco minutos aparecieron dos guardias del pabellón y se llevaron a la Pantera a las patadas, a una celda de castigo.

Después de cumplir los días de encierro en la celda de castigo, tuvo que salir de fajina un día. Como de costumbre, a las 7 de la mañana vinieron del rancho con una olla enorme de mate cocido, para repartir entre los internos. La olla era bastante pesada pero la Pantera se empeñó en cargarla solo, sin la ayuda del otro fajinero, y empezó a repartir el mate cocido. En la primera celda le fue bien, pero en la segunda, tropezó y se quemó las manos, lo que hizo que soltara la olla, desparramando el mate que empezó a correr como un río verde hirviendo por el pabellón.

De tantos rumores no confirmados y desilusiones repetidas, ya nadie hablaba de posibles visitas para esas fiestas, pero tres días antes de la Navidad del '77, les anunciaron que tendrían visitas, como el año anterior. Qué alegría, ¡poder ver a la familia después de un año!

Andaba un poco mejor de la pierna, pero justo unos días antes, se había trepado a una ventana y había caído mal, por lo que la rodilla se le inflamó de nuevo, le dio fiebre y no podía caminar. Entonces, el Loco Puerta pidió a la guardia que lo llevaran a un médico, y le dieron de nuevo antibióticos y antiinflamatorios.

El 23 a la noche, casi no pudo dormir, se despertaba a cada rato, sobreexcitado como la mayoría de sus compañeros. Su mayor preocupación era que su familia no lo viera en ese estado.

El 24 después de almorzar se afeitaron, se bañaron y se pusieron sus mejores ropas. Y a esperar como una niña de 15 años cuando su galancito está por pasarla a buscar para la primera cita. Miraban el reloj, conversaban de temas triviales, tampoco demostraban mucho frente a los demás, y encima, se sumaba la angustia de pensar que tal vez no vendrían, que por algún motivo justo los suyos no vendrían.

A partir de las 4 de la tarde, empezaron a bajar en grupos de cinco a medida que los guardias iban nombrándolos. Esta vez, él tuvo la suerte de bajar entre los primeros grupos, para tener más tiempo con su familia, por lo que su visita duró casi una hora. Era una sala enorme y se había llenado tanto que el murmullo era ensordecedor. Ellos ya se habían desacostumbrado a ver tanta gente junta.

Con él estaban su mujer, sus dos hijos y su hermana. Guillermo, de 11 meses, lloraba cuando él lo tomaba en brazos. A su falta de práctica con los bebés se sumaba que el niño no lo reconocía. En cambio Yanina no paraba de preguntarle cosas sobre la cárcel. Estaba en la edad de las preguntas y era inevitable.

Le contaron que los mensajes a través del Zurdo llegaban bien, y que en el Tercer Cuerpo repetían la misma cantinela que desde el principio en cuanto a su situación legal: que había que esperar y que les harían un consejo de guerra.

La hora pasó volando y el silbato marcó la vuelta al horno. Los besos y los llantos de despedida y de nuevo esa sensación de angustia, de desamparo, de desolación, de pájaro sin luz. Sobre todo cuando vio irse a los niños, sintió como que se iban pedazos de su cuerpo, y volvió como un zombi a su pabellón. En realidad era un ejército de zombies volviendo, subiendo las escaleras, atravesando pasillos, sin hablar, como flotando, entre contentos y angustiados.

Esta vez, los familiares habían traído comida para la cena de Navidad, pero no fue permitido entregarla. De la misma manera, cuando los familiares se marcharon, fueron revisados de una manera ultrajante por los guardias que les quitaron los adornitos y las medallas de cerámica y huesos que con tanto amor y dedicación ellos habían hecho. Incluso, si los regalitos los llevaban los niños, también se los quitaban, a pesar del llanterío.

Cuando Luis llegó a su celda, se sentó en un rincón y empezó a pensar cómo defenderse de la angustia. En ese momento se puso un escudo que lo protegiera de la realidad, para evitar el sufrimiento. Estaba cansado de sufrir y de a poco, en 14 meses de reclusión, se había vuelto más insensible, casi como una mutación natural en pos de la supervivencia. Ya se había acostumbrado a no pensar tanto en su familia, no pensar qué harían en ese momento, si estarían bien o mal, con frío o con calor, solos o con alguien. No sabía cuánto tiempo más estaría encerrado y no podía hacer nada, así que era mejor no pensar en ellos.

Había logrado ese punto luego de muchos meses de esfuerzo y, de golpe, cuando los tuvo ahí en frente, se le desvaneció toda aquella estrategia de distanciamiento. Estaban ahí, los podía besar, tocar, podía contarles y preguntarles cosas. Sin embargo, ya nada era igual, y la relación con ellos tampoco, eran como extraños que se querían mucho, pero ya no una familia. El bebé que lloraba cuando él lo alzaba, la nena que le preguntaba cosas de la cárcel, y lo peor de todo, aquella terrible y única percepción de que su pareja no era ya su pareja. El no haberse dado un beso en la boca era lo de menos comparado con lo que entendía mirándole los ojos a su esposa. Sentía que algo se había cortado, que lo único que tenían en común eran recuerdos y, por supuesto, los chicos. Comprendió en un segundo que con ella tenía un pasado pero no un presente, y menos podía pensar en un futuro porque él en realidad no tenía un futuro por construir.

## CAPITULO 9

### La fiesta del fútbol

Llamaba la atención por qué, si en algunas cosas el régimen carcelario se había flexibilizado, en otras seguían las normas intransigentes, como no poder recibir comida de sus familiares en aquella Navidad. Pero había una explicación: los militares además de genocidas, eran corruptos, muy corruptos, más que cualquier típico político de la década del '90. La cosa fue que para esa noche pusieron de nuevo los colchones en el pasillo como el año anterior, pero al no haber podido recibir comida de afuera, tuvieron que aceptar la cena que organizó la Dirección de la cárcel a través de la cantina de los presos comunes. Esa cena, luego fue cobrada a los familiares de cada preso político a precio de restaurant cinco tenedores.

Pero la cena en sí no fue de cinco tenedores: galletas, Coca Cola, frutas, pan dulce y chocolate. Los cigarrillos fueron divididos en dos partes, una se fumó esa noche y la otra se encanutó, previendo lo que podría pasar más adelante.

Esa noche fue otra vez una "Nochebuena", como la del año anterior, porque habían visto a sus familias después de un año. Estaban contentos, cantaron y bailaron en el pasillo del pabellón. Organizaron números teatrales y se disfrazaron con sábanas. Hicieron desfiles de moda y así siguieron hasta que los cohetes y los fuegos artificiales anunciaron la medianoche y las copas de gaseosa se alzaron para brindar por los compañeros de las demás cárceles y por aquellos que habían caído en la lucha por un mundo mejor.

Después de eso, se retiraron a sus celdas, algunos a dormir y la mayoría a charlar. Había sido un día pleno de emociones fuertes, sobre todo hablaban entre ellos de las noticias recibidas sobre la causa de cada uno y ese se transformó en el tema dominante de los días subsiguientes.

El 31 se repitió lo mismo, pero sin visita, aunque con el antecedente del año anterior, ya nadie se hacía ilusiones de tenerlas. Se repitió la cena de la cantina a precio de oro, los mismo números de teatro, cantos y bailes, aunque el ánimo ya no era lo mismo.

A las 12 en punto se trepó a la ventana al fondo del pabellón a ver los cohetes y bengalas, asomaba el año 1978 y él pedía que fuera el año de la libertad.

Las fiesta pasaron y con la llegada de enero todo volvió más o menos a la normalidad, se empezó a palomaer de nuevo tabaco a medida que el que habían encanutado se iba acabando. Y también volvieron las requisas, igual que antes en busca de las mismas cosas prohibidas.

Nada había cambiado, salvo que un día, el 25 de enero, Talleres jugaba la final del Torneo Nacional con Independiente de Avellaneda. El primer partido en Buenos Aires había terminado empatado 1 a 1 y ahora el segundo en Barrio Jardín estaba servido para que por primera vez un equipo del interior del país fuera campeón. Todo era euforia en

Córdoba y hasta algunos hinchas de Belgrano estaban contagiados de esa euforia. En el pabellón hicieron causa común y le pidieron al director de la cárcel que los dejara escuchar el partido. Increíblemente, el director ordenó que un común les cediera una radiecito. Esa fue una señal extraña que algunos asociaron con el impresionante clima de júbilo que se vivía en todo Córdoba, y también dentro de la cárcel.

Los que conocen los entretelones de aquella historia no dudan de que el árbitro Roberto Barreiro estaba comprado. El gol de Ángel Boccanelli con la mano y la expulsión de 3 jugadores de Independiente abonan las sospechas. En definitiva, Talleres tenía que ganar ese partido, y no solamente porque era del interior, sino porque ese triunfo representaría el triunfo de Luciano Benjamín Menéndez, que por esos tiempos libraba una interna política con el mismísimo dictador Jorge Videla, a quien quería suceder.

25 años más tarde, en un reportaje aparecido en *La Voz del Interior* el 20 de enero de 2003, el entonces presidente Amadeo Nucetelli admitió: "En el Tercer Cuerpo respaldaban a Talleres. Ellos veían con buenos ojos y les convenía que Talleres equiparara el poderío deportivo porteño". Es decir, la interna militar entre Córdoba y Buenos Aires tenía su correlato en el fútbol. O mejor dicho: el fútbol, como siempre, era utilizado políticamente por los gobiernos totalitarios.

De hecho, aquella noche en Barrio Jardín estuvieron en el palco de autoridades el mismísimo Cachorro Menéndez; su segundo, el general Jorge Maradona; el gobernador de la provincia, general Carlos Chasseing; el intendente de Córdoba, coronel Romanutti; y el jefe de la guarnición aérea, brigadier Romero. "Aunque siempre iban a la cancha, aquella noche el palco albiazul parecía el de un 9 de Julio por tantos militares a la vista", recordó Nucetelli.

El polifacético abogado y periodista Carlos Hairabedian, que por esa época compartía el cautiverio con Luis, recordó años más tarde en una entrevista hecha especialmente para este libro: "A pesar del aislamiento y la soledad, intuimos que Talleres era el candidato militar por la sólida relación entre la dirigencia del club y el Tercer Cuerpo".

En una columna de *La Voz del Interior* de 2002, Hairabedian también admitió: "Yo, un confeso racinguista, sentí náuseas de la traición, aunque la necesidad justificó la transitoria deslealtad. Con mucha dignidad, Independiente aniquiló la pretensión cívico-militar. Como racinguista pido perdón: sin embargo, Bochini y Bertoni forman parte de mi legión de héroes, porque gestaron con su resistencia una lección inolvidable".

Es que después del gol con la mano a los 30 minutos del segundo tiempo, y con el partido 2 a 1 para Talleres, Independiente se quedó con ocho jugadores. Algunos amagaron con irse por el robo que era la actuación del árbitro, pero el técnico José Pastoriza los obligó a volver y jugar los 15 minutos que faltaban. "¿Ustedes no saben qué camiseta tienen puesta? Ahora mismo vuelven y juegan los minutos que faltan como verdaderos hombres", fue la orden de Pastoriza a los referentes del equipo. Era más por honor que por otra cosa, porque Talleres ya

era casi campeón. Pero allí acaeció lo sobrenatural. Faltando cinco minutos, Biondi y Bertoni hicieron una pared fenomenal en medio de una maraña de camisetas albiazules, y el centro fue peinado para atrás por Bochini, pasándole la pelota por encima al arquero Ghibaud. Era el 2 a 2 y por aquello de que ante igualdad de puntos los goles de visitante valían dobles, Independiente fue el campeón de aquel Nacional.

Fue la primera vez que el fútbol dividió a la cárcel: algunos contentos, los más politizados; otros tristes, los más futbolizados.

Pedro no dejaba de gritar con toda la pimienta del doble sentido: "Los rojos le ganaron a los milicos, los rojos les ganaron a los milicos". Mientras, el Chino se quejaba al borde de las lágrimas: "Encima de este encierro, la condena de ser hincha de Talleres".

Pero más allá del fútbol y del resultado, había sido una muestra más de distensión, y si les habían permitido escuchar el partido en la radiecito todos sentados en el pasillo del pabellón, seguramente también podrían escuchar los partidos del mundial, que se jugaría en junio y en la Argentina.

Remodelaron el pabellón 9 y cuando los volvieron a trasladar, con los colchones y las mantas a cuestras, se dieron con que habían vuelto a tapiar las ventanas, lo que les produjo una gran depresión por volver a esos nichos.

En la pelea por agarrarse la mejor celda ellos llegaron tarde y tuvieron que ocupar la segunda del lado derecho, desde donde podrían de todas maneras volver a palomear con el Zurdo.

A los pocos días llegaron nuevos detenidos provenientes de Campo de la Rivera y de La Perla, en su mayoría militantes del Partido Socialista de los Trabajadores y del Partido Comunista. Dos de ellos, Levi y el Colo, fueron a parar a la celda de Luis, junto a Horacio, Oscar, el Mono, la Pantera, el Húngaro Zómbori, Virga y el Loco Puerta.

La celda estaba recién pintada y les habían puesto unas camas con elástico tipo cuchetas. Ahora también tenían luz eléctrica y todo esto le daba otra dimensión a la reclusión. Lo único malo eran las ventanas tapiadas, pero ellos aflojaron los clavos de las chapas y se la arreglaron para abrirlas unos centímetros y por ahí sacar las manos para palomear.

La celda se organizó de nuevo con los viejos y nuevos integrantes, y en esa tarea fue importante el Loco Puerta. Las charlas y discusiones políticas se prolongaban hasta altas horas de la madrugada, y a veces se armaban interesantes debates entre los peronistas, los comunistas y los trostkistas. Pero dentro de todo se logró una armonía basada en el respeto mutuo y todo comenzó a funcionar con una tarea y una responsabilidad para cada uno. Todo eso, la pintura nueva, la luz, las camas, pero sobre todo los nuevos compañeros de celda con más experiencia que ellos, les levantó la moral.

Ante la inminencia del mundial de fútbol y la llegada de periodistas extranjeros, la represión dentro de las cárceles parecía amainar. El

régimen de reclusión no era tan duro como en los primeros meses después del golpe. Se notó una mejora de las comidas, y ahora podían salir más al pasillo y al patio.

Todo esto permitió que el pabellón se organizara políticamente. Cada partido tenía sus reuniones en las horas en que se podía salir al pasillo. Algunos empezaron a hacer algo de gimnasia y también se eligió delegados de celda, que se reunían una vez por semana para debatir sobre las comidas y los mensajes que se sacaban de la cárcel.

Se sacó un mensaje para el arzobispo de Córdoba, Raúl Francisco Primatesta, que sería entregado por un familiar, denunciando la situación, aunque por supuesto no hubo ninguna reacción por parte de monseñor.

También se hizo un fondo común de diarios, revistas y libros para hacerlas rotar de celda en celda, y un fondo de artículos de limpieza y demás cosas que se socializó totalmente. Las autoridades de la cárcel, en tanto, permitieron que los familiares dejaran leche en polvo para los enfermos.

Las palomeadas con el Zurdo continuaban, pero ahora más esporádicas ya que en el pabellón de los comunes había delatores y todos estaban muy marcados. Además estaban a una distancia mayor, y aunque se tenía mejor visión de ángulo, era más difícil para Luis que ahora se encargaba de la parte técnica ya que Colter se había cambiado de celda.

En el pasillo se empezaron a dictar cursos dados por los propios presos, de historia argentina, de historia política, de economía marxista, de matemáticas y de idiomas. Miguel, un preso que era ex-seminarista organizó el rezo del Rosario, o sea que las opciones eran variadas y todo eso redundó en mejorar la calidad de vida dentro del pabellón.

Un día llegó al pabellón el capellán del Tercer Cuerpo del Ejército, Eduardo Mc Kinnon, quien anteriormente había estado en Tucumán, dando apoyo y acompañamiento espiritual a las Fuerzas Armadas en la lucha contra la guerrilla. Dijo que iba para "salvar las almas de las ovejas descarriadas", y dio misa en el pasillo. Podían confesarse y muchos aprovecharon para pedirle que intercediera por ellos para levantar la incomunicación. La respuesta, en todos los casos era la misma: "No puedo hacer nada porque eso depende del Tercer Cuerpo, pero quédense tranquilos que el general Menéndez es un caballero y en cuanto lo considere prudente, lo va a hacer". Otros se animaron a contarle como habían sido torturados y el cura se ofendió, dijo que estaban mintiendo y que lo que deberían hacer era arrepentirse de sus pecados de subversivos. "Ya van a ver", bramó al irse. Sacando esos episodios, todo siguió relativamente tranquilo, con algunas requisas de vez en cuando. Además, ellos se habían hecho expertos en encanutar las cosas. Cosían como eximios colchoneros y habían inventado un nuevo canuto metiendo todo en una bolsa de plástico que la ponían en un tarro de cinco litros con doble fondo y que llenaban de agua antes de una requisa, simulando ser uno de los tarros de orina.

Ese clima de tranquilidad de inicios de 1978 contrastaba con los horrores que seguían teniendo lugar en La Perla, y con lo que había ocurrido en la misma cárcel de San Martín poco tiempo antes, principalmente durante los años '75 y '76. En total, hay 31 juicios sustanciándose por la muerte de presos políticos en esa cárcel, entre ellos el de Francisco Bauducco, un militante de la JP.

Una fría mañana de principios de julio de 1976, los militares sacaron a todos los presos de los pabellones para hacer una requisa de las celdas y los llevaron desnudos arrastrándose cuerpo a tierra hasta el patio. Allí los hicieron formarse en fila contra la pared, controlados por oficiales, suboficiales y conscriptos, y una ametralladora Mac apostada en una esquina. De pronto, un estruendo rompió el silencio sepulcral e inmediatamente se empezó a correr la voz entre preso y preso: "Mataron a un compañero a sangre fría". Era Bauducco, asesinado a quemarropa por el capitán del Ejército Enrique Monez Ruiz, según el dossier de represores de HIJOS, Regional Córdoba. El mismo Monez Ruiz sería responsable de las muertes de Hugo Vaca Narvaja y José René Murkazel. Hugo Vaca Narvaja preveía que lo iban a matar, por lo que casualmente pidió ayuda al sacerdote Mc Kinnon, pero el cura no hizo nada, lo que lo convertiría en cómplice de esa muerte por omisión, al menos desde el punto de vista cristiano.

Héctor Morcillo, dirigente sindical de la alimentación y ex diputado justicialista, vivió la etapa más dura de la cárcel de San Martín. "A veces mataban a alguien y no se sabía por qué era", contó. "El día en que mataron a Bauducco –continuó–, al rato de haber sentido el disparo, se paró detrás de mí un militar que me preguntó si yo era el Moncho. Respondí que sí con un hilo de voz, convencido de que yo sería el próximo asesinado. Tiritaba como una hoja, por la mezcla del frío y el pánico".

Cuando Morcillo volvió a su celda, entró un militar que era pariente lejano suyo. Ante el primer asombro, le preguntó cómo estaba. Le dijo que no se preocupara y le tiró una etiqueta de Jockey. "Había algunos, como este militar que yo apenas conocía, que se jugaban la vida con gestos así. Hace unos años lo volví a ver en un casamiento, cuando lo saludé, le dí una etiqueta de Jockey y se largó a llorar", recordó Morcillo.

Pero dos años más tarde de esa época de terror, el régimen carcelario parecía más moderado. Para el segundo aniversario del golpe militar, todo parecía bastante tranquilo. Durante el día, la fecha pasó desapercibida, pero a la noche ocurrió lo inesperado. Como siempre, después del pito de las nueve, se juntaron en una de las piezas en que se dividía la celda a charlar, fumar o comentar alguna noticia. Pero de pronto, se abrió la puerta del pabellón y se escuchó muchas botas taconear fuerte en el piso del pasillo.

"¡Nadie hable, nadie se mueva!". Inmediatamente encanutaron todo como pudieron y vieron entrar a unos 40 militares, siendo que por lo menos desde hacía un año que no veían militares. Seguramente tenía

relación con la efemérides, pero... ¿se llevarían a algunos de ellos, volverían los tiempos de las torturas y los fusilamientos?

Los militares llegaron hasta el fondo del pabellón y abrieron la primera celda. A los gritos y a los golpes, sacaron a los internos de esa celda y los hicieron correr de punta a punta del pabellón, haciéndolos caer y bajo una lluvia de patadas y trompadas. Algunos incluso tenían palos con los que les daban en las articulaciones y en la cabeza. También los obligaban a arrastrarse por el suelo y a gritar "Viva el general Menéndez" y "Viva el general Videla".

Después de unos tres o cuatro minutos de castigar durísimamente a los presos (era una proporción de 40 militares para 8 presos) los hacían volver a la celda y pasaban a la siguiente. Lo peor era escuchar los alaridos de dolor de sus compañeros y pensar: "Enseguida nos toca a nosotros". A Luis le empezó a temblar todo el cuerpo, de la cabeza a los pies, y transpiraba frío.

Hasta que les tocó a ellos.

- Afuera todos, alinearse contra la pared.

Él salió después de Horacio y Oscar, y sintió una andanada de golpes que le daba la bienvenida de retorno al infierno.

Mientras estaba contra la pared, uno de los militares, uno que parecía tener ascendencia ante los demás le agarró la cara y le golpeó la cabeza contra la pared.

- ¿Qué mirás vos, hijo de puta?

Le pegaron con palos en la espalda y en las costillas, se cayó y siguieron pegándole patadas en el suelo.

- Parate hijo de puta.

Tuvo que reincorporarse como pudo y ponerse de nuevo contra la pared, manos arriba, cabeza gacha y piernas separadas.

- Hijo de puta, ¿a cuántos mataste vos? Contestá mierda.

- Yo no maté a nadie.

- Ah no, ¿y por qué estás acá entonces?

- No sé.

- ¡Cómo que no sabés! A ver... gritá viva Menéndez.

Y a correr por el pasillo, tirarse al suelo, recibir los palazos y las patadas en todo el cuerpo. Hasta que dijeron: "A la celda mierda", y siguieron con la del lado.

Cuando empezó a mirar a sus compañeros, estaban todos reventados, ensangrentados, con heridas por todos lados.

Cuando por fin terminó la sesión de tortura colectiva, los milicos se fueron deseándoles a todos un "feliz cumpleaños".

Ya eran como las 12 de la noche, y empezaron a comunicarse entre las distintas celdas para ver cómo estaban los demás. Todos estaban igual, pero había viejos con costillas rotas y sangre por todos lados. Había un ex diputado peronista que tenía un entretejido. Se lo habían arrancado a tirones, por lo que le sangraba toda la cabeza. Sin embargo, esa noche no entró más nadie y no pudieron ni siquiera lavarse las heridas.

Ellos empezaron a revisar la celda y se dieron cuenta que estaba todo destruido, pero los militares no habían encontrado el canuto, por lo que sacaron el tabaco y armaron un cigarrillo para fumar. Cuando se empezó a enfriar el cuerpo, los dolores arreciaron y esa noche no pudieron dormir. Después de un largo tiempo, habían retrocedido de nuevo a los primeros meses de detención.

A la mañana siguiente, pidieron a los guardiacárceles ir a la enfermería. Los empezaron a llevar en grupitos pero en definitiva tuvieron que ir todos, porque estaban con hemorragias internas o externas, amorotonados e hinchados.

A él le pusieron un vendaje en el tórax por las costillas rotas y estuvo así casi un mes. Desde esa noche, todas las noches se sobresaltaban ante cualquier ruido y pensaban: "Ahí vienen de nuevo". Pero los militares no volvieron a entrar. Sin embargo, ya se había perdido esa ebullición de participación que había antes de ese 24 de marzo, ya no se organizaron más los grupos de estudio ni las reuniones políticas. Habían quedado atemorizados y nadie quería comprometerse.

A comienzo del mes de abril, un helicóptero verde sobrevolaba la cárcel, sin duda del Ejército y daba vueltas y vueltas. Algo pasaba, se lo oía en el aire y ellos con el recuerdo fresco de la última paliza. Al rato, por la puerta del pabellón entraron 25 presos custodiados por militares que fueron a parar a las celdas del fondo. Los traían de otras cárceles del país y eran cuadros importantes de las organizaciones armadas. Uno de ellos había sido apresado en el medio del monte, en Tucumán, antes del golpe. Al detenerlo, los milicos le habían arrancado todos los dientes a martillazos y le habían cortado el lóbulo de la oreja derecha con una bayoneta. También estaba Mario Debenedetti, de la dirección del ERP, conocido porque había participado a principios de los '70 del secuestro de Oberman Salustro, un ejecutivo italiano de la Fiat. Estuvo unos días en la celda con ellos y en esos días les contaba historias de militancia. Les contó también que ahora estaba militando en el Partido Comunista. Después de unos meses se enteraron que lo habían matado en Tucumán, según la versión oficial en un "intento de fuga".

A los días de haber llegado al pabellón los "pesados", se enteraron que se preparaba una visita de la Junta Militar en pleno a la ciudad de La Falda, en el Valle de Punilla. El motivo era supervisar unos ejercicios militares.

Un día, los guardiacárceles llevaron a los "pesados" abajo y los dejaron con los militares que les informaron que habían sido llevados ahí en calidad de rehenes. Ellos, y también los otros presos del pabellón, serían responsables por cualquier atentado que pudiera producirse en La Falda. Y habían hecho una escala de valores: por un general "sacarían" de la cárcel a todos los presos del pabellón, por un coronel a 40, por un teniente a 30, y así para abajo.

- Ustedes saben qué significa ser "sacados" de las cárceles ¿no? Así que díganles a sus orgas que ni piensen en un atentado.

Entonces tomó la palabra Debenedetti.

- Pero si nosotros estamos incomunicados.

- No se hagan los pelotudos, si no saben pregunténtenles a los otros presos del pabellón cómo pueden hacer para comunicarse con sus orgas- remató el militar refiriéndose al palomeo.

Eran rehenes en una situación calcada del episodio de las Fosas Ardeatinas, en las afueras de Roma, cuando los nazis ejecutaron a unos 335 italianos como represalia a un atentado en el que los partisanos habían matado a 33 soldados alemanes cerca de la Fuente de Trevi.

Así fue que a través de los palomeros del pabellón, se sacaron mensajes con el Zurdo y con otros comunes para las familias y luego para las organizaciones armadas con la amenaza de los militares.

Mientras se acercaba el día de la visita de la Junta, crecía la expectativa y la angustia, ellos eran los rehenes en caso de que algo ocurriera. En realidad, las organizaciones armadas estaban totalmente diezmadas en 1978, por lo que era difícil pensar en alguna acción, pero nadie les garantizaba que no se produjera un autoatentado.

Los ejercicios militares de La Falda, entre otras cosas, se realizaban también como una demostración de fuerza del Tercer Cuerpo ante la Junta Militar. Menéndez era un general muy ambicioso y con vocación de poder. Se sabía que tenía divergencias con la Junta, porque él estaba en la línea más dura de la extrema derecha. En definitiva, soñaba con llegar a ser presidente para perpetuar el terror de Estado. De hecho, el 29 de setiembre de 1979 (un año y medio después), protagonizó un levantamiento golpista dentro del golpe, en contra del dictador Roberto Viola. En su proclama de amotinamiento, Menéndez comenzaba esa mañana: "Nuestro poder es revolucionario, lo conquistamos por la fuerza pues estamos seguros de nuestro derecho y de la validez de la causa que defendemos, no debe importarnos lo que se piense de nosotros en el exterior, me rehúso a pactar...".

Pero volviendo a abril del '78, el miedo era que el mismo Cachorro matara dos pájaros de un tiro: que organizara un autoatentado, con lo cual se podría librar de varios de sus superiores de un solo saque y al mismo tiempo culpar a la guerrilla, consiguiendo la excusa necesaria para nuevas represalias.

Ese 24 de abril estuvieron en tensión todo el día, pero la visita terminó sin sobresaltos y escucharon que los comandantes habían vuelto bien a Buenos Aires. Recién ahí respiraron aliviados y se fumaron un cigarrillo. ¡Quién lo diría! Ellos preocupados por la seguridad de los genocidas.

Esa noche, estaban ya acostados cuando se abrió la puerta del pabellón. Saltaron de la cama, temiendo una nueva paliza o algo peor. Eran cuatro guardiacárceles que se acercaron al centro del pasillo.

- Atención, los que voy nombrando se preparan que van a salir de sus celdas.

Y empezó: "Toranzo,... Guillermo Puerta, ... Luis Urquiza, ..." Eran 17 nombres en total y él no podía reaccionar. ¿Salir adónde? ¿Qué les esperaba?

Uno de sus compañeros preguntó si llevaba sus cosas y la respuesta fue negativa.

Eso olía más raro todavía y los demás compañeros los miraban como quien mira a alguien por última vez, pero para darles ánimo les decían que salían en libertad.

¿Libertad a esa hora? ¿Y sin sus pertenencias? Él estaba muy nervioso, el corazón se le saltaba del pecho y las manos le sudaban. Los llevaron a una habitación, donde los vendaron y les ataron las manos atrás con un cable.

El que estaba a su lado le murmuró: "Aquí pasa algo raro, esto no es un traslado".

Imperaba un silencio sepulcral y atrás se paseaba un guardiacárcel custodiándolos. Hasta que uno le preguntó: "¿Guardia, adónde nos llevan?". Y nada; un silencio pesado, cargado. Y la cabeza que les funcionaba a mil. Él trataba de descifrar algo a partir de los ruiditos, de los sonidos, pero la mente le corría más rápido y se autoconvencía de que los matarían.

De repente, los empezaron a sacar de a uno, vendados y del brazo. Sintió que salía a la calle, sentía la brisa en la cara, lo hicieron subir a un ómnibus y a su lado se sentó alguien que le dijo: "¿Sos el rengo?".

- Sí, ¿y vos?

- Soy Toranzo.

- ¿A dónde nos llevan?

- No lo sé, a lo mejor a la Escuela de Aviación y de ahí nos fletan afuera del país con un avión militar.

- Ojalá, pero me parece raro. Sin la ropa, humm...

El colectivo paraba en las esquinas y a través de las vendas veía las luces de los semáforos, escuchaba las aceleradas y las frenadas de los coches. Pudo haber pasado media hora y se metieron en un camino de tierra, con curvas y subidas. Él conocía ese camino, y sobre todo le sonaba familiar la cantidad de perros que ladraban.

- Cagamos, es La Rivera.

- ¿Cómo sabés?

- Por los perros y el camino de tierra. Ahora nos interrogan y nos matan.

Efectivamente, era Campo de La Rivera, y los hicieron bajar de a uno.

Abajo, una voz potente los iba recibiendo: "Pero si sos vos, Guillermo Puerta, pasá, pasá, ¿qué tal? ¿Cómo anda el Poder Obrero, Puerta?". Y a él: "Ah, sos vos, Urquiza, el Rengo Urquiza, pasá, pasá".

Así, los fueron poniendo en fila contra una pared, y la voz potente les iba diciendo algo personal a cada uno. "¿Vos no eras el que ponía bombas en la fábrica, qué haces aquí?", "¿Vos eras el de Montoneros? ¿Cómo andás?", "¿Vos eras del ERP?", y así hasta llegar a él, que estaba tiritando del miedo.

- Urquiza, el Rengo Urquiza. Haceme recordar Urquiza, lo de la renguera es por el balazo cuando te quisiste escapar, ¿no?

- Yo no me quise escapar.

- Sí, ya me acuerdo de vos, caíste con otros y te sacaron material de tu casa.

- No, yo no tenía nada en mi casa.

Bueno muchachos, ¿saben por qué los hemos traído aquí? A que no saben.

Y el corazón que estalla y el pánico que llega a su punto límite.

- Bueno resulta que mañana viene una delegación de la Cruz Roja a la cárcel y como los van a visitar, ustedes ahora van a volver al pabellón y les van a decir a sus compañeritos que cuando los de la Cruz Roja los vean, que no se les ocurra contar cosas que deben quedar entre nosotros, que no empiecen con esos cuentos de las torturas y los golpes. ¿Saben por qué? No se olviden que ustedes tienen causas pendientes y si alguien dice algo, su situación se puede agravar muchísimo.

Al escuchar esa amenaza, Luis respiró hondo y se relajó. Parecía una cosa de locos, ningún ser humano desea ir a la cárcel, pero en esas circunstancias, volver a la cárcel significaba seguridad para sus vidas. Ahora había que esperar que no pasara nada raro durante la visita de los de la Cruz Roja.

Sus compañeros también se habían relajado al saber que no serían asesinados ahí y la voz potente siguió hablando con cada uno por vez sobre su situación personal. Cuando le tocó el turno a Luis, aprovechó para decir que no podía estar más en la cárcel porque debía ser operado de la rodilla y allí no tenía atención médica suficiente.

- Está bien, voy a averiguar sobre tu situación. ¿Vos estás en la celda dos, a la derecha?

- Sí.

- ¿Estás con Levi y con Puerta?

- Sí.

- Ja, con los compañeritos que tenés, si antes no eras zurdo, ahora te habrás vuelto zurdo seguro.

Él no sabía ni de quién era esa voz potente, pero ella denotaba que su dueño sabía todo sobre él y sus compañeros, sabía de memoria quién estaba en cada celda, sabía que palomeaban y... ¿cuántas cosas más sabría?

Habían pasado como cinco horas desde que los sacaron del pabellón cuando los llevaron de nuevo al colectivo y de ahí a la cárcel. Una vez adentro, les sacaron de nuevo las vendas y los cables. Ya en la celda, pidió agua porque tenía mucha sed, y prendió un cigarrillo para contarles a los demás lo que había pasado. Después, cayó redondo a la cama, abatido pero relajado. ¡Qué lindo era estar a salvo, y dormir en su cama! Era su cama de la cárcel, pero era su cama.

Antes de la visita de la Cruz Roja, se llevaron a los cuadros "pesados" que habían traído de rehenes desde otros puntos del país cuando fue

la visita de la Junta. Aparentemente los trasladaron al Campo de La Rivera.

Luego, trasladaron a otros presos a otro pabellón, como para que allí quedara un espacio que hiciese suponer que vivían dignamente y no amontonados. Además, los guardias mandaron a limpiar los baños y los pasillos. Todo relucía, parecía otra cárcel. Destaparon las ventanas por lo que entraba el aire y el sol, y dejaron abiertas las celdas por lo que se podía ir al pasillo o al baño cuando querían. Y por supuesto, retiraron también los tarros nauseabundos que oficiaban de baño dentro de las celdas.

Hasta que llegó el gran día. Esa mañana hubo mate cocido y pan hasta el hartazgo, y el almuerzo fue también abundante.

Pero ellos hicieron una reunión de todo el pabellón, y acordaron que, a pesar de las amenazas, contarían todo sin ocultar nada a los visitantes de la Cruz Roja. Para ello, hicieron también una lista con los compañeros asesinados en la cárcel desde 1976, otra con los rehenes que se habían llevado a Campo de La Rivera y decidieron también quién sería el encargado de entregar las listas.

Por la tarde, dos militares con trajes de fajina entraron con varios guardiacárceles y cuatro extranjeros bien vestidos. Entraron al pabellón, se acercaron a las celdas pero los militares y los guardiacárceles no se les despegaban, por lo que era imposible decirles nada. Sin embargo, uno de los extranjeros anunció en voz alta que luego empezarían a llamar de a uno a los presos para una entrevista personal.

Como su apellido (Urquiza) era de los últimos, bajó recién al día siguiente, cuando los demás ya habían contado todo y también se había entregado la lista con los asesinados y con los rehenes. Sin embargo, aprovechó él también para contar sus peripecias y las torturas recibidas.

La visita de la Cruz Roja duró tres días, y durante esos tres días comieron bien y durmieron mejor. Sabían que no habría requisas ni palizas en el pabellón. Pero terminaron los tres días de visita y el gran fracaso de la Cruz Roja fue no poder lograr que se levantara la incomunicación. Los jefes militares aducían que la cárcel no disponía de las medidas de seguridad para recibir visitas.

Algunas mejoras se mantuvieron, como las comidas, quedaron más largos los recreos en el pasillo o en el patio y se permitió la entrada de vitaminas o leche en polvo que les llevaban los familiares. Las ventanas quedaron abiertas, por lo que siguió entrando el sol y el aire, y trajeron de vuelta a los "cuadros pesados" que se habían llevado de rehenes a Campo de La Rivera.

Pero a fines de mayo, los volvieron a llevar a otro lado y otra vez las amenazas: les dijeron que todo el pabellón de presos políticos sería responsable por la seguridad del mundial, y otra vez la lista de equivalencias, por una bomba "sacarían" a tantos presos, por un general a tantos, por un oficial a tantos, y así. Y otra vez la

intranquilidad, había que esperar un mes y que todo terminara bien para que no les pasara nada.

Finalmente llegó el 1° de junio de 1978, y en el estadio Monumental abrieron el mundial Alemania y Polonia con un aburrido empate 0 a 0. En la ceremonia inaugural fue paradójica la suelta de palomas, en un país que tenía campos de concentración y donde el terrorismo de Estado estaba llegando a límites inimaginados ni por los nazis, ni por las OAS francesas en la guerra de Argelia, ni por los yankees en Vietnam, ni por el mismísimo Pinochet cruzando la cordillera.

Pero no sólo de represión vivía la dictadura argentina, también de negociados. Córdoba, por ejemplo, era subsede del mundial y allí jugaron Holanda, Escocia, Perú, Irán, Alemania, Túnez y México. Para esa ocasión, se construyó un estadio nuevo con capacidad para 50 mil personas, que costó –según cifras oficiales– unos 40 millones de dólares. Lo hizo la empresa constructora Roggio, socia del gobierno militar en muchas obras de esos años, y el resultado fue uno de los escenarios deportivos más discutidos por los aficionados y los periodistas deportivos, porque tiene el extraño mérito de que se ve mal de todas partes.

En realidad, en la repartija de los dictadores, a Roggio le había tocado la construcción del estadio de Mendoza y al grupo mendocino Cartellone el estadio de Córdoba, por lo que hicieron un enroque. Los arquitectos del Chateau Carreras fueron Renzo Facchín, Alberto Ponce, Hugo Oviedo y Luis Marchesini, según quienes “con el diseño se intentó respetar el entorno”, por eso el uso de tanta piedra y el verde de las butacas. Aunque otros dicen que el verde fue una muestra más de obsecuencia de los constructores hacia el Ejército.

A pesar de que era una fiesta de pocos que se quería hacer aparecer como “la fiesta de todos”, y aunque los presos políticos eran parte de los que sufrían en carne propia los abusos de la dictadura, el entusiasmo era desbordante y también entró en la cárcel de San Martín.

Por eso los presos pidieron a las autoridades de la cárcel un televisor para el pabellón, aunque fuera para ver los partidos de la selección argentina. Pero la respuesta vino directamente desde el Tercer Cuerpo: el pedido estaba denegado. Para qué querían ver a la Argentina si ellos eran unos subversivos y apátridas.

Recuerda Hairabedian: “Al igual que todo el país, la cárcel estaba pendiente del mundial. Las radios y televisores de los presos comunes generaban sus aullidos y exclamaciones. Los goles hacían estallar la cárcel. Ese clima contrastaba con nuestro forzado y opresivo silencio. Nosotros, los excluidos, virtuales muertos civiles de la dictadura, teníamos vedado el mínimo esparcimiento, la orden era inflexible, jamás atenuada, y establecía que para ‘esos’, nada”.

Entonces Luis entró palomeando a través del Zurdo una radiecito a transistores para escuchar los partidos del mundial y, además, estar al tanto de las noticias. Esa radio pasó a ser secreto de Estado y

propiedad de la celda, por lo que si él u otro se cambiaba de celda, la radio quedaría allí.

Escuchaban los partidos y después pasaban un resumen escrito que iba pasando de celda en celda, como si fuera la crónica deportiva del "diario del pabellón", se habían convertido en periodistas. Lo mismo ocurría luego de escuchar religiosamente el informativo de las 11 de la noche de *Radio Universidad*.

Además, hicieron un canuto que era una verdadera obra de ingeniería. En un banco de cemento que había dentro de la celda, primero hicieron un hueco con cucharas y cuchillos y fueron tirando el material de a poco por las ventanas de los baños del fondo.

Luego hicieron entrar en una paloma cemento y tornillos que les pasaban los comunes que trabajaban en la fábrica de mosaicos que había dentro de la cárcel. Con eso hicieron una tapa de cemento atornillada a una tablita de madera. Quedó perfecta, como una caja fuerte, y del mismo color del resto del banco, por lo que era imposible descubrirla. Allí adentro escondían la radio y algunos libros y diarios.

Después de las noticias y de escribir la reseña "periodística" para las otras celdas, él se quedaba escuchando música hasta la madrugada. Eso lo hacía soñar, sobre todo con mujeres que lo invitaban a bailar, o con una playa soleada, volaba con la música de la radio.

Mientras tanto, dos realidades seguían su curso en la Argentina: por un lado, los Falcon verdes seguían "chupando" gente y la tortura se afianzaba con su espiral de terror. Por el otro, el mundial también seguía y Mario Kempes, el matador de Bell Ville, cada vez cobraba más protagonismo en el paso triunfal de la selección.

La Argentina necesitaba llegar a la final y lo hizo de una forma sospechosa: ganándole 6 a 0 a Perú cuando necesitaba triunfar por cuatro goles de diferencia para desplazar a Brasil. Esa noche en la cancha de Rosario Central, los peruanos tuvieron una llamativamente floja actuación y de ahí en más sobrevoló el fantasma de los barcos con trigo que habrían sido enviados por los dictadores argentinos al gobierno de Perú.

Hasta que llegó el 25 de junio de 1978, con la esperada gran final: Argentina-Holanda. El local y la "Naranja Mecánica" que venía de ser subcampeón en Alemania '74. Y el pabellón de la cárcel se dividió en dos partes iguales: aquellos que hinchaban por Argentina, entre los cuales estaban los más futboleros que se dejaban llevar por la pasión; y estaban aquellos más racionales, sobre todos los cuadros políticos más ideologizados, que hacían fuerza para que Argentina perdiera aquella final y así evitar que los dictadores se anotaran una victoria.

Y sigue recordando Hairabedian, a más de 25 años de distancia: "Lo que sucedió allí es irrepetible. Apenas unas 100 personas reducidas a la supervivencia, confinadas en un escenario de pesadilla, se lanzaron incontenibles, desbordadas por la emoción, a exteriorizar sus alegrías y penas, como ningún otro compatriota aquel glorioso e infame 25 de junio de 1978. Estaban los que, cabizbajos, dimensionamos la victoria como una derrota y nos refugiamos apesadumbrados en el minúsculo

espacio de nuestro infierno socializado. La mayoría transformó con orgullo toallas celestes y blancas en banderas argentinas, y entonando cánticos futboleros dieron la vuelta olímpica en los pasillos del pabellón de la muerte. Sorprendidos y atónitos, los guardias permanecieron paralizados. El hecho no estaba incluido en su manual de operativos”.

Y Argentina por fin fue campeón del mundo. Un país con larga tradición futbolera, que había tenido grandes selecciones como las de 1930, 1958 y 1966 se consagraba campeón del mundo por primera vez en la historia, y justo bajo un gobierno militar.

En definitiva, eso no le importó a la mayoría de la gente, y todos salieron a emborracharse de gloria con “la fiesta de todos”. Era mejor no ver las cosas que pasaban y disfrutar de ese momento de éxtasis. A todo eso ayudaban las películas de Luis Sandrini, las canciones de Palito Ortega y los chistes de Carlitos Balá.

La foto de Videla con los brazos en alto dio la vuelta al mundo. Esa foto había costado más de 500 millones de dólares en infraestructura que jamás fueron debidamente aclarados o rendidos.

Pero cuando los jugadores holandeses se negaron a subir al palco a recibir la medalla de plata de manos de un presidente genocida, un pueblo mal informado –o lo que es peor, cínico- los criticó por “malos perdedores”.

En resumen, los argentinos, además de derechos y humanos, éramos ahora campeones del mundo.

## CAPITULO 10

### El consejo de guerra.

Una helada mañana de julio de 1978, los llamaron los seis de su causa y los hicieron bajar las escaleras. Les pusieron de nuevo vendas en los ojos y cables en las muñecas y los subieron a un camión militar. Una vez más la incertidumbre, el miedo, el asma y el sudor frío. Después de andar una media hora, los bajaron y los metieron en una construcción que no les resultaba conocida.

Les dijeron que se trataba del consejo de guerra y eso les produjo una sensación de excitación y ansiedad: por fin había llegado el momento, era mejor así, que se definiera la situación, para bien o para mal, pero lo peor era seguir presos sin definición.

Los fueron haciendo pasar a una pieza uno por uno, los sentaron en una silla y les sacaron las vendas y los cables. Enfrente había seis militares de la aeronáutica vestidos con impecable uniforme. Estaban todos los oficiales parados menos un comodoro en el medio que estaba sentado y que comenzó a leer la acusación: "Este es el consejo de guerra estable número cuatro que enjuiciará al señor Luis Alberto Urquiza, a quien se le designará un auditor defensor. Los cargos de que se le acusan son los de asociación ilícita calificada, infracción a la ley de seguridad nacional, falta a los deberes de funcionario público e intento de fuga". A cada uno le leyeron los cargos, que en su mayoría coincidían y luego los volvieron a vendar y a atar en las muñecas para subirlos al camión y devolverlos al pabellón de la cárcel.

Recién una semana después, los llamaron de nuevo a cada uno y en la planta baja de la cárcel pudieron conocer y hablar con quienes serían sus defensores. El de Luis era un oficial también de la Fuerza Aérea de apellido Nissenbaum, que amablemente se identificó y le pidió que le contara todo. En una larga charla él le contó con lujos de detalles todo lo que había pasado en esos últimos dos años, cómo había sido perseguido por la policía por ser estudiante universitario, la detención y las torturas en el D2, el balazo recibido en la rodilla y luego su paso por Campo de La Rivera y la cárcel de San Martín. El defensor le dijo que haría lo posible para ayudarlo y le ofreció un cigarrillo. Luego de fumarlo con placer, se despidieron y él volvió a su celda.

Más tarde, se reunieron los seis y comentaron prácticamente lo mismo, incluso lo que habían contado ellos a sus defensores era muy similar. La única preocupación era que la Pantera no hubiera metido la pata en nada.

A las dos semanas, otra vez el mismo operativo, las escaleras, las vendas, los cables y subir al camión militar. Y otra vez el ataque de asma de la Pantera que se ponía nervioso cada vez que lo sacaban del pabellón.

De nuevo al mismo lugar de antes, lo hicieron pasar a él solo a la sala donde funcionaba el consejo de guerra, le sacaron las vendas y los cables, y procedieron a leerle otras acusaciones complementarias: eran izquierdistas, infiltrados por las organizaciones armadas para trabajar desde adentro de las fuerzas de seguridad, y todos los atentados que se habían perpetrado contra la Policía en esos años eran producto de que ellos habían entregado la información necesaria. También se lo acusaba de haber robado armas y municiones, y le recordaron el invento de que había intentado arrebatarse el arma al policía Gontero y escapar del D2.

Recién entonces Luis pudo defenderse, hizo una reseña de esos años y negó todo, dijo que al Mono le habían arrancado una acusación falsa contra él por medio de torturas, y que si él no había pedido trabajar en el D2, mal podía ser un infiltrado. Que todo era una mentira de los policías que los perseguían por no ser corruptos como ellos. Su alegato habrá durado unos 10 minutos, hasta que el que estaba sentado en el medio del Consejo de Guerra lo interrumpió y le dijo que se retirara, que ya iban a dictar sentencia.

Esa tarde volvieron a la cárcel con el ánimo por el suelo, nadie hablaba y por las ventanas se alcanzaba a ver una tenue llovizna que caía pausada pero constantemente. Estaban seguros de que no saldrían libres, porque las audiencias habían sido una pantomima sin ninguna seriedad.

Pasó una nueva e interminable semana, cargada de angustia. A veces él prefería los pozos de depresión porque lo hacían tranquilizarse, le evitaban la ansiedad de la esperanza. Era mejor no tener esperanzas para evitar una eventual desilusión. Hasta que el 15 de agosto los buscaron nuevamente y los llevaron a escuchar la sentencia. Nadie hablaba en el camión y la Pantera no tenía fuerzas ni para un nuevo ataque de asma. Todo el calvario de dos años y los eventuales sufrimientos de los años por venir –¿quién sabe cuántos?– se resumirían y definirían en la siguiente media hora. A Luis el corazón le galopaba y le empezó a doler la cabeza y a faltar el aire.

Finalmente, los bajaron y los hicieron entrar a la sala, esta vez todos juntos. Allí, otra vez los seis militares del consejo de guerra estable número cuatro, y el vicecomodoro en el medio sentado, quien sin demasiada solemnidad, leyó: “Este consejo de guerra, por decisión unánime decide que en virtud de la falta de méritos, los seis detenidos quedarán en libertad”.

En un primer momento quedaron aturcidos por el anuncio, sin reacción. Luego reaccionaron de a poco, se empezaron a mirar y se abrazaron entre ellos llorando. Entonces salieron a otra habitación y siguieron hablando con cada uno de los defensores, que les dijeron que saldrían en los días siguientes, menos Luis que debería esperar la decisión definitiva de Videla, ya que era el único a disposición del PEN, y que por eso le recomendaba hacer buena letra.

Además, les dijeron que fijaran un domicilio real y que ya en libertad, deberían presentarse una vez al mes a firmar en la Cuarta Brigada porque sería una libertad vigilada.

El 28 de agosto llegó la hora más ansiada, para todos los de su causa menos para él. Se presentó un guardiacárcel y empezó a leer los nombres: "Horacio Samamé, con la ropa; Oscar Samamé, con la ropa; Carlos Argüello, con la ropa; Carlos Arnao Zúñiga, con la ropa y Raúl Urzagasti, con la ropa".

Esa circunstancia, de que todos salieran en libertad y él se quedara en esa prisión le produjo una nueva sensación de desamparo y una angustia renovada. Pensó que a lo mejor la decisión de largarlo se demoraría meses, o años, o le abrirían otra causa.

Llegó su segundo cumpleaños en la cárcel y ese 7 de setiembre sus compañeros de pabellón le hicieron un budín de pan que le pareció riquísimo, aunque no podía dejar de pensar en cuántos días le quedarían de cautiverio.

El 25 de setiembre entró en una paloma un diario y allí había una lista de liberados del PEN en la que estaba su nombre. Sí, "Luis Urquiza", no se había equivocado al leer, lo releyó varias veces para cerciorarse, pero no, era él, el número de documento también coincidía. Parecía un ganador de la lotería leyendo una y mil veces su número en el diario, pellizcándose para ver si no era un cruel sueño.

Entonces lo invadieron nuevos miedos. ¿Y si cuando saliera lo chupaban? ¿Y si lo mandaban a otro campo de concentración? ¿Y si le abrían otra causa? ¿Y si lo liquidaban ahí mismo en la calle?

Sacó un mensaje con el Zurdo para su familia con la buena nueva y le respondieron que ya le habían dejado dinero en la administración de la cárcel para que pudiera hablar por teléfono o tomarse el colectivo el día que saliera.

En la mañana del 28 de setiembre, por las ventanas entraba un aroma especial a primavera, un aire tibio y perfumado invadido por el trinar de los pájaros. Como a las 10, un guardiacárcel entró al pabellón y gritó: "Urquiza, prepárese que se va en libertad". Era la frase que había estado esperando escuchar desde el momento mismo en que lo esposaron sus propios compañeros de la Policía aquel 12 de noviembre de 1976 en el D2.

Llorando, se despidió de los otros presos, uno por uno, y acumuló mensajes para las familias de ellos. Bajó por última vez las escaleras del pabellón y en la guardia le dieron los cinco mil pesos (ley 18.188) que le había dejado su hermana.

Salió a la calle y sintió un shock difícil de explicar, no estaba acostumbrado y se sentía apabullado, como un perrito faldero que se pierde en el centro de una gran ciudad. Era un sonámbulo caminando entre la gente, los ruidos y los autos. Miraba para todos lados y hacía un esfuerzo para contener sus ganas de contarle todo lo vivido al primero que se le cruzara. Caminó hasta una parada de ómnibus y se tomó uno hasta la terminal, donde se tomó otro para Villa Allende.

Arriba del colectivo, le dijo al chofer: "A Villa Allende", y esa fue su primera comunicación con un ser humano afuera de la cárcel. Se sentó en el último asiento del lado izquierdo y fue todo el trayecto con los ojos bien abiertos, mirando atentamente cada detalle. Quería descubrir qué había cambiado en dos años ausencia, si los negocios seguían siendo los mismos, si alguno no estaba más, si había alguno nuevo, si la moda de las mujeres había cambiado, todo, todo quería ver, escuchar, oler. Quería atrapar esa realidad de libertad con todos los sentidos.

Llegó a la casa de su hermana y se unió a ella en un abrazo interminable, en el que resumían todos los dolores de esos años. Ese día no paró de hablar ni de comer. Comió todo lo que no había comido en la cárcel, leche, bifés, huevos, fruta, ensaladas, pan con manteca, dulce de leche.

También confirmó lo que ya sabía o intuía, que con su esposa ya no eran más pareja. Y aceptó dejar en manos de su hermana la concreción de un encuentro con ella y con sus hijos para el día siguiente.

Esa tarde fue rengueando desde la casa de su hermana en la calle Goycochea hasta la que había sido su casa en Barrio El Cóndor, justo frente al ingreso del Golf. Mientras caminaba como en un sueño, quiso recordar aquella mañana de noviembre de 1976, dos años antes, cuando sus compañeros lo habían levantado en un Falcon verde, cuando había comenzado la pesadilla. Pensaba en las cosas que había tenido que vivir, en todo lo que había soportado, en que había aguantado, en que ahora empezaría una vida nueva. Nunca más sería como la vida que tenía antes de caer, pero sería nueva, quién sabe si mejor o peor. Esa tarde no se imaginó todo lo que le esperaba todavía. Después de una hora de caminar solo por su Villa Allende, volvió a la casa de su hermana, cenaron y cayó rendido en la cama que ella le había preparado, una cama con sábanas limpias. Era una sensación que alguna vez pensó que no volvería a disfrutar. Era su primera noche en libertad y sentía una felicidad inenarrable.

Más tarde le operaron la rodilla con un trabajo casi artesanal y le sacaron parte de la cápsula sinovial. No recuperó totalmente los movimientos pero por lo menos dejó de renguear.

Durante los primeros meses, no hacía otra cosa que pensar en los compañeros que habían quedado en el pabellón, en las requisas, en las torturas, en el mate cocido, en las listas, en el palomeo.

Se acordaba mucho del Zurdo, pero no sabía ni siquiera el apellido y se arrepintió de no habérselo preguntado, por lo menos para ver a su familia y agradecerles todo lo hecho en ese tiempo. Se quedó solamente con la imagen de un gran tatuaje en su espalda con la imagen de la Virgen del Valle de Catamarca.

Pasaron los meses y seguía sin readaptarse a la sociedad, seguía con los miedos y fantasmas. No conseguía trabajo y no lograba reencausar su proyecto de vida. Por otro lado, la libertad vigilada no se limitaba a la exigencia de ir una vez por mes a firmar una planilla en la Cuarta

Brigada, sino que los autos de civil seguían viéndose de vez en cuando por su casa de Villa Allende.

Por todo eso, en setiembre del '79, un año después de salir en libertad, emprendió el camino del exilio. Como tenía libertad vigilada, si intentaba salir en avión era muy probable que lo pescaran como una mojarrita, por eso se fue vía terrestre.

Partió de Córdoba el 29 de setiembre de 1979, el mismo día que Menéndez se amotinaba en el Liceo General Paz contra el gobierno central de Roberto Viola, con la intención de llegar a la Presidencia y continuar desde allí con los horrores de un Estado terrorista que, ya por esas épocas, había amainado en su actuar represivo.

Luis se tomó un ómnibus a la ciudad de Santa Fe y de ahí a Paso de los Libres, Corrientes. Estuvo con el corazón en la mano todo el tiempo y cruzó el puente a Uruguiana en ascuas. Sin sistemas de computación y sin la más elemental organización, en la aduana lo dejaron salir y una vez en suelo brasileño se sintió mucho más aliviado. Se podría decir que recién ahí se sintió libre de verdad, después de un año de haber dejado la cárcel de San Martín.

Luego fue subiendo por Porto Alegre, Florianópolis, Curitiba, hasta llegar a Río de Janeiro, donde pidió refugio en la oficina de las Naciones Unidas. El funcionario que estaba a cargo, por casualidad, era uno de los que había visitado su pabellón en la cárcel con la delegación de la Cruz Roja, así que conocía bien su caso y en el acto le dio el estatus de refugiado político.

Durante dos meses, Cáritas brasileña le dio asistencia alimentaria y alojamiento, hasta que pudo conseguir un destino final.

El 7 de enero de 1980, el avión de SAS aterrizaba en Copenhague, cubierta de nieve.

## CAPITULO 11

### El segundo exilio

Luis y Marjun tomaron la decisión de volver a Córdoba en 1994. Mandaron su furgoneta Volkswagen por barco con la franquicia de los emigrantes que volvían, y a fines de ese año la nueva familia Urquiza, con Cristina de 5 y Cecilia de 4 años, se instalaba en Villa Allende, en una casita que se había ido haciendo de a poquito.

A las nenas las anotaron en la escuela San Martín, de la Villa, y no hubo problemas de que empezaran las clases en marzo del '95. Tuvieron dos meses para mejorar el castellano, porque algo sabían ya que él les hablaba siempre en castellano, incluso en Dinamarca.

Para las nenas, en realidad, fue más fácil la adaptación que para los grandes. Marjun no hablaba nada de castellano y al principio él tenía que traducirle todo.

Y él mismo no se acostumbraba a las típicas cosas de tercer mundo, las colas para todo, la burocracia, la falta de eficiencia en todo, las cosas que no funcionaban.

En Dinamarca, por ejemplo, estaba acostumbrado a que un si quería decir si y un no quería decir no. Pero acá, un si podía ser "ya vamos a ver" y un no a veces era en realidad un pedido de coima o bien se podía transformar en si por alguna influencia.

A veces quedaba fuera de las conversaciones porque no conocía a los personajes de los que se hablaba, fuera un cantante, un actor, un político o un futbolista. Le costaba integrarse y a veces se sentía extranjero en su propio país.

Tampoco podía contarle a cualquiera por qué se había ido del país, no sabía con quién estaba hablando y muchas personas seguían con aquella cantinela de "con los milicos estábamos mejor" o el típico "algo habrá hecho" en relación con las víctimas de la represión ilegal. Recordaba que cuando estaba como policía en la Seccional 16, muy seguido llegaba gente a denunciar a vecinos "raros" o "subversivos".

### ¿De qué lado estuvo cada uno?

A la distancia y en perspectiva, pensaba: "Qué gente de mierda", y llegaba a la conclusión de que todas esas personas habían constituido la base social que permitió que en Argentina se produjera un genocidio como el que se produjo. En definitiva, la mayoría de la sociedad argentina había convalidado la llegada y la posterior actuación de la dictadura, lejos de la deseable resistencia civil a esos militares que en definitiva fueron instrumentos siniestros del poder económico y sobre todo del liberalismo que desde esa década del '70 se instaló en el país. De hecho, los Martínez de Hoz, los Cavallo, los Aleman y los Melconian, entre otros, son los mismos que luego profundizaron el remate del país en los '90 y los mismos que siguen dando vueltas por ahí, reciclados y sin siquiera el desprestigio que por lo menos ahora tienen los militares.

El concepto de resistencia civil pone en tela de juicio el poder total del autoritarismo y el totalitarismo y en cambio apuesta porque sea el poder estatal el que se vaya debilitando y finalmente desmoronando desde adentro.

Esta idea se basa en que el poder del Estado proviene de la colaboración o al menos de la obediencia de la sociedad civil, y de la lealtad de las fuerzas armadas y de seguridad.

Según Michael Randle, la resistencia civil "funciona a base de movilizar a la población civil para que retire ese consenso, de procurar socavar las fuentes de poder del oponente, y de hacerse con el apoyo de terceras partes" (Michael Randle, *La resistencia civil*, Editorial Paidós, Barcelona, 1998).

Esto está basado en una concepción de poder muy distinta a la más conocida y clásica. Mao Tse Tung, por ejemplo, decía que "el poder sale del cañón de un arma", y Joseph Stalin se asombró ante una advertencia sobre el poder del catolicismo en Europa Oriental y respondió con una pregunta: "¿Cuántas divisiones tiene el Papa?".

En las antípodas de ese pensamiento, Hanna Arendt, en su libro *On Violence* dice que el poder "se refiere a la facultad humana no de actuar a secas, sino de hacerlo en forma concertada". "El poder no es nunca propiedad de un individuo; pertenece a un grupo y conserva su existencia sólo en tanto y en cuanto ese grupo se mantiene unido", agrega Arendt, quien llega a decir que la violencia no sólo es diferente al poder sino que es su antítesis misma.

Randle está en el medio de ambas concepciones. "La base del poder reside dentro de la sociedad, pero son los individuos y las organizaciones quienes tienen la capacidad de esgrimir ese poder", dice. Y distingue también el poder de la autoridad, apuntando que esta última denota la capacidad de exigir a los demás obediencia, pero ya no por miedo a las sanciones, sino debido al respeto o al status.

También apunta el autor a que cuando se pierde el respeto de los gobernados, el gobernante pierde autoridad, y es el momento entonces de la resistencia civil para que ese Estado sin autoridad pierda también el poder.

En palabras de Randle, "la resistencia civil procura desafiar la autoridad y legitimidad del gobierno y privarlo de esa manera de su fuente de poder residente en la colaboración de las instituciones de la sociedad y del Estado". Su máxima es: "Los gobiernos necesitan más al pueblo que el pueblo a los gobiernos.

Y los métodos principales de la resistencia civil van desde la protesta y la persuasión hasta la no cooperación social, económica y política, y por último la intervención no violenta. Las manifestaciones, las huelgas de hambre, la junta de firmas y otras formas de reclamos y peticiones forman parte de la protesta y la persuasión; las huelgas, los boicots, la desobediencia civil y el no pago de impuestos entran dentro de la no cooperación y por último, las sentadas, las ocupaciones de organismos estatales y la formación de gobiernos paralelos son formas de intervención no violenta.

Si la mayoría de los argentinos hubieran elegido este camino de participación, quizás no hubiera habido en este país 30.000 desaparecidos, ni hubieran existido tantos campos de concentración ni comisarías transformadas en centros de torturas, como ocurrió con el D2. Por eso, es inaceptable la excusa de que no se sabía o no se tenía la plena conciencia de lo que estaba pasando. En general, esos argumentos disfrazan un no querer saber, y los descomprometidos de antes son los mismos descomprometidos de hoy, que con su descompromiso no sólo permiten, sino también avalan los atropellos de siempre a los derechos humanos de muchos.

En ese 1994, ya en democracia y de vuelta en el país, era inevitable que, cuando Luis conocía a una persona, la analizara para descubrir qué posición habría tenido en aquellos años aciagos. No podía dejar de dividir a todo el mundo en dos bandos y eso le hacía mal, no lo dejaba vivir tranquilo ni establecer relaciones normalmente. Por eso también terminó aislándose cada vez más socialmente.

Por otro lado, en Dinamarca tenía la salud y la educación garantizada, y si aparecía algún problema de trabajo, existía el sindicato o hasta el seguro de desempleo. Pero acá, debía afrontar todo por su cuenta y encima era difícil reinsertarse en el mercado laboral.

Empezó a vender en los festivales estivales de folclore, por toda Córdoba, pero no era tan rentable como en Dinamarca. Luego fue viajante de una fábrica de muebles y accesorios para cocina de Villa Allende, hasta que en diciembre de 1996 le salió la indemnización estatal por haber estado preso en la dictadura. Invirtió esa plata en ampliar la casa y pagar impuestos atrasados, y lo que le sobró lo usó para poner un pequeño kiosco de diarios y revistas frente al hospital de Villa Allende.

Cuando se estabilizó un poco económicamente también empezó a mejorar en cuanto a la adaptación a la nueva vida. Empezó a redescubrir su país, su provincia y su ciudad. Marjun empezó a dominar el castellano y las chicas ya tenían un grupo de amiguitas. A veces, hasta las llevaba a Alberdi a ver a Belgrano, con sus otros dos hijos, Yanina y Guillermo. Los domingos, el asado con todos juntos - esposa, hermana, hijos y hasta nietos- era un momento con el que había soñado durante años, primero en el encierro y luego en el exilio. La cosa se había estabilizado, y si bien seguía extrañando algunas cosas de Dinamarca, cada vez se sentía mejor de estar de vuelta en Villa Allende.

## Los fantasmas

En mayo de 1997, un ex policía de identidad reservada habló para Canal 13 de Buenos Aires sobre los enterramientos clandestinos del cementerio de San Vicente, en la época de la dictadura, y los fantasmas cruzaron 20 años en un segundo.

Días después, el entonces diputado provincial Atilio Tazziolli pidió que se investigara a Carlos Yanicelli, jefe de la Dirección de Inteligencia

Criminal de la Policía de Córdoba y con grado de comisario mayor. Luis no lo podía creer, Yanicelli, el Tucán Grande, el mismo que estaba entre los que comandaban la patota del D2, ahora era un alto jefe policial, en plena democracia. Incluso, Tazziolli ponía como ejemplo su testimonio ante la Conadep, donde él había mencionado a Yanicelli.

Luego de dudar bastante, se decidió y fue a Legislatura. Se le apareció en el despacho a Tazziolli, quien pensaba que él seguía en Dinamarca. Era muy importante su presencia en Córdoba, porque podría corroborar personalmente las denuncias de Tazziolli. Y así lo hizo en una nota con La Voz del Interior del 4 de junio de ese año.

Telleldín, Tissera y Romano habían muerto, pero el resto de los integrantes de la patota del D2 seguía vivo, y muy activo. La mayoría de ellos continuaba formando un grupo que actuaba fuera de la ley, algunos desde adentro de la Policía como Yanicelli, Jorge Julio Juan (ex secretario privado de Telleldín y ahora con grado de comisario inspector), Herminio Jesús Antón, José Idelfonso Vélez y el también comisario Ricardo Vázquez, y otros por fuera de la institución. Con el tiempo, se mencionó a este grupo como supuestamente involucrado en el asalto a una estación de la Empresa Provincial de Energía de Córdoba (Epec) de 1989 llevándose un millón de pesos, en la muerte del ex senador provincial Regino Maders, en el asesinato del ingeniero agrónomo Rafael Muriel, en el del panadero Héctor Corradini y en otros hechos delictivos resonantes en Córdoba.

Y obviamente, la patota seguía actuando con el consentimiento y la protección de importantes sectores políticos de la provincia de Córdoba. Incluso, en algunas ocasiones hasta habrían hecho trabajos por encargo para esos influyentes políticos.

Luego de que Luis denunciara a Yanicelli como uno de sus torturadores en el D2, el entonces gobernador Ramón Mestre, en vez de apartarlo inmediatamente del cargo, ordenó un sumario administrativo y el ministro de Gobierno, Oscar Aguad, lo mantuvo en el cargo hasta último momento.

Hacia finales de agosto, un día entró al despacho del gobernador el fiscal de Estado Alberto Zapiola –considerado como del ala más progresista del gobierno radical- y le tiró a Mestre sobre el escritorio el informe de Charlie Moore ante la Acnur, donde cuenta todo sobre Yanicelli y el D2.

Gordo, ¿vos sabés a quién estás defendiendo? Este tipo fue un torturador de los '70.

Pero si el Milico (por Aguad) asegura que es un hombre de confianza. En eso se sumó el ministro de Gobierno y la conversación fue subiendo de tono.

No puede ser, si me aseguran que es uno de nuestros mejores hombres.

Yo no sé qué hace ahora, pero este informe dice todo lo que hizo antes.

No puede ser, si tiene un legajo limpio.

Mirá Milico, no me digás vos si puede ser o no puede ser, porque vos en los años '70 estabas jugando al rugby y ni te enterabas de estas cosas.

En ese invierno, mientras el gobernador Mestre estaba en Rusia lanzando el satélite cordobés Víctor, Zapiola lo volvió a increpar por teléfono: "Gordo, esto se está pasando de castaño oscuro, si no hacés algo rápido vas a tener quilombo con la Legislatura y hasta a niveles internacionales, yo sé lo que te digo".

Acorralado por las evidencias, Mestre no tuvo más alternativa que actuar y finalmente, con el escándalo político ya consumado, Yanicelli fue pasado a retiro el 2 de julio.

Como contrapartida volvieron los autos de civil en la esquina de la casa de Luis en Villa Allende, una situación idéntica a la que había atravesado 18 años antes, cuando decidió irse por primera vez. Era terrible ver que todo estaba igual, como si el tiempo no hubiese pasado. Le llamaban por teléfono y del otro lado de nuevo el silencio intimidador. Una vez, una voz de hombre, serena y grave, le dijo: "Te falta poco, te vamos a hacer mierda".

El 23 de julio a la mañana, un Falcon claro pasó dos veces a paso de hombre por enfrente del quiosco que tenía en la primera cuadra de la calle Balbín. Al día siguiente volvió a pasar el mismo coche, a la mañana por el quiosco y a la siesta por su casa.

Las niñas tenían que ir con custodia a la escuela y la situación se volvió insostenible.

Más tarde, un sumario administrativo consignó que en la Policía de Córdoba quedaban unos 100 efectivos que habían pasado por el D2, entre los que estaban los fijos, los del grupo de informantes "Univesidad" y los del grupo de informantes "Fábrica".

### Un ministro con miedo

Luis le escribió una carta abierta a Mestre pidiéndole que diera de baja a todos los policías que habían sido torturadores, asesinos y ladrones. Y que algunos seguían siéndolo. Esa carta fue difundida por el diario y por Canal 10 y fue creciendo el escándalo hasta que un día, el ministro Aguad lo llamó por teléfono y le pidió que lo viera en su despacho. Él fue con alguna expectativa de que los gobernantes actuarían con coraje y responsabilidad, pero a los 5 minutos de entrevista, esas expectativas se desvanecieron como pompas de jabón.

Mire Urquiza, yo también tengo familiares desaparecidos, y también estuve preso, por eso lo comprendo, pero ...

Pero nada, con más razón entonces usted, como ministro de Gobierno de una democracia, no puede tener esa calaña de policías.

No los puedo dar de baja a todos juntos, me han llegado rumores que la Guardia de Infantería se amotinaría si hago eso.

Bueno, usted sabrá, usted es el que tiene la responsabilidad. A veces hay que elegir y eso requiere coraje.

Mire, yo mismo estoy amenazado y ando con custodia del Eter (cuerpo especial de policías de élite).

No sé, si usted se asusta yo no.

Le voy a ser franco, Urquiza: tenga bajo perfil o yo no le voy a poder garantizar la seguridad.

Salió de esa reunión en la Casa de las Tejas (sede del gobierno cordobés) ya con la decisión tomada de encarar el segundo exilio. Tuvo custodia policial durante un mes y medio desde el 7 de junio hasta que, hartado de todo, el 30 de octubre se volvió a subir a un avión obligado por las circunstancias, constituyendo uno de los pocos casos de exiliados en democracia.

Un mes después, el 6 de julio, el propio Aguad dijo públicamente que no estaba dispuesto a "realizar una sangría" dentro de la Policía de Córdoba y admitió que "al menos 100 serían las personas que actualmente trabajan en la repartición y que años atrás pasaron por el Departamento de Informaciones (D2)" y consideró ante los periodistas que las investigaciones estaban terminadas.

Cuando un periodista le preguntó por qué el gobierno radical no esperó a que se concluyera totalmente la investigación administrativa que se llevaba adelante, el ministro político de Mestre dijo: "Fue una decisión que tuvo en cuenta las circunstancias políticas que estamos viviendo y que hacían aconsejable que Yanicelli pasara a retiro".

Esta confesión de Aguad justificaría una frase de Urquiza, quien más adelante le dijo a Mestre públicamente: "...Usted manifestó no conocer el pasado de Yanicelli, y ahora conoce el pasado de 100...sería lamentable tener que llegar a la conclusión de que, ante la resistencia de quienes pertenecieron a esos grupos, se negocia el pase a retiro de uno a cambio de la continuidad de los otros".

Pero si desde el poder político no se hizo nada por limpiar a la Policía de delincuentes y asesinos consabidos, el Poder Judicial hizo menos. Con el sumario administrativo a medio terminar, el gobierno lo remitió al fiscal Marcelo Sammartino, para que determinara si hubo o no delitos para investigar. El 11 de julio, Sammartino solicitó al juez de instrucción de Tercera Nominación, Enrique Martínez Núñez, el archivo del sumario. Al considerar la legislación aplicable, el fiscal invocó las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, dictadas durante el gobierno de Raúl Alfonsín, y que contemplan delitos que "resultarían imputables al personal policial bajo control operacional de las Fuerzas Armadas". Sammartino también invocó la prescripción de los hechos, ya que el Código Penal establece 15 años para los delitos más graves, y éstos ocurrieron entre 1974 y 1983. Es decir que para Sammartino no se trató de delitos de lesa humanidad, que según todos los tratados internacionales –incluso incorporados en 1994 a la Constitución Nacional– no prescriben nunca. Pero lo más sorprendente de la actuación de Sammartino es su criterio de la responsabilidad y de la conciencia cuando alguien comete un crimen. En referencia directa a Yanicelli, dice: "En el año 1974 tenía 21 años...con esa edad, y

razonablemente, no me parece que haya podido tomar decisiones y menos aún ser responsable de ellas”.

El 15 de julio de 1997, la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos emitió un duro comunicado en el que cuestionaba al ministro Aguad y a Sammartino. Con la firma de María Elena Mercado, Carlos Vicente, Atilio Tazzioli y Ricardo Scoles, el comunicado decía que “a los 21 años Yanicelli era perfectamente responsable, desde el punto de vista penal, de sus actos y omisiones”, y recordó que “se lo sindicó como supuesto autor de delitos aberrantes gracias a los cuales adquirió el país un desgraciado renombre mundial”.

En cuanto a los dichos de Aguad, que reconocía públicamente su falta de poder político y entereza, por causa del miedo a “causar una sangría” en una Policía podrida y que se seguía pudriendo por dentro, el organismo consideró: “Los cordobeses no merecemos sostener con nuestro esfuerzo cotidiano a personas cuyo nombre ignoramos... el poder político y la Policía debieran determinar los grados de responsabilidad de quienes por aquellos años integraron el D2, decidiendo el inmediato retiro de quienes hayan participado en flagrantes violaciones a los derechos humanos”.

Una semana antes de partir, Aguad se enteró por el embajador danés en Buenos Aires, Leif Donde, y por el secretario general de la Presidencia, Alberto Kohan, que Urquiza se iba. Inmediatamente lo convocó nuevamente a su despacho y le ofreció de todo para que reviera su decisión. Le daba una casa en el lugar que él eligiera, custodia permanente, trabajo para él y para su esposa, lo que fuera con tal de evitar el costo político que significaría un exiliado cordobés por persecuciones de la policía cordobesa. Pero la decisión estaba tomada y lo único que hubiera podido cambiarla era que el Gobierno de la provincia hubiera actuado como un verdadero gobierno democrático con los símbolos de la dictadura y el terrorismo de Estado. Como eso no ocurrió, descartó los espejitos de colores de Aguad.

### El escándalo final

Ya en los 2 o 3 días previos a la partida, surgió una nueva pelea. Por su seguridad y la de su familia, vendría el embajador Donde a buscarlo a Córdoba y acompañarlo hasta Ezeiza. Pero ahora la cosa era quién haría la custodia. Aguad, perdido por perdido, quería que al menos esa tarea recayera en el Éter, para no dar una imagen de absoluta inutilidad. Y del otro lado, Kohan quería que fuera la Policía Federal. Finalmente ganó la pulseada la Nación y la Provincia quedó como la verdadera responsable del nuevo exilio de Urquiza.

Cuando partió junto a su familia con destino a Copenhague, Antón seguía siendo instructor de la Escuela de Policía y todos estaban bien ubicados. Bucetta estaba a cargo de la vigilancia del Hipermercado Libertad, donde tenía contratado, entre otros a Hugo Herrera, alias Tarta o Quequequeque, un sargento primero del Ejército que participó

en el Comando Libertadores de América y luego trabajó en estrecha relación con el D2, y que a mediados de los '90 había generado un escándalo público cuando se lo acusó judicialmente de aprovechar su puesto de seguridad en Telecom para pinchar teléfonos de políticos y dirigentes sociales.

Raúl Yanicelli, Tucán Chico, ejercía como abogado en el fuero de Córdoba, la Docta.

Cuando ya estaba consumado el único exilio de la democracia que está relacionado con los resabios de la dictadura, no pararon de llover las críticas a Ramón Mestre, su primer estigma relacionado con los derechos humanos (el segundo fue su responsabilidad como ministro del Interior de la Nación, la muerte de más de 30 personas por la represión desmedida de la Policía Federal durante los sucesos de diciembre de 2001 que desembocaron en la renuncia del entonces presidente Fernando de la Rúa).

El 1° de noviembre de 1997, La Voz del Interior publicó las reacciones de los organismos de Derechos Humanos frente a la nueva victimización de Urquiza. El abogado y miembro de la mesa ejecutiva de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, Amalio Rey, contó que reaccionó "con vergüenza y alarma, porque en este caso, las pruebas sobran y el que tuvo que irse fue el denunciante y no el criminal". "Este es un caso muy grave y hay que ver bien si los errores del gobernador y su ministro Oscar Aguad son por omisión o por complicidad abierta con aquellos victimarios de la sociedad argentina en la década del '70", agregó Rey.

Christian Sommer, entonces coordinador en Córdoba de Amnistía Internacional, consideró en ese momento que "no hay voluntad política para desarticular algunos grupos que mantienen su peso en el juego de poderes ocultos". Según Sommer, "el Estado debería dar el ejemplo a la sociedad, depurándose a sí mismo" y "la democracia argentina es una democracia ficticia".

Por su parte, Giuliano Malinverno, representante de la Liga Internacional por los Derechos y la Libertad de los Pueblos, dijo que "como tantas otras palabras, las palabras democracia, derechos humanos y libertad, han perdido sentido". Malinverno marcó también en ese momento: "Éste no es un caso aislado y grupos como los que intimidaron a Urquiza siguen activos, algunos con una práctica visible y otros en estado latente". Y concluyó: "Los servicios de inteligencia en Argentina no se han depurado ni han cambiado en nada desde la época de la dictadura militar".

Al año siguiente de que Urquiza debiera partir hacia su nuevo exilio, Tazzioli expuso su caso ante el juez español Baltasar Garzón, lo que le valió a él mismo una andanada de amenazas, sobre todo telefónicas y anónimas.

Pero la actitud abiertamente encubridora del gobierno de Ramón Mestre no es una excepción a la postura que mayoritariamente han tenido los dirigentes radicales con respecto a los genocidas de la etapa más oscurantista de la Argentina (mucho más que las décadas de

1830 y 1840). Si bien durante el gobierno de Raúl Alfonsín tuvo lugar el juicio a los comandantes, también durante ese gobierno se sancionaron las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. En la provincia, a las denuncias de colaboracionismo en los '70, Eduardo Angeloz suma la continuidad de la estructura del D2 durante sus tres períodos de gobierno, y Ramón Mestre también. Y a nivel municipal, aunque con idas y vueltas, también Rubén Martí tuvo sus claudicaciones. La placa de la Cámara de Diputados de Córdoba que recuerda que en el Cabildo funcionó un centro clandestino de violación a los más elementales derechos del hombre –y que ilustra la portada de este libro- debía ser colocada en la fachada del histórico edificio, frente a la plaza San Martín. La intención era que la mayoría de los cordobeses –y turistas- que pasan por el lugar puedan ver esa placa y, si no lo han hecho antes, reflexionar acerca del punto en cuestión. Sin embargo, las autoridades municipales de 1996 se opusieron a ello y finalmente la placa debió ser colocada en el frente de lo que era la D2, sobre el Pasaje Santa Catalina, un lugar infinitamente menos transitado que el previsto.

Por esos días, diputados encabezados por Carlos Cornaglia y Atilio Tazzioli descubrieron también una placa en la entrada de la cárcel de San Martín, donde también se recuerda que allí funcionó un centro clandestino de violación a los derechos humanos. Textualmente, la placa reza: “Durante la dictadura militar instaurada en marzo de 1976, esta cárcel fue utilizada como centro clandestino de detención, tortura y muerte. Mantengamos viva la memoria”.

Lo curioso fue que el hecho generó una gran polémica, ampliamente difundida por los medios de comunicación. El Servicio Penitenciario de Córdoba, a través de su director Hugo Carbonari, emitió un comunicado expresando su disgusto por el hecho, manifestando que el texto “conlleva una lesión cierta y continuada para la honra y prestigio de la institución penitenciaria y para todos y cada uno de sus miembros”. Luego de admitir que la cárcel “sirvió para la internación de personas conocidas como ‘detenidos especiales’”, Carbonari remarcó que “su ingreso al establecimiento no fue ni clandestino ni en calidad de NN”.

Distinto al primero

En diciembre de 1997, se hizo una escapada hasta Madrid y declaró durante 4 horas en el despacho de Baltasar Garzón, juez de la Audiencia Nacional Española que investigaba los crímenes de lesa humanidad de la dictadura argentina.

El segundo exilio fue muy distinto al primero. Ahora no había ningún refugiado que lo esperara, ni ninguna organización humanitaria internacional. Es más, ni siquiera había refugiados. Sin embargo, iba con su esposa danesa y él mismo tenía ya la nacionalidad danesa, por lo que en otros aspectos fue más fácil que en 1980. Sabía el idioma y conocía a alguna gente.

De todas maneras, los primeros tiempos de vuelta en Dinamarca fueron muy duros. La Seguridad Social de Dinamarca los puso en un departamento dentro de un edificio destinado a marginales de todo tipo, desde simples desempleados hasta alcohólicos y drogadictos. Su pareja con Marjun cada vez se fue deshilachando más y llegó un momento en que se deshizo totalmente. Ella se fue por su lado con las niñas y desde ese momento, Luis estuvo casi un año de albergue en albergue, hasta que finalmente consiguió un departamento para vivir, mientras trabajaba como taxista.

En 1999, aprovechando el impacto de la detención de Augusto Pinochet en Londres, él encabezó junto a algunos otros argentinos en Copenhague el pedido al Estado danés de extradición de Menéndez por crímenes contra la humanidad que finalmente no prosperó.

Las más de 10 horas diarias arriba de su taxi por las calles de Copenhague le produjeron problemas renales y de columna, por lo que tuvo que dejar ese trabajo y volver a vender bijouterie en los festivales de rock.

Ya no hubo más bailes ni peñas organizadas por los grupos de exiliados políticos chilenos, y después del 11 de setiembre de 2001 la xenofobia fue cada vez más marcada, algo que Luis sufrió en carne propia por su pelo negro, tez trigueña y tupida barba, lo que le da un aspecto que bien puede hacerlo pasar por latinoamericano o por árabe.

Los sueños siguieron poblándose de figuras fantasmagóricas, de las requisas del pabellón 9, de los que murieron, como aquel jujeño de apellido Julio que agonizaba a su lado en La Rivera. En las pesadillas, veía militares y policías, todos juntos, que lo corrían.

Cuando se despertaba de esos malos sueños, recordaba todas las veces que había estado al borde de la muerte, y se consolaba pensando que vivía gratis. Por ejemplo, aquel día del balazo en la pierna, cuando nunca supo por dónde pasaron los otros dos disparos. Desde ese día, la vida para él era un regalo, difícil de afrontar y de disfrutar, pero regalo al fin.

Ahora, esa vida continuaba dividida, con un pie aquí y el otro allá, disfrutando de los sábados con Cristina y Cecilia pero pensando permanentemente en Yanina y Guillermo, y en sus nietos de Córdoba.

En el 2002 quiso reunir a sus cuatro hijos en Córdoba, para ir una tarde de picnic al río Saldán o comer un asado todos juntos en el Dique La Quebrada. Pero no pudo: la Justicia de Dinamarca consideró que era peligroso para las niñas viajar con su padre a un lugar donde todavía existían persecuciones políticas.

En ese momento, el Overpresidium (equivalente a un juzgado de menores) justificó su negativa para dejar viajar a Cristina y Cecilia en "la inestabilidad social y política de Argentina" (era abril de 2002, en pleno estallido luego de la caída de Fernando de la Rúa), pero también en "la persecución política" contra Urquiza de 1997.

Luego, a partir de gestiones del entonces diputado nacional Atilio Tazzioli, la Cancillería tomó cartas en el asunto y mediante un alegato directo ante el Reino de Dinamarca, se consiguió que Urquiza viajara a Córdoba con sus hijas.

Pero luego de ese viaje, volvió a su vida danesa, a los inviernos fríos y oscuros y al sol de medianoche en verano, a su departamento desordenado de un ambiente en su barrio ordenado de Amarger, donde se saludaba con pocos, el panadero, el kiosquero y el mozo del bar, un siciliano que llevaba 20 años allí.

Sobre todo los domingos, cuando se ponía el sol, miraba por la ventana de su departamento e imaginaba un punto en el horizonte donde estarían sus 2 hijos y sus 7 nietos en Córdoba, y donde estarían también sus torturadores, aquellos de la patota, 28 años después, caminando impunemente por la peatonal o por la plaza San Martín, cerca del Cabildo donde funcionó en aquellos años el D2.

## CAPÍTULO 12

### La actualidad

Pero esas imágenes no estaban solamente en su cabeza, sino que ocurrían en la realidad cordobesa. Los antiguos integrantes del D2 no sólo paseaban y tomaban cafés en los alrededores del Cabildo, sino que lo siguen haciendo. Como esa hermosa mañana de noviembre en el bar frente a la plaza San Martín, cuando se reunieron todos para investigar al violador serial que tuvo a maltraer al gobierno de la provincia de Córdoba durante el 2004. Atraídos por la recompensa, Yanicelli y compañía se propusieron revivir sus viejos tiempos y jugar al juego que más les gusta: el de la cacería humana. Por supuesto que no tuvieron ningún resultado. Un ex compañero de ellos que los conoce muy de cerca, sin dar su nombre relató: "En realidad son unos inútiles como investigadores, y se hacían los matones cuando contaban con la impunidad del uniforme policial, pero a pata y de a uno no se la bancan". Todos ellos siguen conectados de una u otra forma, en sus charlas reciclan y mantienen con vida sus propias historias y fama de chicos malos y muchos de ellos trabajan en empresas privadas de seguridad o como detectives.

La agencia de seguridad Génesis agrupó a principios de los '90 al ex jefe de Policía Alberto Choux, a Raúl "Sérpico" Bucetta y al entonces jefe de la Side en Córdoba, Horacio French, aunque al tiempo se separaron. La agencia luego fue cambiando de nombre, como hacen casi todas para evadir impuestos y cargas sociales y por las relaciones personales de Bucetta, esa empresa (con distintos nombres) estuvo a cargo de la seguridad del Híper Libertad durante mucho tiempo, y luego pasó a controlar la seguridad del Dinosaurio Mall. Choux, en tanto, trabajó en la seguridad de un canal local de televisión y también dicen haberlo visto trabajando como guía turístico en la villa serrana de Carlos Paz.

El Tuerto Rocha estuvo se puso una agencia que se llamaba Cónsul, y trabajaba allí con Miguel Ángel Rubio, Hugo Síntora, el Facho Re y Dardo Navarrete, entre otros. A ellos les habrían ofrecido el "trabajo" de Maders, en el bar Richmon de la calle Colón. Luego de la bomba al Rectorado de la Universidad Nacional de Córdoba, en 1995, Rocha fue pasado a retiro.

French, luego tuvo una agencia llamada SEAR y que más tarde cambió de nombre a Mediterránea.

Juan Dómine trabaja como investigador particular y hace "cualquier tipo de trabajo", muchas veces en sociedad con Carlos Yanicelli, Tucán Grande.

Rafael Sáez de Tejeda estuvo conchabado en Telecom hasta que fue denunciado por el diputado Atilio Tazzioli.

Así, la mano de obra desocupada logró reciclarse y encontró rápidamente en qué entretenerse.

Lo de los clubes de fútbol es un capítulo aparte, ya que por ley están obligados a tener un comisario retirado como encargado de seguridad. De esta manera, Instituto lo fue a buscar a Ricardo Hierling, quien en el D2 se jactaba de haber matado con sus propias manos a 12 subversivos, ahorcándolos. En Rácing de Nueva Italia prestó servicios Ramón Eduardo Zavaleta y en Belgrano Rodolfo Gustavo el Cacho Salgado, el mismo que lo fue a buscar a Luis a su casa de Villa Allende con el Falcon verde.

Para mediados de los '90, la mayoría de los integrantes del D2 se habían reacomodado, y algunos seguían dentro de la Policía con altos cargos, como los hermanos Yanicelli, Herminio Jesús Antón, Ricardo Vázquez y José Idelfonso Vélez. Otros estaban afuera de la institución pero en relación con aquellos, formando verdaderas bandas delictivas, mercenarios al servicio del mejor postor.

De hecho, en el juicio por la muerte del ex senador radical Regino Maders, a fines de 2004, se ventiló la relación en el caso de Hugo Síntora, Herminio Jesús Antón y "el Tuerto" Rocha, entre otros.

En su declaración como testigo, el hermano del ex senador radical, Diego José Maders, dijo que una mujer policía habría dado los nombres de la conocida "banda de los comisarios", que habría estado integrada por policías en actividad y retirados, y que podrían tener algún tipo de conexión con el crimen. En esa lista aparecen "el Tuerto Rocha, Hugo Síntora, Rubio, Antón, los hermanos Quinteros, la Chancha Aguirre, Yáñez, Carrizo, Juan Dómine y los comisarios Vargas y Sosa".

El día del crimen de Maders, el 6 de setiembre de 1991, Pedro Grigioni era el jefe de la Policía de Córdoba, y el subjefe era Alberto Gallego, quien en la época de la dictadura participaba de la represión ilegal desde su puesto de experto en explosivos de la Guardia de Infantería. Había competido con Douglas Paz por la subjefatura de Policía, hasta que este último fue encontrado asesinado. A principios de los '90, Grigioni y Gallego se quedaban todos los días en la Central de Policía hasta las 21, pero extrañamente, esa noche del 6 de setiembre estuvieron hasta tarde, y de allí se fueron directamente al Hospital Privado cuando se enteraron del hecho.

Por otra parte, en el '91, Yanicelli ya era comisario inspector, con poder como para liberar la zona que fuera necesaria. El Tucán Grande fue mencionado en el juicio por la muerte de Maders, en la declaración como testigo del ex comisario inspector Octavio Cuello. Por esos días, Yanicelli habría recibido de Luis Medina Allende 200 mil razones para repartir entre Síntora y los demás integrantes de la banda mixta.

Cuello, quien se fue de la Policía con un retiro voluntario el 1° de mayo de 1975 por no coincidir con los métodos represivos vinculados a la Triple A y al Ejército, a fines de los '80 tuvo una primera reaparición pública.

En 1989, Cuello asesoraba a un grupo de policías que buscaban la sindicalización, y un día habló frente a unos 1.000 efectivos que

terminaron aplaudiéndolo. Pedía sobre todo mejoras en el sistema jubilatorio de los policías, pero en medio de su discurso, el entonces ministro de Gobierno, José Ignacio Cafferata Nores no aguantó más y se retiró.

Días después de ese acto, el 9 de agosto de 1989, a las 4 de la mañana, una bomba de mediana intensidad explotó en la casa de Cuello, Santa Cruz 546. Su auto y media casa quedaron prácticamente destruidos, aunque afortunadamente no les pasó nada ni a él ni a su esposa e hija. Él tiene todavía las marcas de algunas heridas en sus brazos y piernas, producidas por el trotil que aparentemente habría sido conseguido en el Tercer Cuerpo de Ejército. El ex comisario declaró luego que momentos antes de la explosión se despertó con el rugir de un motor que identificó como de un Torino o un Falcon.

A pesar de la intención de amedrentarlo, Cuello siguió denunciando la continuidad entre la Policía de la dictadura y la de la democracia. El 23 de abril de 1990 le envió una carta al entonces flamante presidente Carlos Menem, recordándole su responsabilidad como autoridad máxima de la Nación y reclamándole que hiciera algo ante la situación de las fuerzas de seguridad en Córdoba, que "atentan contra la vida, la familia y la propiedad".

Luego, Cuello radicó el 14 de noviembre de 1991 en la Cámara de Diputados de la Nación una denuncia sobre terrorismo de algunos personajes que seguían vinculados a fuerzas de seguridad y también a los Servicios de Inteligencia del Estado (Side), como Luis Alberto Choux o el capitán Héctor Vergez. La denuncia, por supuesto, durmió el sueño de los justos.

Y el 17 de julio de 1997 declaró ante el Consulado de España en Córdoba, en el marco de las investigaciones del juez Baltasar Garzón sobre la desaparición de ciudadanos españoles y crímenes contra la humanidad en la dictadura militar.

En esa declaración ante Baltasar Garzón, Cuello dice textualmente: "El Genocidio en Argentina contó con una formidable estructura de poder, encabezada por las Fuerzas Armadas, con el apoyo operativo y criminal de muchos policías, de dirigentes políticos y también por miembros del Poder Judicial, veamos pues algunos: Eduardo César Angeloz, ex gobernador de Córdoba, durante el proceso militar fue asesor del general de división Luciano Benjamín Menéndez, y se reunía con él en las oficinas jurídicas y contables de la Avenida Vélez Sársfield 27, primer piso, de la ciudad de Córdoba; José Ignacio Cafferata Nores, ex ministro de Gobierno de Angeloz, hoy diputado nacional por la Unión Cívica Radical, quien durante el proceso colaboraba desde el Poder Judicial; Julio César Aráoz, ex (secretario de energía y) ministro de Acción Social del Gobierno nacional de Carlos Menem, integrante de una vieja organización (de la extrema derecha nacionalista) llamada Tacuara, luego encarcelado durante 2 años por estar supuestamente vinculado a grupos terroristas; general Jorge Pedro Miná, general del Ejército, actualmente jefe de

Inteligencia Militar (luego llegaría a ser jefe del Estado Mayor del Ejército) y vinculado al terrorismo y a la corrupción; (Adolfo) Zamboni Ledesma, ex juez federal con asiento en la ciudad de Córdoba, entregaba los detenidos a su disposición, los que luego eran salvajemente asesinados; Carlos Otero Álvarez, ex secretario de Zamboni Ledesma durante el proceso, hoy es juez de Cámara de los Tribunales Federales de Córdoba”.

En octubre de 2004, antes de declarar en el juicio por el caso Maders, Cuello ratificó todas estas declaraciones en una entrevista especial, parte de la investigación de este libro. Pero Cuello fue mucho más allá y contó: “Angeloz participó en los comandos civiles durante el golpe militar de 1955 junto a Luis Medina Allende. Yo mismo, que ya estaba en la Policía, les secuestre armas Colt y Smith Wesson de la Casa Radical, pero todo eso luego quedó en nada. Por eso su vinculación con militares golpistas no es nueva, y en 1976 y 1977 asesoraba a Menéndez en esa oficina de la avenida Vélez Sársfield”.

En su libro *Ave César*, el periodista Hernán Vaca Narvaja agrega: “Angeloz, senador nacional y presidente del Comité Provincial de la UCR al momento de producirse el golpe militar de 1976, mantenía un prudente silencio ante las sistemáticas violaciones a los derechos humanos, al tiempo que iba diagramando su futuro para cuando la hora de los cuarteles llegara a su fin” (Vaca Narvaja, Hernán, *Ave César*, Narvaja Editor, Córdoba, 1995).

“Desde su liderazgo partidario ... prestó un inmejorable apoyo al gobierno militar: en plena dictadura, decenas de intendencias del interior provincial estuvieron gobernadas por jefes comunales de la UCR que contaban con su venia” (op.cit.).

El apoyo y los contactos políticos fueron fundamentales para que los genocidas pudieran implementar su plan de exterminio social y de expoliación económica. En su libro *Yo fui Vargas*, el capitán retirado del Ejército Héctor Vergez cuenta su actuación en ese plan cuando actuaba al frente del Comando Libertadores de América (antes del golpe) y luego al frente de la inteligencia del Tercer Cuerpo de Ejército (luego del '76). Su nombre de guerra era Vargas y de allí el título del libro, en el que relata: “Cuando sobrevino la instauración del Proceso de Reorganización Nacional, me preocupé de contribuir en el esclarecimiento de errores en que se podría incurrir con las detenciones preventivas...Entre otros muchos, aclaré, con respaldo de mis jefes inmediatos, la situación de (José Manuel) De la Sota; del secretario general de la CGT cordobesa (y dirigente gastronómico) Juan Reyes, colaborador nuestro; del intendente de Córdoba (Cacho) Coronel; ...de Javier Mora, cuya vida salvé y muchísimos otros. Algunos hoy son relevantes figuras políticas...Los radicales, en cambio, en su mayoría, se acercaban al Ejército para solicitar su apoyo y acceder a cargos. En la provincia de Córdoba, la mayoría de los intendentes eran radicales cuando el jefe de la Policía, coronel retirado Navarro, destituyó de hecho al marxista confeso (Ricardo) Obregón Cano y a su cómplice Atilio López... Y siguieron (los

radicales) con el Proceso de Reorganización Nacional, solicitando algunos ser funcionarios. Cabe destacar que (el ex gobernador Eduardo César) Angeloz colaboró en la detención de un guerrillero de Cruz del Eje, pero nunca hizo ningún reclamo ante la presión de la familia del capturado”.

Gustavo Contempomi, en su libro Sobrevivientes de La Perla, relata un encuentro revelador a fines de 1982 con el mayor retirado Jorge Ezequiel “Rulo” Acosta: “Su auto se ubicó junto al nuestro en una esquina de Córdoba y nos dijo que nos quedáramos tranquilos...Manifestó también que había que esperar hasta abril porque esto se acababa y además, desde hacía mucho tiempo, ya estaba todo arreglado ... Menéndez es amigo de Angeloz y no le podrán hacer nada”. (Contempomi, Gustavo, Los sobrevivientes de La Perla, El Cid Editor, Córdoba).

### **Los oscuros años de democracia**

Así como el terrorismo de Estado y el accionar de mafias organizadas vinculadas al poder político comenzó en Córdoba antes del golpe militar de 1976, también continuó después de la recuperación de la democracia en 1983.

En 1989, el año en el que se produjo el atentado contra Cuello, también se produjo el robo a la planta de Epec de Villa Revol y la muerte de Sargiotti, torturado en la misma Central de Policía de la calle Colón.

Luego de haber sido involucrado falsamente en el caso Maders y encarcelado durante un tiempo, Hugo Guidone –un personaje del submundo de Córdoba- se fue a Buenos Aires y el 13 de mayo de 1993 se presentó en el despacho del juez federal Nerio Bonifati, quien había resuelto el caso del secuestro del empresario Mauricio Macri, aparecido con vida el mismo día del asesinato de Maders.

Ante el juez federal, Guidone dijo que temía por su vida porque un funcionario de Angeloz le había dicho que lo querían matar aparentando un enfrentamiento y luego ponerle el arma homicida que disparó contra Maders. En esa declaración, Guidone involucró Herminio Jesús Antón, ex integrante de la patota del D2: “A Maders lo mataron por orden de Medina Allende, quien se comunicó con Francisco Fernández –agente del servicio de inteligencia de la Policía de Córdoba- y éste a su vez encargó el crimen a 2 oficiales de apellido Antón y Monges”. En esa declaración, Guidone relacionó el crimen más con el tráfico de drogas que con investigaciones sobre la Epec. Dijo que Maders había entregado una carpeta a los dirigentes radicales Miguel Ortiz Pellegrini y Carlos Becerra, con documentación que involucraba a Medina Allende y a Eduardo Angeloz (hijo del ex gobernador) con el tráfico de drogas.

Esa declaración fue luego confirmada por Guidone ante el entonces juez de la causa Maders, Guillermo Johnson. Pero en esa oportunidad sindicó también a personal de Drogas y Seguridad Personal de la Policía de Córdoba como partícipes del comercio de estupefacientes,

entre ellos al comisario inspector Juan Carlos "Tierno" González, comisario mayor Carlos Campos, comisario Jorge Gutiérrez y subcomisario Jorge Farré, así como también los policías involucrados en la muerte de Oscar Mario Sargiotti, torturado en plena Central de Policía con el método del submarino o mojarrita.

El jefe de Drogas Peligrosas, desde noviembre de 1991 era Raúl Yanicelli, el Tucán Chico, quien tenía una estrecha relación con Guidone porque lo había usado para un par de operativos antidrogas, en un hotel de la calle San Jerónimo, cerca de la Terminal, y en otro del mercado de abasto San Miguel. Su nombre empezó a sonar en la investigación del juez Guillermo Johnson y Yanicelli concurrió espontáneamente al despacho del magistrado, en el subsuelo de Tribunales, para aclarar todo. Pero más que aclarar empeoró las cosas: confirmó la participación de personajes del hampa en los operativos policiales e introdujo el tema drogas en la causa Maders.

En 1993, cuatro oficiales de policía del departamento Drogas Peligrosas fueron procesados por tráfico y comercio de drogas: Raúl Yanicelli, Luis Monges, Oscar Daniel Amaya y Carlos Alberto San Felippo.

Yanicelli salió sobreseído por el juez federal Luis Rueda, pero fue destituido como jefe del Departamento de Drogas Peligrosas de la Policía. Ese fue el fin de la carrera policial del Tucán Chico, que voló con vuelo propio no sólo en el D2 de la dictadura sino también en la policía de la democracia. Hoy se dedica a la abogacía y recorre diariamente los pasillos de Tribunales, ante la pasividad y aceptación de cientos de abogados, fiscales y jueces, que se supone son las personas más apegadas a las leyes.

El 17 de julio de 1994 voló por los aires el edificio de la mutual judía Amia, dejando más de 80 muertos. Uno de los implicados fue Carlos Telleldín, hijo de Pedro Raúl Telleldín. El mismo Carlos entró al D2 en 1978, aunque encontró los coletazos de lo que había sido la dependencia policial más activa en cuanto a secuestros, saqueos, torturas y muertes.

Telleldín hijo fue acusado de haber provisto la Traffic usada como coche bomba en el atentado a la Amia, y cobró 400 mil dólares del destituido juez de la causa Juan José Galeano para autoincriminarse. Finalmente fue liberado y sobreseído por falta de mérito por los malos procedimientos judiciales durante los 10 años que Galeano tuvo la causa.

## **La actualidad**

A mediados de los '90, el grupo de Inteligencia de la Policía de Córdoba se fue renovando, siempre bajo el mando de Carlos Yanicelli y la anuencia de las autoridades políticas de la provincia, hasta que se produjo el escándalo en 1997 por la denuncia de Luis Urquiza, que derivó en el pase a retiro de Tucán Grande y el segundo exilio de la víctima.

Pero antes tuvieron tiempo de organizar y poner en práctica varios operativos muy propios de su estilo. En estos operativos, organizaban asaltos conjuntamente con delincuentes comunes y luego los traicionaban: llegaban en el momento justo, los detenían o mataban y siempre aparecía un tercero que desaparecía con el botín. Ellos sumaban porotos en su legajo y pesos en su cuenta bancaria.

Uno de esos procedimientos fue el asalto a la concesionaria de automóviles Tagle, en el que habrían quedado con 6.000 pesos de la caja chica porque les salió mal y no pudieron abrir la caja fuerte.

Otro de los casos resonantes fue el asalto al Banco Nación de Laguna Larga, donde tenían el dato de que podrían llevarse unos 700.000 pesos, pero debieron conformarse con 38.000 porque tampoco pudieron entrar a la bóveda.

El último de estos "operativos" fue en mayo de 1997. Allí Yanicelli tuvo su última actuación como jefe de la Dirección de Inteligencia Criminal de la Policía. Ese día se produjo un asalto a mano armada de una aceitera de camino a Santa Isabel. Pero según una denuncia judicial hecha por el sargento Oscar Guillermo Altamirano, Yanicelli y Jorge Gutiérrez Martínez, ex subdirector de Inteligencia Criminal y entonces jefe de Drogas Peligrosas, fueron los instigadores del asalto, a modo de trampa tendida a los delincuentes.

El 2 de mayo de 1997, ingresaron tres hombres a la aceitera, armados y a robar. Pero fueron sorprendidos por los muchachos de Yanicelli y, según la denuncia de Altamirano, luego de entregarse, los delincuentes fueron prácticamente fusilados. Uno de ellos, Walter Murúa, murió, y otros dos, Hugo Reyna y Manuel Gómez, sobrevivieron. En un relato publicado por La Voz del Interior el 8 de julio de 1999, Nancy Guzmán, esposa de Reyna, dijo que cuando su marido entró a la aceitera "vio gente sospechosa y les gritó a sus cómplices, pero inmediatamente comenzaron a tirarles. El levantó las manos y tiró el arma al suelo. Cuando ya estaban a corta distancia, les dijo a los policías que no lo mataran porque tenía hijos. Pero ahí nomás le pegaron varios tiros, aún después de haber caído al suelo. Recibió 8 balazos, uno en la cara, otros en el hombro, el tobillo, la mano y el abdomen. El recuerda que lo dieron por muerto y hasta me dijo que le pusieron una bolsa de nylon en la cabeza para asfixiarlo. Además lo dejaron casi dos horas sin asistencia médica para que muriera desangrado. Lo miraban y lo insultaban. También dijo que escuchaba los gritos de una mujer que les decía a los policías que no fueran asesinos".

A principios de setiembre de 1999, el juez de control número uno, Enrique Joaquín Mazzotta, dictó el sebreseimiento total de Yanicelli y de Gutiérrez Martínez de las imputaciones de asociación ilícita calificada e instigación al homicidio calificado y la misma medida alcanzó a 14 policías más. Todos estaba acusados de integrar, entre 1996 y 1997, una brigada especial dedicada a cometer distintos hechos delictivos, como también de sustraer, ocultar y destruir pruebas ante la autoridad competente.

Todos esos hechos habrían ocurrido mientras Yanicelli era director de Inteligencia Criminal y Gutiérrez Martínez subdirector, en pleno palacio policial.

Además de Tucán Grande, Herminio Jesús Antón (el Perro, que llegó a ser suboficial inspector), José Idelfonso Vélez y Ricardo Mario Lencinas (comisario) participaban de la banda delictiva de los '90 y también habían compartido la ilegalidad en el seno del Cabildo, donde funcionó la D2 durante la dictadura.

Luego del escándalo del '97 y recién ahí, la democracia se sacudió de la institución policial a los símbolos del terror, aunque estos siguieron operando esporádicamente en bandas, o simplemente recordando en los cafetines los viejos tiempos, cuando eran dueños de la vida y de la muerte.

### **¿Final de juego?**

Según los registros oficiales de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación, el de Luis es el único caso en Argentina de un exiliado político durante la democracia por temas relacionados con la dictadura. Existen algunos otros casos con respecto a presiones o persecuciones pero generados ya en tiempos de democracia y por problemas de la actualidad, como el del periodista Hernán López Echagüe, autor del libro *El Otro*, sobre las vinculaciones del ex gobernador de Buenos Aires y ex presidente provisorio de la Nación, Eduardo Duhalde, con mafias del narcotráfico. Luego de la publicación de *Gajes del oficio* (Editorial Sudamericana, 1993), *El Otro* (Planeta, 1996) y *Postales Menemistas* (Perfil Libros, 1998), López Echagüe recibió amenazas y agresiones, al tiempo que se le cerraron todas las puertas en los principales medios de comunicación, por lo que tuvo que irse a vivir al Uruguay. Pero un exilio generado por los mismos personajes que actuaban en los '70, el único registrado es el de Luis Urquiza.

Luego de haberse desgarrado nuevamente al emprender su segundo exilio, se conoció una nueva carta abierta de Luis al entonces gobernador de la provincia de Córdoba, Ramón Mestre. En ella decía, entre otras cosas: "Creo que es mi deber decirle a usted y a la sociedad, cuáles han sido los motivos de mi decisión de dejar el país...Tuve que dejar el país en el año 1979, después de haber sufrido la detención, la tortura y el encarcelamiento por parte del terrorismo de Estado. Hoy, a más de 20 años de eso (y 14 años de democracia) algunos personajes que implementaron la tortura, la muerte y la desaparición de miles de cordobeses, ocupan puestos dentro de las fuerzas de seguridad de su gobierno. Cuando ordenó el sumario administrativo sobre el comisario Yanicelli y las actividades de la D2, dijo que en su gestión no admitiría a aquellos que lesionaron la dignidad del hombre. Creo que usted faltó a su palabra porque al conocer el pasado de unos 100 policías, prefirió negociar el pase a retiro de uno de ellos por la permanencia de los otros... Una vez terminado el sumario administrativo usted jamás explicó a la sociedad

de Córdoba, quiénes son los represores de la dictadura que todavía están en su policía, qué hicieron (en otras épocas), dónde están (ahora) y por qué. Estoy convencido de que la democracia está en deuda con la comunidad, ya que no se puede entender razonablemente cómo delincuentes potenciados por el uniforme policial y provistos de armas se encuentran en actividad y protegidos por el poder político... Cuando regresé a este país con mi familia, creí que esos tiempos se habían cumplido, pero me equivoqué, ésta es la democracia de las amenazas, la impunidad y la corrupción... La policía de la provincia es todavía un estado dentro del estado, con su jerarquía piramidal y su cúpula al servicio del poder político de turno... Como verá, señor gobernador, yo no traje el pasado, el pasado es todavía presente y futuro en esta provincia... Y al no haber cambios que garanticen mi seguridad, así como tomé el camino del exilio una vez, lo vuelvo a tomar hoy".